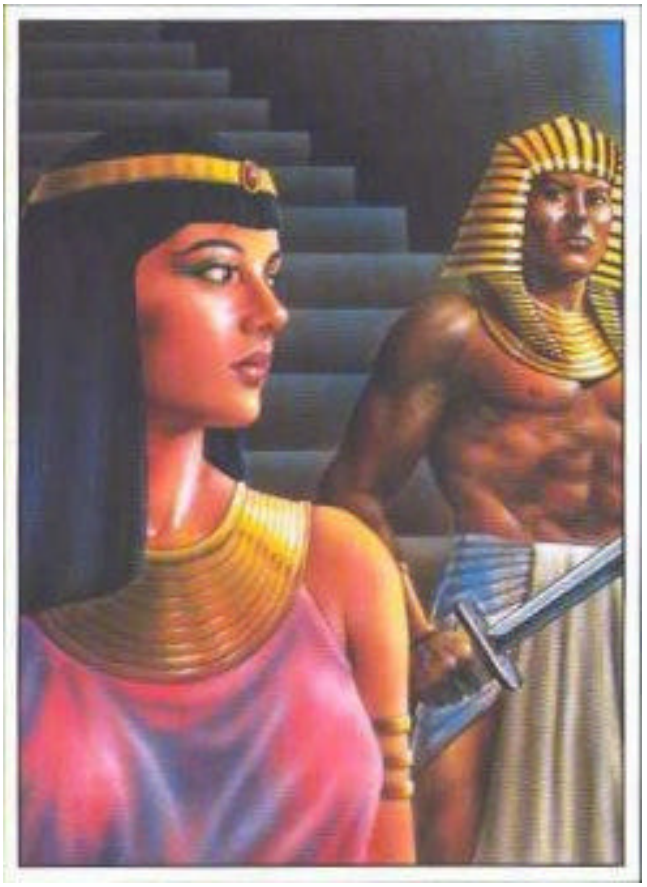
Las hijas de los Faraones

Emilio Salgari

La acción de esta obra continúa en
El Sacerdote de Ptah



A ORILLAS DEL NILO

La calma reinaba a orillas del majestuoso Nilo. El sol iba a ocultarse tras las altas copas de las inmensas y frondosas palmeras, entre un mar de fuego que teñía de púrpura las aguas del río, dándole la apariencia de bronce recién fundido, mientras que por levante un vapor violáceo, cada vez más oscuro, anunciaba las primeras tinieblas. Un hombre permanecía junto a la orilla, apoyado en el tronco de una tierna palmera, en una especie de semiabandono y sumido en profundos pensamientos. Su mirada errante vagaba por las aguas que se hendían con un dulce murmullo entre los troncos de los papiros que emergían entre el fango. Era un hermoso joven egipcio, de unos dieciocho años escasos, espaldas más bien anchas y robustas, brazos musculosos, terminados en largas y delicadas manos, de rasgos muy bellos, proporcionados y de cabello y ojos intensamente negros. Vestía una sencilla túnica que descendía hasta sus pies a largos pliegues, ajustada a su cintura por un ceñidor de lino de franjas blancas y azules. En su cabeza, y para resguardarse de los ardientes rayos del sol, lucía aquella especie de tocado usado por los egipcios de hace cinco mil años, caracterizado por un pañuelo triangular, de franjas coloreadas, ceñido en la frente por una estrecha cinta de piel y con los picos cayendo sobre la espalda. Aquel joven permanecía en una inmovilidad absoluta, como si no se diera cuenta siquiera que las primeras sombras de la noche comenzaban a invadir las palmeras y el río. Como si no viera que permanecer demasiado tiempo en aquellas orillas, tras la puerta del sol, podía resultar muy peligroso.

Sus ojos, tan profundamente negros, se hallaban fijos en el vacío, como si persiguieran algo que escapaba cada vez más lejos y que desapareciera entre las tinieblas de la noche, después se movió y apuntaron sus manos un ligero gesto de descorazonamiento.

—Tal vez el Nilo no me lo devuelva nunca —murmuró—. Los dioses sólo protegen a los Faraones.

Alzó los ojos. Las estrellas comenzaban a centellear en el cielo y el suave fulgor purpúreo que apuntaba todavía vagamente hacía poniente, por donde el sol había desaparecido, se diluía con fantástica rapidez.

—Volvamos, —dijo para sí el joven—. Ounis estará muy intranquilo y posiblemente me esté buscando por el bosque.

Anduvo tres o cuatro pasos, cuando se detuvo, fijando su mirada en las hierbas secas que crecían bajo las palmeras. Había algo que brillaba entre aquellas hojas caídas de los árboles.

Se inclinó rápidamente y lo recogió, al mismo tiempo que de su garganta salía un grito apenas sofocado. Era una joya en forma de serpiente enroscada, con la cabeza de buitre, de otro macizo, policromamente esmaltada a lo largo de sus lados.

—¡El símbolo del poder sobre la vida y la muerte! —exclamó.

Durante algunos momentos permaneció perplejo, manteniendo sus ojos fijos constantemente en aquella extraña joya, a la vez que tornábase pálido su color, que era sólo algo bronceado sin llegar a ser tan obscura su piel como la de los modernos *fellah*, es decir tan morena como la de los campesinos o la de los beduinos del desierto.

—Sí —replicó con un tono que demostraba su profunda angustia—, esto es el símbolo del poder sobre la vida y la muerte, que sólo los Faraones pueden llevar. Ounis me lo ha enseñado varias veces esculpido en las estatuas de las pirámides y en la frente del Gran Kahfri Osiris. ¿Quién debe ser la muchacha que ha salvado de las fauces del cocodrilo?

Se paso nuevamente la mano por la frente bañada en sudor, luego siguió diciendo:
—Lo recuerdo, esta joya brillaba en medio de su pelo cuando la saqué del agua.

El hermoso rostro del joven expresaba una angustia indescriptible.

—Soy un insensato —dijo—. ¡Un hombre humilde como yo y he puesto mis ojos en aquella muchacha que me pareció como una diosa del Nilo! ¿Quién soy yo para atreverse tanto y vivir con semejante esperanza en el corazón? Un miserable que vaga por las orillas del Nilo junto a un pobre sacerdote. ¡Loco de mí! Y sin embargo aquellos ojos me han quitado para siempre la tranquilidad, destrozándome la existencia. Ya no soy aquel joven sensato que antes. Mi vida ha terminado y es el Nilo quien, ante mí, se lleva mis despojos hacia el lejano mar.

Había reemprendido el camino, con la cabeza baja y los brazos sin energía. Las tinieblas lo rodeaban todo y una profunda oscuridad reinaba bajo las inmensas palmeras.

Cantaban los grillos, susurraba dulcemente el ramaje sacudido por un ligero vientecillo y murmuraba el agua del majestuoso Nilo entre las hojas de loto y los tallos de los papiros, pero el joven no parecía oír nada.

Caminaba como un sonámbulo, como si soñara, sin pronunciar palabra. Había alcanzado ya las lindes de la espesura que, en una ancha zona y a ambos lados del río, se extendía a lo largo de sus orillas, cuando de improviso una voz le arrancó de sus pensamientos.

—¡Mirinri!

El joven se detuvo y abrió los ojos, que tenía semicerrados, a la vez que hacía un vago gesto. Parecía como si en aquel momento despertase de un largo sueño.

—¿No ves que el sol hace ya rato que se ha puesto? ¿No oyes la risa loca de las hienas? ¿Has olvidado acaso que estamos casi como en medio de un desierto?

—Tienes razón, Ounis —respondió el joven—. Había unos cocodrilos jugando en el río y me he quedado demasiado tiempo mirándolos.

—Son imprudencias que muchas veces le cuestan a uno la vida.

Un hombre había aparecido entre un espeso grupo de *suffarah* (acacias fistulares) avanzando hacia el joven, que no se había movido. Era un arrogante anciano, de aspecto majestuoso, con una larga barba blanca que le llegaba hasta la mitad del pecho, cubierto por una ancha túnica de blanquísimo lino, y en cuya cabeza aparecía un pañuelo con franjas de color, semejante al que llevaba Mirinri.

Sus ojos eran muy negros, pero con un fulgor vivísimo, y su piel estaba apenas bronceada, si bien un poco arrugada por la edad.

—Hace una hora que te busco, Mirinri —dijo— y son muchas las noches que regresas tarde. Ten cuidado, hijo mío; las márgenes del Nilo son peligrosas. Sin ir más lejos, esta misma mañana he visto como un cocodrilo cogía por el hocico a un toro que estaba abrevando y lo ha arrastrado bajo las aguas.

Una sonrisa algo burlona apareció en los labios del joven.

—Ven, Mirinri, ya es muy tarde y tengo que hablar largamente contigo esta noche, porque has llegado ya a los dieciocho años y se ha cumplido la profecía.

—¿Cuál?

El anciano alzó una mano hacia el cielo y dijo a continuación:

—Mira: ¿no ves hacia oriente cómo brilla? Tus ojos son mejores que los míos y la distinguirás más fácilmente.

El joven miró en la dirección que le indicaba el anciano y tuvo un sobresalto:

—¡Una estrella con cola! —exclamó.

—Es la que estaba aguardando —respondió el viejo—. Esa estrella está ligada a tu destino.

—Me lo has dicho muchas veces.

—Marca la hora de la revelación.

Se inclinó rápidamente ante el joven y le besó la orla del vestido.

—¿Qué haces, Ounis? —preguntó Mirinri extrañado, retrocediendo algunos pasos.

—Saludo al futuro señor de Egipto —respondió el anciano.

El joven quedó en silencio, mirando a Ounis, con un estupor imposible de describir. Un relámpago brillaba en sus ojos que se hallaban ahora fijos en el cometa refulgente en el cielo, entre miríadas de estrellas.

—¡Mi destino! —exclamó finalmente.

Más tarde un grito escapó de sus labios:

—¡Mía! ¡Podrá ser mía! ¡El símbolo del poder sobre la vida y la muerte ya no me causa miedo! Pero no, es imposible, tú estás loco, Ounis; aunque eres un sacerdote, no te creo. Mi cuerpo, arrastrado por las aguas del sagrado río, irá a parar al lejano mar y se sumergirá allí donde sus ojos me han hundido ya y me han arrancado el alma.

—¿De quién hablas, Mirinri? —preguntó sorprendido Ounis.

—Deja que mi secreto muera conmigo —respondió el joven.

Una extrema ansiedad se reflejó en el rostro del anciano.

—Vas a hablar —dijo con tono autoritario—. Sígueme.

Tomó de la mano al joven y emprendieron el camino, a través de una lauda casi arenosa, interrumpido acá o allá por algún arbusto o por una palmera semiseca. No hablaban; ambos parecían muy preocupados y miraban, casi en el mismo instante, el cometa que iba ascendiendo lentamente en el cielo con un intenso brillo. Transcurridos unos quince minutos llegaron a la falda de una colina, carente de rasgo alguno de vegetación, que se alzaba en forma de una pirámide y sobre cuya cima se perfilaban unas estatuas de proporciones gigantescas.

—Ven —repitió el viejo sacerdote—. Ha llegado la hora.

Mirinri se dejó llevar, sin oposición alguna, y tras encaramarse por un sendero abierto en la roca viva, se ocultaron en el interior de una caverna poco espaciosa, iluminada por una pequeña lámpara de terracota en forma de ibis, el ave sagrada de los antiguos egipcios. Ninguna clase de lujo había dentro de aquella cueva. Tan sólo algunos vasos en forma de ánfora, unas espadas cortas y anchas colgando de la pared, así como algún escudo de piel de buey.

En un ángulo, sobre un hornillo improvisado con cuatro o cinco piedras, borboteaba una marmita de forma extraña, exhalando un perfume agradable. Mirinri, apenas

entró, se dejó caer sobre una piel de hiena, cogiéndose las rodillas entre las manos y sumergiéndose pronto en sus pensamientos. El sacerdote, a su vez, se detuvo en medio de la caverna, mirando al joven intensamente, con un afecto difícil de reprimir.

—Te he saludado como mi señor —dijo con un acento extraño, que sonaba como un dulce reproche—. ¿Lo has olvidado, Mirinri?

—No —respondió el joven, distraídamente.

—Sin embargo, lo parece. ¿Qué profundo pensamiento turba la mente de aquel a quien he llamado hijo mío y a quien he consagrado toda mi vida? ¿No sientes cómo bulle en tus venas la sangre divina de los Faraones, los dominadores de Egipto?

Al oír aquellas palabras el joven se puso en pie, totalmente transfigurado, fijando en el anciano una profunda mirada.

—¡La sangre de los Faraones, has dicho! —exclamó—. Tú deliras, Ounis.

—No —respondió secamente el viejo—. Te he dicho que ha llegado la hora de la revelación. El cometa asciende por el cielo y la profecía se ha cumplido. ¡Tú eres un Faraón!

—¡Yo… un Faraón! —exclamó Mirinri palideciendo—. ¡Yo siento correr por mis venas una sangre ardiente, la sangre de los guerreros! ¡Los sueños de gloria y de grandeza, que cada noche, año a año, han turbado mi descanso, eran verdad! ¡Grandeza! ¡Poder! Ejércitos a mis órdenes, regiones que conquistar… y ella… ella… aquella divina muchacha que me ha embrujado… ¡Es imposible… tú me has engañado, Ounis, tú te ríes de mí!

El joven se cubrió los ojos con ambas manos, como para escapar a una visión. Ounis se le acercó y, dulcemente, dándole unos golpecitos, le dijo:

—Un sacerdote no puede permitirse el atrevimiento de burlarse de un hombre que lleva en sus venas la sangre sagrada de Osiris y que un día ha de convertirse en su señor. Siéntate y escúchame.

Mirinri obedeció, dejándose caer sobre una piel de gacela que cubría un pequeño asiento hecho de arcilla secada al sol.

—Habla —dijo—. Explícame cómo puedo yo ser un Faraón y por qué he crecido aquí, en los lindes del desierto, lejos del esplendor de Menfis, como si fuese el hijo de un miserable pastor.

—Porque si tú te hubieras quedado allí, probablemente a estas horas ya no estarías vivo.

—¿Por qué? —preguntó Mirinri intrigado.

—Porque en Menfis ya no reina desde hace once años Tetis, el fundador de la tercera dinastía. Un miserable le ha usurpado el trono a tu padre.

—¡Yo, hijo de Tetis! —exclamó el joven palideciendo. Tú sueñas, Ounis, ¿o es que continúas con la broma?

—¿Es que no he besado la orla de tu vestido? ¿Quieres pruebas? Te las daré. Mañana antes del alba iremos a interrogar la estatua de Memnón y podrás oír cómo resuena la piedra ante ti. ¿Quieres otra prueba? Iremos a la pirámide que tu padre hizo erigir y haré revivir en tu presencia la flor maravillosa de Osiris, aquella flor que solo ante los Faraones abre sus corolas, cuando dejan caer sobre ellas una gota de agua. Si la piedra vibra y la flor revive es que eres hijo de reyes. ¿Lo quieres?

—Sí —respondió Mirinri secándose el sudor que le bañaba la frente. Solo ante esas dos pruebas te creeré.

—Está bien —respondió el sacerdote—. Ahora escucha la historia de tu padre y la tuya propia.
Iba a abrir la boca, cuando sus ojos descubrieron el símbolo del poder sobre la vida y la muerte que el joven llevaba prendido en la correa que le ceñía el pañuelo a la cabeza, un poco por encima de la frente.

—¡Un *ureo*! —exclamó Ounis—. ¿Dónde has encontrado este símbolo, que brilla solo en los cabellos de los reyes y de los hijos?

—En la orilla del Nilo —respondió Mirinri.

Ounis se levantó presa de una vivísima angustia. Sus ojos se habían dilatado y demostraban un profundo terror.

—¡Que hayan llegado a descubrir nuestro refugio! —exclamó, mostrando un gesto de cólera—. Sin embargo, yo he tomado todas las precauciones para que nadie supiese el lugar donde te he escondido. Este *ureo* sólo puede haberlo perdido un Faraón.

—¿O una Faraona? —dijo Mirinri, mirándolo fijamente y sobresaltado.

Ounis tuvo un sobresalto. Se acercó rápidamente al joven, sacudiéndolo por los hombros casi brutalmente.

—¡Una Faraona! Hace poco me has hablado de una muchacha divina… ¿Dónde la has visto? ¡Habla Mirinri! De ello puede depender tu destino e incluso tu vida.

—La he visto a orillas del Nilo.

—¿Sola?

—No, porque poco después llegó una barca brillante como el oro, tripulada por una docena de negros soberbiamente engalanados y gobernada por cuatro guerreros que empuñaban astas de oro con largas plumas de avestruz en forma de abanico.

—¿Recuerdas haber visto esta joya entre los cabellos de aquella muchacha?

—Sí, recuerdo haberla visto brillar.

—Por consiguiente debió de perderla ella.

—Yo creo que sí.

Ounis, que parecía presa de viva excitación, se puso a caminar por la caverna con el ceño fruncido y los rasgos de su cara todavía alterados. Se detuvo un momento ante el joven como lo miraba con creciente estupor, no pudiendo explicarse la agitación que se había apoderado del viejo sacerdote.

—¿Qué impresión te ha causado esa muchacha?

—No sabría explicarla; sólo sé que desde aquel día mi paz parece turbada.

—Me había dado cuenta —dijo el sacerdote con voz sorda—. Desde hace tiempo has perdido la alegría y tu sueño ya no es tranquilo. Te he sorprendido varias veces sumido en profundos pensamientos, con la mirada fija en el norte, allí donde Menfis irradia su poder y su luz.

—Es cierto —respondió Mirinri con un suspiro—. Se diría que aquella muchacha se ha llevado con ella gran parte de mi corazón. Si cierro los ojos no veo otra cosa que a ella; si duermo, sueño con ella; cuando el viento susurra entre las palmeras que bordean el Nilo, me parece que oigo su armoniosa voz. Poder verla, contemplarla, aunque sea una sola vez, talvez pueda costarme la vida, pero ése es mi solo, mi único deseo, Ounis. Mira, si cubro mis ojos con mis manos la veo aparecer en seguida ante mí y siento cómo me corre la sangre más vehementemente en mis venas y cómo me palpita el corazón, tan fuerte como si quisiera salírseme del pecho. ¡Oh dulce visión! ¡Cuán hermosa eres!

El sacerdote quedó mudo ante el entusiasmo del joven, parecía incluso que aquella confesión hubiese acrecentado su turbación. Su mirada andaba extraviada, llena de terror, posándose ora en Mirinri ora en el símbolo del poder sobre la vida y la muerte de los Faraones.

—¿La ves todavía? —preguntó algo después, con acento casi brutal.

—Sí, está delante de mí —respondió el joven que ocultaba sus ojos amparándolos con las manos—. Me mira…, me sonríe… y siento todavía aquel intenso temblor que me sacudió cuando, después de arrebatarla de las fauces del cocodrilo, la estreché entre mis brazos y la llevé, con su cabeza apoyada en mi pecho, a la orilla, depositándola sobre la hierba brillante todavía por la escarcha nocturna.

—¿Tanto la quieres?

—Más que a mi vida.

—¡Desgraciado!

Mirinri levantó las manos y miró al sacerdote que estaba en pie ante él, con la mirada encendida y los brazos tendidos como en un acto de proferir una maldición.

—Si es cierto que yo soy un Faraón, como tú dices, ¿por qué no puedo amar a una muchacha de sangre real?

—Porque esa joven debe pertenecer a esa raza maldita a la que tú, aunque no quieras debes no solo odiar, sino exterminar. Tú no conoces todavía la historia de tu padre e ignoras los dolores soportados por aquel desventurado rey.

Mirinri se había tornado pálido y cubrióse nuevamente los ojos.

—Cuéntamela, —dijo con voz triste—. En tus palabras está mi destino, un terrible destino que tal vez desgarre la red con que me prendió el corazón de aquella muchacha.

—Tú deberías odiar y matar a todos los de aquella estirpe —añadió el sacerdote con voz tenebrosa—. Escúchame, pues.

La narración de las vicisitudes de la estirpe de Mirinri había de ser una revelación extraordinaria para el joven, tanto como para condicionar su vida futura y llevarle, como más adelante veremos, a las más arriesgadas aventuras.

LAS TUMBAS DE LOS QOBHOU

—Tu padre, el gran Teti, era el fundador de la VI dinastía. A él le deben Menfis su esplendor y Egipto su poderío y su grandeza y las grandes pirámides, que desafiarán el tiempo y que subsistirán incluso cuando tal vez nuestra raza ya haya desaparecido. Tuvo dos hijos: a ti y a una muchacha a la que los sacerdotes impusieron el nombre De Sauri.

—¡Mi hermana! —exclamó Mirinri.

—Sí.

—¿Vive todavía?

—Lo sabrás más tarde. Sucedió que cierto día corrió la voz de que un ejército caldeo había atravesado el istmo, que separa el Mediterráneo del Mar Rojo, Africa de Asia y que avanzaba amenazador para destruir el poderío de nuestra raza. Varios ejércitos egipcios fueron enviados contra el invasor, pero uno a uno fueron derrotados. Todas las ciudades de la cosa fueron conquistadas y entregadas a las llamas y sus habitantes fueron pasados a cuchillo, sin tener en cuenta ni su sexo, ni su edad. Parecía que había sonado la última hora de los Faraones y que incluso la gran Menfis iba a entregarse ante los ataques de los caldeos. Pero afortunadamente estaba tu padre. Descendiente de casta guerrera, fuerte y valeroso, reunió un poderoso ejército y despreciado los consejos de viles cortesanos y ministros, que se oponían a que un rey se expusiese a tan grande peligro, asumió el mando y marchó resueltamente contra el enemigo que ya avanzaba victorioso hacia Menfis. Pero en On, allí donde comienza el Nilo a dispersarse, las descorazonadas tropas de los egipcios y los caldeos se enfrentaron con terrible ímpetu. Tu padre combatió como el último de los soldados, en primera fila, para dar ejemplo. Desafió impávido las flechas incendiarias y las pesadas espadas de ronce de los asiáticos y rompió las líneas adversarias. Sin embargo no se había decidido todavía la batalla. Desde el alba hasta la puesta del sol la lucha prosiguió con enormes pérdidas para ambos bandos. El Nilo se tornó rojo por la sangre que hacia él manaba; todo el suelo se empapó también de sangre y enormes montones de cadáveres se alzaron por doquier. Pero cuando desapareció el sol los caldeos, desconcertados, diezmados y descorazonados se dieron a la fuga atravesando de nuevo el istmo regresando a su país. Egipto se había salvado gracias al valor de tu padre; Menfis no corría ya peligro alguno y sin embargo aquella victoria iba a tornar desgraciado para siempre al vencedor.

—¿Cayó combatiendo?

—Herido por una flecha caldea, que lo había alcanzado en medio del pecho, cuando atravesaba las líneas enemigas, había caído en medio del campo, entre un montón de cadáveres. En la horrible confusión nadie se acordó de que el rey había desaparecido a excepción de uno que lo había visto; pero aquel miserable tenía demasiado que

ganar y por eso no advirtió a los generales y a los soldados de la desgracia ocurrida a tu padre.

—¿Quién? —preguntó Mirinri poniéndose en pie, con los ojos encendidos en cólera.

—Su hermano: el ambicioso Mirinri Pepi, quien reina ahora en Egipto en tu lugar y…

—¿El hermano de mi padre me ha usurpado el trono?

—Sí, Mirinri, pero déjame proseguir. No he terminado todavía la historia. Tu padre no había sido herido mortalmente. El atroz dolor producido por la punta de la flecha, que él se había arrancado, desgarrando así la herida, lo hizo caer sin conocimiento y había quedado sepultado entre los otros cuerpos, caídos sobre él. ¿Qué ocurrió después? No supo decírmelo nunca. Cuando tornó en sí se encontró dentro de una tienda de pastores negros, bastante lejos del campo de batalla. Probablemente aquellos hombres acudieron durante la noche para saquear los cadáveres y habiendo observado las ricas vestiduras que llevaba tu padre y del símbolo del poder sobre la vida y la muerte que lucía entre sus cabellos, dedujeron que era un gran personaje, un Faraón tal vez, por eso se lo llevaron consigo con la idea de exigir más tarde un crecido rescate. Tú sabes que nuestros pastores, los que viven en los linderos del desierto, se convierten en ladrones en cuanto se les presenta la ocasión. Tu padre no obstante, no tuvo queja de ellos. Fue tratado con mucha consideración y curado cuidadosamente. La herida se cerró después de veinte días y comenzó la convalecencia. Fue indescriptible el estupor de los pastores, al conocer por sus propias palabras que él era Teti. Por orden de tu padre, un pastor partió rápidamente hacia Menfis, para advertir al pueblo y a los ministros que el rey de Egipto estaba vivo todavía y que se aprestasen a recibirlo con los honores debidos a un Faraón. El hombre partió, pero ya no regresó nunca. Tu padre, temiendo que hubiese sido asaltado a lo largo de su camino por una banda de ladrones, envió un segundo hombre y más tarde un tercero, pero ninguno de ellos dio ya muestras de vida. Inquieto y muy preocupado decidió presentarse él mismo en Menfis. Formó una pequeña escolta de pastores y una mañana se puso en camino. Cuando entró, comprendió con angustia que su hermano había asumido el poder y que el pueblo y los ministros, creyendo que Teti había realmente muerto, lo aclamaraon rey sin tenerte a ti en cuenta, que tenías apenas dos años. Casi todos los amigos de tu padre y los parientes más cercanos habían sido hechos asesinar secretamente por el usurpador y tal vez tú habrías corrido igual suerte si el temor a deencadenar entre el pueblo una rebelión, no lo hubiese detenido.

—Y mi padre, ¿qué hizo entonces? —inquirió Mirinri encorajinado.

—¿Qué cosa querías que hiciese, solo, sin poder alguno? Intentó persuadir a los ministros, pero aquellos malvados tuvieron la osadía de decirle que era un loco, un farsante y que con el desaparecido rey solo tenía una vaga semejanza. Para persuadirlo mejor o más bien para asegurarse frente al pueblo que él era un falsario

lo condujeron a la pirámide que él mismo había hecho edificar y le mostraron la tumba en la que reposaba el cuerpo de Teti I.

—¿A quién habían puesto dentro?

—A uno cualquiera que debía tener cierta semejanza o a quién habían hecho irreconocible después de vestirlo de soberano y haberle puesto entre los cabellos el símbolo de la vida y la muerte.

—¿Pero cómo me encuentro aquí yo, cuando debería estar en el palacio de Menfis? –preguntó Mirinri.

—Tu padre, temiendo que Mirinri Pepi te hiciese asesinar un día u otro, te hizo raptar por unos partidarios suyos a los que el usurpador no había podido encontrar y te confió a mí para que te criase. Huí de Menfis, durante una noche obscura, remontando el Nilo hacia estos lugares, aguardando pacientemente a que tú cumplieras la edad, que según nuestras leyes, te permita reinar.

Sucedió un largo silencio. Mirirnri había vuelto a sentarse y parecía hallarse sumido en profundos pensamientos. El sacerdote, siempre de pie, lo miraba fijamente, como si intentase adivinar lo que sucedía en la mente del joven. Después de unos instantes, se alzó aquel bruscamente con el rostro transfigurado y los ojos animados por una cólera terrible.

—¡Mi padre está muerto, verdad Ounis?

—Sí, en el exilio, en los límites del desierto libio, donde se había refugiado para no caer bajo las asechanzas de los sicarios de Pepi. Su condena a muerte había sido ya promulgada por el usurpador.

—Y, ¿qué debo hacer yo ahora?

—Vengarlo y reconquistar el trono que te corresponde por derecho.

—¿Solo, sin medios, sin un ejército?

—Solo no –respondió el sacerdote—.. Hay amigos de tu padre que están todavía en Menfis y aguardan el momento de saludarte como rey. ¿Y los medios me has dicho? Acompáñame.

—¿Dónde?

—A las tumbas de Qobhou, el último Faraón de la primera dinastía; tu padre los descubrió en los primeros años de su reinado, sin confiar a nadie su secreto. Allí encontrarás riquezas suficientes para conquistar todo Egipto e incluso otras tierras, si quieres.

—¿Dónde están esas tumbas?

—Más cerca de lo que crees. Sígueme, Mirinri.

El anciano cogió una pequeña lámpara de terracota, en forma de ánfora, reavivó la mecha a fin de que la llama se animase y se encaminó al fondo de la caverna, donde se alzaba una esfinge de mármol rosado de dimensiones gigantescas.

—Aquí se halla la entrada secreta.

Metió una mano por el dorso de la estatua y de pronto la cabeza cayó, dejando ver una cavidad lo bastante ancha para que un hombre, aunque fuese corpulento, pudiese entrar sin demasiada dificultad. De aquella abertura salió una corriente de aire bastante caliente impreganada de olor poco agradable.

—¿Tenemos que entrar ahí? —preguntó Mirinri.

—Sí.

—¿Por qué no me has dicho nunca que existía un pasadizo en esta caverna?

—Juré solemnemente a tu padre que no te lo revelaría hasta que cumplieras dieciocho años. Ven: no tienes que temer nada y verás algo que te va a maravillar.

Se introdujo en el pasadizo, avanzando a gatas y manteniendo la lámpara ante él y poco después se encontró ante un corredor amplio, flanqueado a ambos lados por un incontable número de estatuillas de bronce y de piedra, representando gatos en diversas poses. Había muchísimos que estaban embalsamados, alineados sobre una cornisa que sobresalía en el arco del pasadizo. Como es sabido los antiguos egipcios tenían en gran consideración a esos parientes próximos de los tigres, a los que incluso adoraban entre otras muchas divinidades. Pakhit la diosa de los gatos, tenía el cuerpo de mujer y la cabeza de felino. Solían poner bastantes en el interior de los sepulcros e incluso entre cementerios, exclusivamente destinados a acoger los gatos y que se hallaban bajo la protección de la mencionada diosa o del dios Nofirtonmon. Se descubrió incluso uno, al sur de los hipogeos de Beni-Hassan que contenía nada menos que 180.000 momias de gatos allí depositados por los reyes de la XVIII dinastía.

Ouis siguió avanzando, protegiendo la lámpara con una mano ante la fuerte corriente de aire saturada de aquel desagradable olor que preside las cuevas abandonadas y desembocó finalmente en una sala tan inmensa que no era posible ver el fondo y cuya techumbre se apoyaba en un gran número de macizas columnas, embellecidas por esculturas que representaban a divinidades e ibis, el ave venerada por los antiguos egipcios y que pueda verse en todos los monumentos erigidos en aquella lejana época. A lo largo de las paredes, que se hallaban suavemente inclinadas, surgían

estatuas colosales, semejantes a aquellas de la fachada del templo de Abu Simbel, pesadas y macizas, con aquella grandiosidad de elementos con la que parecen haberse concebido todos los monumentos del antiguo Egipto.

Eran estatuas de hombres y mujeres, los primeros con gorros monumentales, coronados por una especie de cucurucho, con extrañas barbas cuadradas, más anchas al final que hacia los labios y con los pliegues del gorro colgando a lo largo de las orejas y cayendo hacia los hombros, y aquellas cubiertas por la *futta,* especie de sotana que anudaban a la cintura y que envolvía a modo de embudo sus piernas.

Contemplados a la vacilante luz de la pequeña lámpara, aquellos colosos que se hallaban sentados unos junto a los otros con los brazos abandonados sobre el vientre, producían un extraño efecto que impresionaba profundamente a Mirinri, no habituado a ver otra cosa que las verdes aguas, a veces fangosas del Nilo, las arenas del desierto o las altísimas palmeras vivificadas por la humedad del gigantesco río.

Ounis, que parecía no interesarse por las estatuas, ni por las columnas, ni por las esculturas, continuó avanzando hacia el fondo de aquella inmensa e interminable sala, excavada en la roca viva por quien sabe cuántos millares de obreros, y se detuvo ante dos estatuas de tamaño casi natural, que a la luz de la lámpara proyectaban brillantes fulgores. Una representaba a un hombre, vistiendo el rico ropaje de los Faraones y el símbolo de la vida y la muerte colocado en su frente; la otra una mujer

bellísima, con grandes ojos negros y el rostro pintado de amarillo, pero con un poco de carmín en las mejillas, que le prestaba un aspecto muy singular.

Entre ambas podían verse pinturas de tema religioso, repetición ortodoxa del gran mito de Etiopía, donde se ve el alma del difunto haciendo su visita y sus ofrendas a todas las divinidades, de las que debía implorar la protección. En vez de estar encerrados dentro del sarcófago, aquel antiquísimo monarca y su esposa, habían sido embalsamados y puestos en pie, sostenidos por una pértiga de bronce que atravesaba las estrechas vendas que les cubrían también los pies. Para que uno y otra se conservaran mejor estaban protegidos por una ligera lámina de vidrio, fundido probablemente en aquel mismo lugar. Un cristal traslúcido, de extraordinaria pureza, que destellaba vivamente bajo la luz proyectada por la pequeña lámpara.

—¿Quiénes son éstos? —preguntó Mirinri, que los miraba con vivo interés.

—Qobhou el último rey de la primera dinastía y su esposa —respondió Ounis—. Mira: sobre estas dos tablillas de piedra negra están escritos sus nombres.

—¿Y para hacerme ver estas dos momias me has hecho venir aquí?

—Aguarda, impaciente joven. Nuestra excursión no ha terminado todavía. ¿Para qué podrían servir estos muertos? No precisamente para facilitarte los medios de conquistar el trono. Sígueme.

Penetró en aquella inmensa sala, que parecía no tener fin, pasando entre dos filas de sarcófagos de piedra, cuyos relieves externos reproducían exactamente los rasgos de las personas que estaban dentro. Algunos eran dorados, otros plateados y representaban a reyes y reinas. Los primeros tenían en torno a su cabeza un disco rojo y lucían en el mentón una barba trenzada; ellas un tocado de cintas, con dibujos encima de las plumas de buitre y la cabeza coronada con gruesas trenzas de cabello adornadas de amatistas, esmeraldas y otras piedras preciosas. Tras algunos minutos, Ounis se detuvo ante una esfinge monstruosa de unos veinte metros de ancho por cuatro de altura, que tenía en sus flancos inscripciones semejantes a signos geométricos.

—Aquí dentro está encerrado el tesoro de Qobhou —dijo el sacerdote—. ¿Quiéres verlo?

—Muéstramelo —respondió Mirinri.

Ounis miró en derredor y vio una pesada maza de bronce apoyada en una columna, la levantó y golpeó conella el hocico de la esfinge. La cabeza giró sobre sí misma, más tarde cayó hacia delante, quedando suspendida mediante dos gruesas bisagras. Una abertura circular, que correspondía al cuello de la inmensa estatua apareció ante los dos egipcios.

—¡Cuánto oro! —exclamó.

—Se calcula que hay ahí dentro doce millones de *talentos*, —dijo Ounis— pero eso no es todo. Las garras están llenas de esmeraldas y de otras piedras preciosas, de las que si tú tienes necesidad podrías conseguir bastantes millones más. ¿Crees que con estas riquezas puedes reunir un poderoso ejéricot?

—Sí —dijo Mirinri—. Ër o, ¿cómo mi padre pudo saber que en este sepulcro se encontraba escondido un tesoro tan fabuloso?

—Por un antiquísimo papiro descubierto por él en la biblioteca de los primeros Faraones.

—¿Y no confió a nadie su secreto?

—A mí solo.

—¿Y tú has guardado para mí estas riquezas?

—Sí, porque te pertenecen solo a ti. Apenas partamos nosotros habrá quien se encargará de transportar parte de este tesoro a Menfis.

—¿Y quién, si nadie conoce su existencia?

—Amigos sinceros, que permanecieron fieles a tu padre y a su sucesor. Mañana sabrán que la profecía se ha cumplido y que tú estás dispuesto a conquistar el trono y a castigar al infame usurpador.

—Así, pues, alguno viene por aquí.

—Sí, y ya procuraba bien de que no lo vieras. Además, solo venía de noche, cuando tú dormías, y partía al despuntar el día. Ahora jura por Toh, el dios ibis, tu empeño en liberar la patria de manos del usurpador.

—Aún no me has dado la prueba de que yo sea realmente un Faraón —dijo Mirinri.

—Es cierto: regresemos a la caverna y vayámonos enseguida. Es muy tarde y la estatua de Memnón solo suena al despuntar el sol.

Rehicieron en silencio el camino recorrido, retrocedieron por la galería de los gatos y salieron fuera, arrastrándose a través de la esfinge que guardaba el extremo de la caverna. Ounis cogió un ánfora de terracota y llenó dos vasos de tosco cristal con una especie de cerveza muy dulce, que según la tradición Osiris había dado a los mortales juntamente con el vino de palma, e invitó al joven a beber diciéndole:

—Que el impuro demonio de la muerte castigue a quien manche el juramento.

Luego cogió de un rincón dos cortas espadas de bronce, muy anchas y pesadas y dio una de ellas a Mirinri.

—Partamos —dijo—. La noche ya está a mitad de su camino.

LA SANGRE DE LOS FARAONES

Cerrada la entrada de la caverna con una losa para que durante su ausencia no se adueñase de aquella algún animal salvaje, ya que en aquella época Egipto se hallaba muy poblado de leones y de hienas, el sacerdote y el joven, uno junto a otro, se pusieron en marcha, volviendo sus espaldas al Nilo. El desierto, que mas tarde hicieron fértil tras muchos trabajos los egipcios, se abría ante ellos extendiéndose hacia levante. En realidad no era propiamente un desierto, como el líbico o el del Sahara, absolutamente árido y carente de vegetación, podía llamársele más bien una inmensa llanura sin cultivar, que desde sus márgenes del Nilo se extendía hasta las orillas del mar Rojo. En efecto acá y allá se elevaban grupos de palmeras *dum*, llamadas "árboles del alajú o del pan picante", que alcanzaban un desarrollo extraordinario con gran rapidez incluso en los terrenos estériles, y algunas palmeras *deleb* de tronco hinchado en el medio y que gusta más de la soledad, no apareciendo nunca en las selvas. Los chacales ululaban en la lejanía y hulan, veloces como flechas, al aproximárseles los dos hombres, mientras que las hienas reían en medio de las dunas arenosas, sin atreverse a aparecer, ya que no disfrutaban en aquellos tiempos de mayor valor del que muestran hoy día todavía. La noche era maravillosa y tranquila, reinando en las llanuras egipcias una calma absoluta. La luna brillaba continuamente por encima de los bosques que bordeaban el Nilo, alargando desmesuradamente la sombra de los dos hombres. El cometa brillaba vivísimamente entre las estrellas, avanzando por un cielo purísimo, con una transparencia tal que solo puede admirarse en aquellas regiones. Ni Ounis, ni Mirinri hablaban: ambos parecían inmersos en profundos pensamientos. Solo el primero alzaba sus ojos de cuando en cuando hacia el cometa, mirándolo fijamente. El segundo parecía, a su vez, que seguía con la mirada algo que huyera ante él, tal vez la muchacha que le había hecho palpitar el corazón con tanta violencia desde que había nacido.

Habían recorrido ya bastantes millas, avanzando siempre por el desierto, cuando Ounis apoyó familiarmente una mano sobre el hombro del joven, preguntándole inesperadamente:

—¿En qué piensas, Mirinri?

El hijo de los Faraones se sobresaltó bruscamente, como si de repente hubiese sido arrancado de un dulce sueño; luego respondió, vacilante:

—No sé, en muchas cosas.

—¿En el poder sin fin que ti vas a tener en Menfis?

—Tal vez.

—¿O en la venganza?

—También quizá en eso.

—No. Me estás engañando. Te observo desde que partimos de nuestro refugio. No es el poder, ni la ambición, ni el odio lo que turba la mente y el corazón del hijo del gran Teti, el fundador de la dinastía —dijo Ounis, con una cierta amargura.

—¿Y qué es lo que sabes?

—Tus ojos no han mirado ni una vez siquiera el cometa que marca tu destino y tu camino.

—Es cierto —respondió Mirinri con un largo suspiro.

—Tú sigues pensando en la muchacha que salvaste de la muerte a orillas del Nilo.

—¿Para qué negarñp? Sí, Ounis, pensaba en ella.

—¿Te ha dado a beber algún filtro misterioso?

—No.

—¿Cómo puedes quererla hasta el extremo de olvidar el supremo bienestar que todos los mortales te envidiarían?

Mirinri permaneció algunos instantes silencioso, mas tarde volviéndose con un gesto improvisado hacia el sacerdote, que se había detenido y esperando alguna explicación lo miraba con tristeza le dijo:

—Yo no sé si los demás son iguales a mí, porque durante todos estos años no he visto otra cosa que las aguas del Nilo, las palmeras que lo rodean, las inmensas dunas de arena y las fieras que allí habitan. No he oído hasta ahora otra voz que la tuya, la del vientyo al mover las ramas de las palmeras o sus hojas emplumadas y el murmullo de las aguas, partiendo de los misteriosos lagos del interior. ¿Cómo podía, yo, un joven, permanecer insensible ante un ser distinto a ti y a mí y que hablaba una lengua más armoniosa, más dulce que el susurro de la brisa nocturna? Tú me dices que la amo. No puedo comprender en realidad esta palabra, yo que he vivido siempre alejado de las tierras habitadas y nunca supe lo que podía significar. Es posible que pueda llamarse así la red con la que me ha prendido el corazón aquella muchacha. Se que cuando pienso en ella, brillan ante mí, sea de día o de noche, aquellos grandes ojos negros llenos de una infinita tristeza y que siento dentro de mí una sensación extraña que no sabría explicarte y que no había sentido nunca antes de ahora, ni escuchando el murmullo de las aguas, ni el silbido del viento, ni el rugido de las fieras hambrientas al vagar por el desierto.

—Una sensación peligrosa. Mirinri, que podría serte fatal y detenerte en tu glorioso camino. Quita la fuerza al guerrero, adormece a los fuertes, debilita al valor y a veces convierte en vil al hombre. ¡Cuidado! No conviene ese sentimiento a tu gran empresa.

—¡Lo convierte a uno en vil! —exclamó el joven, impresionado por aquella palabra.

—Sí, en vil.

—Bien, procura que no me ocurra a mí.

Se había vuelto contemplando las dunas de arena que se extendían en torno a ellos, interrumpidas acá y allá por algún matorral medio seco. Una sombra gigantesca que Ounis no había visto antes, pero que no había escapado a la mirada del joven, se había detenido en la cima de uno de aquellos pequeños montículos de arena mirando a los dos egipcios.

—¿Lo ves? —preguntó Mirinri, sin que su voz denotase alteración alguna.

—¡Un león! —exclamó el sacerdote sobresaltado.

—Hace un rato que nos observa.

—¿Y no me has avisado?

—Si es cierto que llevo en mis venas sangre de guerreros, ¿por qué debo preocuparme de tu presencia? Mi padre no habría huido, ya que vencio, según me has contado, las poderosas tropas de los caldeos.

—¿Qué es lo que intentas decir o hacer? —preguntó Ounis mirándolo con ansiedad.

—Convencerme de si soy verdaderamente un Faraón, en primer lugar, y demostrarte luego que si aquella muchacha me cogió en sus redes, yo no soy de esos que se convierten en viles.

La corta espada del joven brilló en su mano dereha.

—¡León, a mí! —gritó—. Veremos si el rey del desierto es más fuerte que el futuro rey de Egipto.

Como si lo formidable fiera hubiese comprendido el reto lanzado por el valeroso joven, abrió las fauces e hizo temblar las dunas con un rugido poderoso, semejante al ruido del trueno.

Ounis había asido con ambas manos el brazo armado del joven, diciendo:

—No, tú no puedes exponerte ante aquella bestia. Yo soy viejo y no tengo ninguna misión que cumplir en el mundo. Deja por consigueinte que yo le haga frente y se verá el modo de atacarle. No necesito que me des una prueba de tu valor. Me basta ver en tus ojos el brillo fiero que animaba la mirada del gran Teti.

El joven con un brusco movimiento, se desasió y caminó valerosamente hacia la fiera, que rugía sordamente, golpeándose los flancos con la cola.

—¡Cuando un Faraón lanza un retyo no retrocede! —gritó Mirinri—. ¡Vence o muere! El león la ha aceptado; ¡nos incube a nosotros dos!

El sacerdote ya no había tratado de detenerlo. Por otra parte la fiera, que debía estar hambrienta, no habría tardado en atacarlos igualmente.

—Es valeroso como su padre —murmuró el sacerdote que lo seguía, teniendo en la mano su espada y viéndole cómo se encaminaba directo hacia la fiera, con una mezcla de inquietud y orgullo—. Lo habia juzgado mal: tiene en las venas mi...

Se mordió los labios para que no se le escapara la continuación de aquella frase y aceleró el paso para poder facilitar ayuda al joven Faraón.

El león que hasta entonces había permanecido tendido, viendo avanzar la presa que creía poder abatir con un solo golpe de sus poderosas garras, se había levantado sacudiendo su espesa crin. Era un soberbio animal, de complexión gruesa y robusta, con pelambrera leonada y la cría negruzca como la de los leones de las montañas del Atlas, que representan en la actualidad la raza más hermosa de aquellos terribles carnívoros.

Mirinri, asustado unos momentos por el majestuoso aspecto de su adversario y no por sus rugidos que cada vez eran más potentes, iba avanzando sin mirar siquiera atrás, para ver si era seguido o no por Ounis. Sus ojos, que se habían tornado valerosos, miraban intrépidamente a su adversario, observando sus mas leves movimientos.

Si Ounis se sentía orgulloso de verlo tan tranquilo y osado, el hermoso joven etaba igualmente orgulloso de no participar de aquel sentimiento de temor que es común a todos los hombres, incluso a los mas intrépidos, ante el rey del desierto y de la selva africana. ¿Tenía pues en sus venas sangre de antiguos guerreros? ¿Era por lo tanto un verdadero Faraón? Sí, ahora estaba convencido, a pesar de no haber oído resonar todavía la estatua colosal de Memnón, ni haber visto cómo la flor de Osiris abría sus corolas y revivía después de tantos millares y millares de años.

A unos diez pasos de la fiera tendió el arma y se detuvo, gritando:

—Te espero a pie firme: ¡atácame! Veremos si el gran Osiris me protegerá a mí que desciendo de dioses o a ti, ladrón del desierto.

El león lazó un último rugido, después saltó, poniéndose a correr a través de las dunas con zancadas gigantescas. Daba vueltas en torno a los dos hombres, describiendo un largo circulo que poco a poco iba cerrando, buscando el momento

oportuno para sorprenderlos por la espalda. Mirinri, siempre tranquilo, siempre impasible, pero con el rostro animado por un ardor intenso, daba vueltas en torno a sí mismo, mostrando siempre a la fiera la hoja de su espada de bronce, que los rayos de la luna hacían brillar vivamente.

Ounis por su parte se había arrodillado en breve distancia del joven, manteniendo su espada en alto. No perdía de vista a su compañero, ocupándose más de él que del mismo león.

Una profunda emoción alteraba sus rasgos. Había en la expresión de sus ojos, que en aquel momento brillaban no menos intensamente que los de Mirinri, el mismo sentimiento que antes: orgullo, satisfacción y terror. Se comprendía que, si bien le asustase la idea de que el joven pudiese ser vencido por aquel formidable adversario y quedar reducido a un destrozado cadáver, por otra parte se hallaba orgulloso de verlo tan valeroso y dispuesto a desafiar el peligro, ¡cualquier clase de peligro!

El león seguí su acoso en círculo. Daba saltos como si las arenas se hallasen cubiertas por millares de muelles invisibles y parecía que sus fuerzas, en vez de disminuir iban en aumento, porque sus saltos eran cada vez más impetuosos. Mirinri, quieto como una estatua de bronce, con el brazo armado siempre dispuesto, aguardaba el ataque. Una sonrisa de desafío aparecía en sus sutiles labios. De un salto, la fiera, que no había cesado de cerrar cada vez más el cerco, se precipitó sobre los dos hombres, lanzando al mismo tiempo un rugido temible, semejante a una tumba de guerra que sonara a lo lejos. Sin embargo no fue el joven el elegido como primera víctima.

Con un salto inmenso se arrojó sobre el sacerdote, intentando romperle la espina dorsal o abrirle un costado con un golpe de sus garras. Sin embargo había calculado mal las distancias, aunque le cayera muy cerca, jdándole un golpe con la espalda y arrojándolo al suelo. Iba ya a resolverse, a fin de poner en acción sus garras, cuando Mirinri se le puso al lado con la rapidez de un rayo. Con la mano izquierda le asió la espesa cabellera, manteniéndolo quieto un instante, mientras que con la otra le hundió hasta la empuñadura ladelgada hoja de bronce, abriéndole por completo el pecho.

—¡Te ha vencido el joven Faraón! —gritó—. ¡Soy mas fuerte que tú! ¡Egipto será mío!

Sin embargo no era todavía una victoria completa. La fiera, aunque horriblemente herida y sangrando abundantemente, de un salto inesperado había huido, encogiéndose a unos diez pasos, rugiéndole a la cara, dispuesta a comenzar el asalto.

—¡Cuidado, Mirinri! —gritó Ounis, con voz angustiada.

El joven parecía no haberlo oído siquiera.

Con la mirada siempre desafiante, fija en la de la fiera, avanzaba con la espada a punto.

—Necesito matarte —dijo.

Y se lanzó sobre el león, que no se atrevía a afrontar de nuevo a aquel joven adversario, que primero lo había despreciado y que parecía hipnotizarlo con la fuerza de su mirada.

La lucha fue breve y terrible. Ounis vio levantarse por algunos momentos en torno a los dos combatientes como una nube de polvo, que los ocultaba, más tarde oyó un rugido sordo y un grito que le pareció de triunfo.

—¡Muere!

Cuando la fina arena se posó en el suelo, vio a Mirinri en pie, con la frente alta, la espada goteando sangre por su puño y un pie sobre el cuerpo de la fiera, que se movía en los últimos espasmos de la muerte.

—Sí, mi... —gritó Ounis— digno alumno! Sí, eres hijo de Teti, el fundador de una dinastía que dará gloria y poder a la tierra de los Faraones. Sólo un hombre engendrado por él habría podido realizar semejante hazaña. Ahora ya te protege Osiris y puedes atreverte a todo.

Mirinri se volvió y después de haberlo mirado durante algunos instantes en silencio, repuso:

—Ahora ya no tengo duda que el alma de los Faraones se halla en mí. De la misma manera que he dado muerte al rey del desierto, mataré al usurpador, que me arrebató a mí y a mi padre el trono. Ves, Ounis, también se puede ser audaz cuando el corazón palpita por una muchacha. ¡La última prueba, la definitiva!

—Eres grande —respondió el sacerdote—. Vayámonos rápidamente. Los astros comienzan a desaparecer y también la cola del cometa va esfumándose. ¡Ven, hijo del Sol!

El joven limpió la espada en la crin del león, la puso lentamente en el cinturón que le ceñía y siguió al sacerdote con la tranquila indiferencia de un hombre que hubiese cumplido una misión sin ninguna importancia.

—Sangre fría, valor y audacia —dijo Ounis, cuya admiración no parecía haber cesado aún—. Tú eres el hombre del destino.

Mirinri sonrió sin responder. Echó una última mirada a lafiera, que no mostraba ya movimiento alguno y parecía dormida, alzó por un instante sus ojos hacia el cometa, que comenzaba a extinguirse y siguió al sacerdote, volviendo a sus pensamientos. Ya

no se oía ningún ruido entre las dunas arenosas. La poderosa voz del león antes de morir había alejado a las hienas y a los chacales, y un profundo silencio reinaba sobre la estéril landa.

Caminaron de esa manera, sin hablar, durante cierto tiempo todavía; más tarde fue Ounis quien rompió el silencio de aquella inmensa calma.

—¿La ves? La pirámide hecha construir por tu padre se eleva hacia allí.

Mirinri se irguió, levantó la cabeza, que hasta entonces había tenido inclinada sobre el pecho y dirigó la mirada hacia adelante.

Dos enormes masas se perfilaban entre las dunas, destacando poderosamente sobre el horizonte, que comenzaba a iluminarse con los primeros resplandores del alba.

—¡Las dos estatuas de Memnón! —exclamó sobresaltado.

—Ha llegado la hora.

Mirinri dirigió su mirada hacia el septentrión y descubrió una masa todavía mayor, completamente negra, que se agitaba en la oscuridad y se alzaba en forma de pirámide.

—La tumba de mi dinastía —dijo.

—Donde encontraremos la flor sagrada de Osiris. Apresúrate, o llegaremos demasiado tarde. La piedra retumba cuando nace o se pone el sol.

EL HIJO DEL SOL

Las estatuas de Memnón gozaban entre los antiguos egipcios de gran veneración, que no cesó ni siquiera cuando los romanos, aquellos formidables conquistadores del mundo entonces conocido, invadieron las orillas del sagrado Nilo, incluso tuvieron también ellos una verdadera idolatría por el hecho entonces extraordinario e inexplicable que una de ellas, al despuntar el sol o a su ocaso, produjera un sonido. Los antiguos egipcios afirmaban que cuando un Faraón se acercaba a las dos estatuas, aquel sonido extaño que semejaba el crepitar del azufre cuando es estrujadocon la mano, pero infinitamente más fuerte, se dejaba oír. Que la piedra sonase realmente, nadie lo pone en duda, aunque en la actualidad esté muda como cualquier otra piedra. Estrabón fue el primero en afirmarlo, al oír aquel extraño crepitar en compañía de Helio Galo, que era gobernador de Egipto, aunque no pudiese aclarar si aquella vibración partía del pedestal o de la propia estatua. Juvenal, que casi un siglo después fue exiliado al alto curso del Nilo, también lo oyó, y lo mismo Plinio habló de aquel prdigio. Si bien a los egipcios el hecho les pareció maravilloso, se trataba sin embargo de un hecho muy sencillo que fue explicado más tarde. La estatua parlante, como se le llamaba y que parece representar a un Faraón de la primera dinastía, a consecuencia de un terremoto se había resquebrajado a la altura del vientre, mientras que su compañera resistió el formidable temblor. A partir de entonces comenzó a hacer ruido. La naturaleza de la roca, formada por matriales heterogéneos mantenidos juntos por un conglomerado silíceo muy duro, era tal que con la variaciones de temperatura crepitaba. Ahora bien, esa oscilación, no tenía lugar más que al salir el sol, después de las noches tan frescas que se dan en aquel clima y unos momentos después de la puesta del sol. Por eso duranteel día o la noche la estatua no producía ningún ruido. Cuando Septimio Severo, tal vez por superstición o bien por honrar a Memnón, hijo de la Aurora, según las antiguas leyendas egipcias, hizo restaurar el coloso con cinco enormes piezas de mármol de grés, que se ven todavía, porque aquellas dos estatuas han resistido al igual que unas pocas pirámides la erosión del tiempo, la voz cesó de golpe. Aquellas masas fueron una tumba; la vibración desapareció y Memnón, con gran disgusto de los egipcios ya no habló más. Por otra parte, los Faraones ya habían dejado de existir y no les era posible imponerles que se hicieran oír.

Ounis y Mirinri, no descubriendo a nadie en torno a los dos colosos, se aproximaron rápidamente, mientras el cielo comenzaba a tomar, hacia levante, un ligero tinte rosáceo que indicaba la inminente aparición del sol.

Aquellas dos estatuas, que eran cuatro o cinco veces más altas que un elefante, representaban a dos hombres sentados sobre las rodillas y las constituían dos masas enormes en forma cuadrada sólidamente unidas en sus bases entre sí. En lacabeza lucían una especie de *fichu* triangular, que les caía a lo largo de la cara, alargándose por encima de la espalda y tenían bajo el mentón aquella extraña barba, formada por una especie de dado, más estrecho por su borde superior y más ancho por abajo, que se observa en todos los antiguos monumentos egipcios. La base, que era de proporciones enormes y tan alta que Mirinri no podía alcanzar ni siquiera alargando

la mano, estaba totalmente cubierta por letras y adornada con ibis, los pájaros sagrados de los egipcios antiguos y emblema de los Faraones de la primera dinastía. En la estatua de laderecha podía distinguirse fácilmente lafisura producida por el temblor del terremoto, alargándose aproximadamente hasta la mitad del vientre.

Mirinri se detuvo, mirando con visible emoción a los dos colosos. Si era verdaderamente un Faraón, debía oírse el sonido, pero si permanecía mudo, ¡qué desilusión!

Miró a Ounis con un poco de ansiedad y lo vio tranquilo, como un hombre seguro de sus actos. Aquella calma lo tranquilizó.

—Ven —dijo el sacerdote después de haber mirado al cielo—. Ha llegado el momento.

Caminaron en torso a la estatua resquebrajada y, al encontrar una escalinata, ascendieron por ella hacia el pedestal metiéndose entre las piernas que el coloso tenía abiertas. Era el sitio mejor para percibir el sonido.

—¿Hablará el hijo de la Aurora? —preguntó Mirinri que se había tornado pálido y parecía nervioso.

—Sí, porque tú eres el hijo de Teti —respondió el sacerdote.

—¿Y si te hubieras equivocado?

Una sonrisa apareció en los labios de Ounis.

—Escucha —dijo luego—. Más tarde me dirás si tú eres o no un Faraón.

El sol se alzaba radiante en aquel momento, proyectando sus rayos sobre aquellos dos colosos y apenas salidos ya se habían convertido en ardientes.

—¡Escucha! ¡Escucha! —repitió Ounis.

Mirinri inclinado hacia la mole de la estatua aprestaba sus oídos. El corazón, que ante el león no se había alterado ni siquiera por un instante, ahora le palpitaba fuertemente como cuando estrechara entre sus brazos o la muchacha que había liberado del cocodrilo, la primera mujer que había visto desde que el sacerdote lo había llevado al desierto.

El sol se iba alzando rápidamente, extendiendo sus rayos sobre la infinita llanura, pero la estatua seguía muda. Incluso Ounis había fruncido la frente. Pero en cierto momento se dejó oír un ligero crepitar que fue aumentando su intensidad, y más tarde una nota límpida, un “do” retumbó.

Un grito se escapó de los labios del joven. Se levantó rápidamente, con los ojos encendidos y el rostro transfigurado por una alegría indescriptible.

Miró el sol y dijo con voz poderosa:

—Sí, desciendo de ti. Osiris. ¡Soy un Faraón! ¡Egipto es mío!

Ounis sonreía, contagiado por aquella improvisada explosión de entusiasmo. También él parecía profundamente conmovido.

—Ounis, amigo mío, ¡a la pirámide! —dijo después el joven, con exaltación—. Dame la última prueba de que yo soy el hijo de Teti, que mi cuerpo es divino e iré a matar, con esta misma arma con la que di muerte al rey del desierto, al usurpador.

—Así te quería ver —respondió el sacerdote—. La sangre de la estirpe guerrera que y temía se hubiese adormecido para siempre, por fin se hadespertado.

—A la pirámide, Ounis —repitió el joven cuyo entusiasmo no se había calmado todavía—. Vayamos a interrogar a la flor de Osiris.

—Verás como crecen sus corolas milenarias —respondió el sacerdote.

La pirámide que, según se ha dicho, estaba destinada a servir de sepulcro a la dinastía iniciada por Teti, no se hallaba lejos. Su imponente mole se alzaba a media milla apenas de las dos gigantescas estatuas, elevando su cúspide y ciento cincuenta metros. Todas las pirámides, hechas construir por las diversas dinastías que rienaron en Egipto millares de años antes del nacimiento de Jesucristo, tenían proporciones colosales. Muchas han sido destruidas, para edificar con sus restos Tebas y otras ciudades surgidas tras la gloriosa Menfis, sin embargo todavía subsisten bastantes hoy día y las más célebres y visitadas son las de Keops, Kefre y Mikerinos, que son las más gigantescas que se conoce, cubriendocada una cinco hectáreas de terreno y alcanzando una altura que varía entre los ciento cuarenta y ciento cuarenta y seis metros. Se calcula que para construir aquellas tumbas, se necesitaron para cada una 250.000 metros cúbicos de materiales. La suma que llegaron a contar y los millres de obreros que fueron precisos para construirlas, es imposible decirlo. Unicamente se sabe, consultando los antiguos papiros, que para erigir la de Keops, no se gastaron menos de cuatro millones de talentos egipcios, solamente en ajos, perejil y cebollas, vegetales que constituían el principal alimento de aquellos incansables obreros, reclutados siempre, para una mayor economía, entre los prisioneros de guerra. La pirámide hecha construir por Teti, según se ha dicho, no podía rivalizar con las tres mencionadas; sin embargo, era tan enorme como para hacer avergonzar, si ello fuera posible, a los más elevados edificios modernos. Una escalinata de nueve metros por lado, medida habitual en todas las pirámides, conducía sobre la cima, desde debía encontrarse al igual que en otras, una pequeña plataforma.

Ounis, que ya en otro tiempo debía haber visitado el enorme sepulcro, se encaminó aprisa hacia dos colosales esfinges, que parecía habían sido colocadascomo guardianes de una puerta de bronce e iban estrechándose hacia la jamba como todas aquellas construidas por los antiguos egipcios. Examinó la puerta durante unos instantes, como para que asegurarse de que la cerradura no hubiese sido forazada y más tarde extrajo de debajo de su larga vestidura una llave de forma extraña, que semejaba a una serpiente e introdujo una extremidad en un orificio tallado en forma de una hoja de loto.

—¿Cómo tienes tú esa llave? —preguntó Mirinri, que iba de sorpresa en sorpresa.

—Me la dio tu padre antes de morir —respondió lacónicamente el sacerdote—. ¿Si tú hubieses muerto, dónde hubieras querido que te enterrase? ¿Un Faraon iba a dormir para siempre entre la arena?

—Pero mi padre no reposa ahí dentro.

—Cuando tú hayas conquistado el trono que te aguarda, también él dormirá entre estas murallas ciclópeas el sueño eterno.

Empujó la maciza puerta de bronce, encendió una pequeña lámpara de arcilla que había llvado consigo, juntando dos piedras negras que, al rozar una con otra, lanzaron un haz de chispas vivísimas, luego volviéndose hacia el joven, le dijo:

—Te corresponde a ti entrar el primero, puesto que tu padre no existe.

Con visible emoción Mirinri atravesó el dintel y penetró en el inmenso sepulcro, destinado a acoger las almas de toda su dinastía. También allí dentro, como en la inmensa galería donde encontraron el tesoro, reinaba un tufo de moho y humedad, sin embargo, el aire que penetraba tal vez por millares de hendiduras invisibles era más respirable, de modo que los dos hombres podían avanzar sin dificultad. En las paredes macizas había muchos espacios de forma cuadrada destinados a acoger los ataúdes y debajo una mesa de mármol negra para recibir las ofrendas destinadas al difunto, a fin de que no sufriera hambre durante la travesía del Amento, para alcanzar el reino de Osiris o "región oculta", el lugar de las delicias. No eran aquellos nichos, que por otra parte estaban todos vacíos, los que interesaban a Ounis y mucho menos a Mirinri. El sacerdote buscaba ansiosamente una piedra enorme que debía encontrarse en el centro de la pirámide y que ocultaba la famosa flor de Osiris. Por ser la luz de la lámpara demasiado débil y el espacio enorme y oscuro, debía recorrer bastantes centenares de pasos antes de encontrarla.

—Está aquí —dijo finalmente.

Un gran dado de piedra blanca sobre el que se erguía una estatua representando a Toh, el dios ibis, apareció en el círculo proyectado por la luz. Ounis se acercó y apartó con la mano un montón de hierba que cubría la superficie, flores de loto

blancas y azules, crisantemos, macizos de trébol, apio y melones de agua secos, que conservaban todavía su color verde y después de haber estado buscando dentro de una cavidad, sacó una pequeña planta, mostrándola triunfalmente al joven. Aquella planta maravillosa que mllares de años después iba a admirar a los botánicos europeos y americanos, a la que llamaron flor de la resurrección, y que fue descubierta por un beduino en el pecho de una princesa faraónica y donada por su dueño al doctor Dek en 1848. Era una planta seca, delgada, con sus botoncillos amarillentos por el tiempo y casi completamente secos.

—¿Es aquella misma que el gran Osiris dejó a sus sucesores? —preguntó Mirinri, mirándola con ojos alucinados.

—La misma —respondió Ounis tras haberla examinado atentamente—. La reconozco muy bien, porqueyo la traje aquí junto a tu padre.

—¿Y tú crees que revivirá?

—Sí, si es que tú eres un verdadero Faraón. Ya que la estatua de Memnón ha resonado, no tengo ninguna duda de que estos dos botoncitos abrirán sus corolas.

—¿Desde cuános años hace que está seca?

—¿Quién podría decirlo? Evidentemente desde millares y millares, pero muchas veces ha resucitado por voluntad del gran Osiris. Anda, cógela y pon sobre estos botoncillos dos gotas.

Se la dio juntamente con un pequeño frasco de vidrio que contenía un poco de agua.

Mirinri la contempló durante unos instantes. Su corazón palpitaba como cuando estuvo aguardando el sonido de la coosal estatua. ¿Y si fallase esta última prueba?

—Échale el agua —dijo Ounis, viendo que el joven vacilaba—. Estoy convencido de que dentro de poco te rendiré el homenaje que el pueblo egipcio debe a los Hijos del Sol.

Mirinri vertió dos gotas de agua sobre ambos botoncillos y después vio con inenarrable admiración cómo aquella planta adormecida desde siglos y siglos, primero temblaba un poco, después se agitaba en todos sus tejidos, los botoncillos se hinchaban y redondeaban, y por último abrían a su alrededor los ligeros pétalos, en torno a un punto central de color amarillo.

¡Había resucitado la planta maravillosa de Osiris!

—Déjala morir —dijo Ounis, viendo a Mirinri agitarla como si hubiese enloquecido de pronto—. Calla y mira.

Las dos flores que semejaban dos espléndidas margaritas, mantuvieron durante algunos instantes sus pétalos abiertos y tiesos, descubriendo su interior rejuvenecido como por obra de magia, derramando unos pequeños gránulos pero luego sus iridiscentes colores comenzaron a perder color, los tallos se curvaron, las hojitas se replegaron sobre sí mismas y se marchitó. El grito que hasta entonces Mirinri había contenido, estalló formidable en su pecho.

—¡Soy un Faraón! ¡Gloria al gran Osiris! ¡El poder, la grandeza, la gloria! ¡Es demasiado!

Ounis tomó la flor y la depositó nuevamente en el hueco de la piedra. A continuación se arrodilló ante el joven y le besó la orla inferior de su blanca vestidura, diciendo:

—Recibe el homenaje de tu más fiel súbdito. Yo te saludo, Hijo del Sol.

—Cuando haya conquistado el trono tú serás mi primer ministro y el jefe supremo de los sacerdotes, fiel amigo. Mi poder no oscurecerá el reconomiento que te debo.

—No deseo ni honores, ni grandezas —respondió Ounis—. Por otra parte, cuando tú seas rey, yo ya no tendré necesidad de nada.

—¿Por qué, Ounis? —inquirió Mirinri sorprendido por aquella frase ambigua.

—No te lo he contado todo, todavía. Me queda por hacer una revelación más, al Hijo del Sol. Pero no te la haré hasta que hayas sentado en el trono de los Faraones. Ahora quedan otras cosas por hacer antes de dejar esta pirámide a la que ya no has de volver más estando vivo.

—¿Qué es ello?

—Destruir el cadáver que el usurpador puso en lugar del de tu padre. Ese desconocido, que tal vez fuera un miserable esclavo, no debe ocupar el lugar que corresponde a Teti, mi ultrajar con su cuerpo impuro la tumba de los Hijos del Sol. Ven, Mirinri.

—Pagará esta infamia —dijo el joven llevado por su cólera—. No le bastaba a Pepi el arrebatar el reino de mi padre; tuvo que ocurrírsele además esta burla cruel. Haré pedazos el hombre que reemplaza en este sepulcro al cuerpo del Faraón, así no podrá atravesar el Amento y no ocupará un puesto que no le corresponde entre los antepasados difuntos.

El sacerdote dio alrededor una penetrante mirada y se encaminó hacia una de las paredes en uno de cuyos orificios parecía brillar vagamente algo.

—Es aquí donde lo colocaron —dijo.

Un féretro estaba depositado en aquella cavidad, algo por encima de una mesa de mármol negro, sobre la que se amontonaban coronas de trébol, de loto blanco y azul, junto a pequeños recipientes de cereales y de harina, trozos de carne desecada y jarros conteniendo leche, licores y perfumes. Aquel sarcófago era de una riqueza extraordinaria, construido con madera de encima arábiga, adornado con esculturas delicadísimas, que intentaban representar la gran victoria conseguida por Teti contra las hordas caldeas, todo ello pintado, dorado y con incrustaciones de perlas preciosas. En el extremo superior, aquel féretro terminaba en una cabeza que debía reproducir exactamente los rasgos del hombre que estaba descansando dentro. Mirinri apartó con desprecio las flores y las ofrendas, subió sobre la plataforma de piedra y tomó entre sus robustos brazos el ataúd, depositándolo en el suelo.

—¿Esta cabeza se parece a la de mi padre? .preguntó con viva emoción.

—Sí —respondió Ounis.

—¿Y estos ojos son precisamente los suyos?

—Los haz reproducido exactamente.

Mirinri miró al anciano, más tarde a la cabeza y luego volvió a mirar al sacerdote, mostrando un gesto de admiración.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Ounis con la frente fruncida.

—Encuentro una extraña semejanza entre los rasgos de esta cara y los tuyos. Incluso los ojos tienen la misma profunda mirada.

—Hay tanta gente que se parece —respondió secamente el sacerdote—. Abre el féretro, quiero ver a quién han puesto dentro.

Mirinri introdujo la punta de la espada entre las junturas y con un esfuerzo violento levantó la tapa. Enseguida apareció una momia representando a un hombre de elevada estatura, con el rostro surcado por dos largas heridas mal cicatrizadas, que lo hacían irreconocible.

Todo el cuerpo estaba estrechamente envuelto en un tejido de oro, con bordados hechos con piedras preciosas, generalmente esmeraldas y mostraba doradas las uñas de las manos y de los pies.

—¿Ese es mi padre? —preguntó Mirinri.

—No.

—¿Estás seguro, Ounis?

—Lo conocía demasiado bien para poderme engañar.

—Bien —respondió Mirinri.

Sacó la momia, que arrojó con desprecio al suelo, cerró nuevamente el ataúd y lo colocó otra vez en el espacio excavado en la pared de la pirámide, diciendo con voz irónica: Servirá para algún otro: el usurpador pertenece a la familia y tiene derecho a reposar aquí dentro. Tomará el sitio de este desgraciado.

Desués cogió la momia estrujándol entre sus manos, tal era su cólera y, volviéndose al sacerdote, dijo con un tono que no admitía réplica:

—Vayámonos.

—¿Qué quieres hacer con ese muerto?

—Vayámonos —repitió el joven.

Atravesaron la pirámide hasta llegar a la puerta de bronce que había quedado abierta. Ounis la cerró con aquella llave en forma de serpiente y se encontraron ambos en medio de los ardientes rayos del sol.

—¿Ahora no puede entrar nadie? —preguntó Mirinri, que seguía sosteniendo la momia.

—Nadie a excepción de Mirinri Pepi, el único que posee una llave igual a ésta.

—Esta tumba no se abrirá más que para recibir el alma del usurpador —dijo Mirinri con voz sombría—. Lo juro por Sib, el dios que representa la tierra; por Nobt que representa el cielo; por Nou el dios de las aguas; por Ra que es el sol; por el gran Osiris y su ibis, el animal sagrado que adora mi futuro pueblo. Que Nacus, el impuro demonio de la muerte me arroje al reino de las tinieblas, que se me niegue el paso por el Amento y la paz eterna en la región oculta, si falto a mis promesas. Ounis, tu que eres sacerdote, me has oído. Y ahora, vil carroña, que has osado suplantar el puesto de mi padre, el gran guerrero que salvó a Egipto, ve. Hallará tu tumba en los inmundos vientres de las hienas y de los chacales.

Dicho esto la levantó en alto con todas sus fuerzas y lanzó la momia en medio de las dunas, donde cayó con las piernas hacia arriba.

—¿Cuándo nos pondremos en marcha? —preguntó luego el joven—. Ahora que ya sé que soy verdaderamente el hijo de Teti, estoy impaciente por conquistar a la orgullosa Menfis.

—Poco a poco, Mirinri —respondió el sacerdote—. Debemos actuar con infinitas precauciones y relacionarnos secretamente con los viejos amigos de tu padre. Si

fueses descubierto antes de llegar a ser tan poderoso como para poder enfrentarte a Mirinri Pepi, él no tendría piedad de ti.

—¿Deberé pues permanecer mucho tiempo en el desierto y dejar que se adormezca este entusiasmo que me devora?

—No te pido más que tres o cuatro días. Volvamos a nuestro refugio.

La noche de ese mismo día, Ounis, aprovechando el sueño del joven, arrojaba al Nilo, con gran sobresalto de cocodrilos e hipopótamos tan numerosos en aquella época, pequeñas teas encendidas que ardían incluso en el agua, como los famosos fuegos griegos de los que se ha perdido el secreto.

—Los amigos que velan sabrán así que Mirinri está presto —dijo—. Aguardémosles y que Osiris proteja al nuevo Hijo del Sol.

A LA CONQUISTA DE UN TRONO

Tres días después, al atardecer, un pequeño velero, que se asemejaba mucho a los *dahabiad* que se usan todavía hoy en el Nilo y que, al igual que los antiguos, tenían los palos formados por varias piezas unidas mediante pieles de buey acopladas todavía frscas y dejadas disecar más tarde, arribaba al mismo lugar en que Mirinri descubriera el símbolo del poder sobre la vida y la muerte. Tenía la quilla más bien alargada y robusta, la proa redondeada, con algunos ornamentos de oro sobre el espolón que representaba un ibis con las alas desplegadas y dos inmensas velas de lino blanco, semejantes en su forma a las latinas, pero con los extremos más en punta. La tripulaban dos docenas o tal vez más de etíopes, hombres de piel bastante negra, y de forma hercúlea que aparecían destruidos sin otro atuendo que una faja larga ajustada a sus caderas con dos extremos colgando entre las piernas hasta casi el suelo. Era todo ello un atuendo más que suficiente usado por el pueblo, en aquel clima siempre caluroso incluso durante los meses invernales. Un hombre que llevaba dos faldones de algodón azul, en forma rectangular, doblados por delante y ceñidos a la cintura por un cinturón de cuero y lucía sobre la cabeza una peluca con gruesos tirabuzones de caballo y trenzas pendientes a lo largo de las espaldas, sostenía el timón. Era un hermoso hombre de unos cuarenta años, con la piel ligeramente bronceada y que encarnaba al verdadero tipo de egipcio antiguo: alto, más bien delgado, con espaldas anchas y robustas, los brazos nervudos acabados en manos largas y finas, las piernas duras con los músculos de las pantorrillas bastante pronunciados, como la mayoría de los pueblos andariegos. En su mirada se apreciaba una expresión de profunda tristeza, que reflejaba manifiestamente en sus grandes ojos, muy negros, aquella tristeza instintiva que se observa aún hoy en los modernos egipcios.

Apenas la barca tocó la orilla, que en aquel lugar se hallaba cubierta por espléndidas palmeras, el egipcio dio orden a los etíopes para que tendieran un puente de madera, más tarde se acercó a una especie de tambor de grandes dimensiones en forma de embudo y se puso a golpearlo fuertemente, en tanto que uno de sus hombres hacía sonar la flauta, logrando unas notas tan agudas que se podían oír a varias millas de distancia. Esa música, engrosada por los sonoros golpes de tambor, duró bastantes minutos, sobreponiéndose al murmullo de las aguas al romperse contra las orillas y sobre los arenosos islotes que sobresalían en el majestuoso río, propagándose intensamente bajo las ramas de verdor.

El egipcio iba ya a dar la señal de que cesara al tañedor de la flauta, cuando aparecieron entre un matorral Ounis y Mirinri.

—Que Ra, te proporcione buena suerte, Ata —gritó el sacerdote—. Te traigo al futuro Hijo del Sol. La flor de Osiris y Memnón lo han reconocido.

—La hora ha llegado —respondió el egipcio, atravesando el puente y descendiendo a la orilla—. Todo Egipto aguarda impaciente por ver a su legítimo rey.

Se aproximó a Mirinri, que se había detenido, mirando con viva curiosidad al comandante de aquella embarcación y se arrodillo ante él, besándole la orla de su vestido.

—Salud eterna al Hijo del Sol —le dijo—. Salud al descendiente del gran Teti.

—¿Quién eres? —preguntó Mirinri, alzándolo.

—Un amigo fiel de tu padre y de Ounis —respondió el egipcio—. Y vengo a buscarte para conducirte a Menfis. Tu sitio está allí y no entre las arenas del desierto.

—Fíate de él como de mí mismo —dijo Ounis volviéndose hacia Mirinri—. Ha sido un amigo fiel para Teti, fue también él quien te sacó del palacio real para ponerte a salvo, antes de que en la malvada mente de Mirinri Pepi, naciese la idea de encontrar algún medio para eliminarte.

—Si algún día logro subir al trono de mis antepasados, te demostraré mi reconocimiento —dijo el joven Faraón.

—¿Has visto pasar las teas encendidas que he confiado a las aguas del Nilo? —preguntó Ounis.

—Sí —respondió Ata— las he hecho detener más allá de Pagamit, para que los espías del usurpador no puedan sospechar nada. Ten cuidado porque se vigila por todas partes, ya que en la corte se sospecha que el hijo de Teti no está muerto.

—¿Quién puede haber traicionado el secreto que he ocultado celosamente durante tantos años? —dijo Ounis palideciendo.

—Lo ignoro, pero yo sé que cierto día una barca tripulada por una princesa fue remontando el Nilo, hasta este lugar por orden del rey e iba en ella un hombre que en muchas ocasiones había visto al joven Mirinri, antes de que yo lo liberase.

—Yo vi a aquella princesa; es más, la salvé cuando iba a ser devorada por un cocodrilo —dijo Mirinri.

—Y los hombres que tripulaban aquella embarcación, ¿te vieron, Hijo del Sol? —preguntó Ata, con inquietud.

—Sí.

—¿No te dijeron nada?

—Absolutamente nada.

—¿Y había alguno que te observaba atentamente?

—Eso me parece.

—¿Recuerdas, Hijo del Sol, que cosa llevaba en la cabeza?

—Un sombrero muy alto, que se prolongaba hasta su extremo como un adorno, con un símbolo de oro en forma de disco y cuernos.

—¿Y qué vestidura llevaba?

—Una larga faja y una piel de leopardo anudada en la espalda.

—¡Es él! —exclamó Ata, rojo de ira.

—¿Quién? —preguntaron al unísono Mirinri y Ounis.

—El gran sacerdote de Isis. Me lo imaginaba.

—Explícate mejor, Ata.

—Más tarde; ahora embarquemos y partamos inmediatamente. Estoy seguro de que han descubierto algo y que seremos atacados en algún sitio. Desde hace algunos meses hay ciertas personas sospechosas que me vigilan a mí y a mi barca. Querían estar seguros de donde me refugiaba, cuando partí de Pagamit para venir a recibir tus órdenes. Solo viajaremos de noche, con las debidas precauciones e intentaremos escapar a las emboscadas que, indudablemente, han tendido a lo largo del Nilo. El secreto ya ha sido descubierto y tú, Hijo del Sol, corres el peligro de ser detenido antes de entrar en Menfis.

—Abriremos bien los ojos —dijo Ounis.

—Y si somos atacados nos defenderemos —añadió Mirinri—. ¿Son de confianza estos hombres?

—Todos ellos son etíopes valientes, fuertes y fieles a mí —contestó Ata.

—Embarquémonos.

Atravesaron la pasarela y subieron a la embarcción. Al ser el viento contrario y la corriente a su vez favorable, amainaron las dos grandes velas sobre el puente y la pequeña barca quedó libre, mientras que los etíopes, con largos remos, la guiaban en medio de los bancos arenosos y los matorrales de hierbas acuáticas que entorpecían de cuando en cuando aquel gigantesco río. Ata, después de haberse asegurado de que la nave no corría ningún peligro, momentáneamente por lo menos, condujo a Mirinri y a Ounis a popa, donde se encontraba una pequeña cámara tapizada con cortinajes de variados colores y con las paredes cubiertas de grandes escudos de piel, por lo

general con ángulo por debajo y redondos por arriba con una abertura en medio, para poder observar al enemigo, y un gran número de armas de cobre, de bronce, de hierro e incluso de madera, tales como espadas, lanzas en forma de hoz, mazas, hachas, puñales de varias formas y bastantes arcos con sus correspondientes aljabas, llenas de flechas con la punta de metal. Alrededor había unos pocos, pero muy elegantes muebles, de delicadas líneas, por lo común oblicuas, ya que los egipcios no utlizaban la línea recta en sus construcciones. Había unos pequeños divanes provistos de cojines recamados y con los respaldos esmaltados y unas pequeñas sillas que se prolongaban hasta el fondo, pintadas de rojo y adornadas con plumas de variocolour decoradas a lo largo de las patas.

Ata cogió de un ángulo una pequeña ánfora, de cuello bastante largo, cubierta de multicolores esmaltes y unos vasos de cristal coloreado, de exquisita factura, y vertió en ellas cerveza, diciendo:

—A la grandeza y a la gloria del futuro Faraón. Que Osiris te proteja, Hijo del Sol.

Los tres egipcios las vaciaron de un sorbo, luego Ata levantó una cortina que cubría el fondo del salón, añadiendo:

—Ve a arreglarte, señor. Un príncipe no puede viajar con esos vestidos y además, tú debes parecer un gran personaje etíope, así alejaremos mejor las sospechas que podrían aparecer sobre ti. Los negros que tripulan la barca bastarán con su presencia para hacer creer tal cosa. Te aguardamos en el puente, señor. Es necesario estar alerta.

Salió del salón, seguido por Ounis y subió a cubierta, vigilando durante algunos minutos con suma atención, las dos orillas del río, que en aquel lugar tenían una milla de distancia entre sí.

El sol se había ya puesto desde hacía un cuarto de hora y las tinieblas se habían apoderado del río gigante. Sin embargo en la lejanía un débil resplandor anunciaba la inminente aparición del astro nocturno que presta a las noches de aquel país una asombrosa claridad.

—¿Estás inquieto? —dijo Ounis viendo que Ata seguía escudriñando.

—Sí, lo estoy —respondió el egipcio.

—¿Temes pues que te haya seguido alguien?

—Tal vez; sin embargo he estado observando detalles extraños que hubieran pasado desapercibidos a otros menos observadores que yo.

—¿Cuáles?

—Tú sabes que en nuestro río las hierbas flotantes y los paprios interrumpen con frecuencia la navegación, pero que una vez las has abierto los pasos se mantienen durante cierto tiempo. Sin embargo me he encontrado con aquellos pasos cerrados y ¿sabes como? Cuando he hecho cortar aquellos matorrales he encontrado en medio de ellos estatuas clavadas en el fango. Ello quiere decir que se vigilaba el río y se intentaba impedir que yo lo remontase hasta aquí.

—¿Hay algo más?

—Sí, existe algo más —dijo Ata, cuya frente aparecía pensativa—. Ya son tres días que estoy navegando y todas las noches he visto tras de mí, cómo brillaba una luz en la oscuridad y pestañear unas lucecitas debajo de las palmeras, a veces en una orilla y otras en la contraria.

—Estoy preocupado.

—Y yo no menos que tú. Alguien debe haber informado que tú no eres…

Ounis con un rápido gesto le puso una mano en los labios, diciéndole con voz imperiosa:

—¡Calla! ¡Te lo ordeno!

—Perdóname —dijo Ata, en voz baja.

—Yo soy solo un sacerdote para ti, y para los demás.

—Es cierto, me había olvidado del juramento.

—Sigue.

—Ciertamente se sospecha en la corte que Mirinri no ha muerto.

—Es posible. ¿Has avisado a todos nuestros amigos?

—A esta hora todos saben ya, que él está dispuesto para la reconquista. Cuando lleguemos a Menfis los encontraremos reunidos en las tumbas de los cocodrilos y allí se le rendirá el homenaje debido al nuevo Hijo del Sol y…

Un ligero choque que hizo oscilar la barca, lo interrumpió. La navegación por el río se hallaba detenida.

La frente de Ata se había fruncido.

—Han cortado el paso —murmuró—. Me lo esperaba; sin embargo esta mañana las hierbas no eran tan espesas como para impedir que mi velero remontase el río. ¿Es posible que los espías del Faraón se hayan reunido ya aquí?

—Las plantas crecen, deprisa en el Nilo —dijo Ounis—. Bastan veinticuatro horas para obstruir el río.

Ata sacudió la cabeza y se encaminó hacia la proa, donde los etíopes intentaban comprobar con sus largos remos la resistencia que oponía aquel dique de hierba.

El Nilo se halla sujeto a obstrucciones imprevistas, que de cuando en cuando impiden por completo la navegación obligando a la tripulación de los pequeños veleros a descender y liberarlos tras dura tarea hasta abrirse paso. Antiguamente cuando los papiros y los *ambath* eran más numerosos que en la actualidad y alcanzaban dimensiones extraordinarias, la navegación por aquel inmenso río sufría entorpecimientos mucho más considerables. Aquellas plantas acuáticas, conocidas con el nombre de *sett* o mejor todavía de *sudd* crecían en tales proporciones, que impedían cualquier tipo de paso a las naves que por necesidades comerciales, se dirigían al Alto Nilo. Casi todos los ríos africanos se encuentran sujetos a semejantes entorpecimientos incluso el Zambezee; el que baña Egipto, por tener una masa mayor de estas plantas, la corriente no puede arrancarlas del fondo ni siquiera durante las crecidas. También hoy día, de cuando en cuando el curso del Nilo y sus afluentes, aunque ya casi haya desaparecido el papiro, es invadido por aquella vegetación acuática, que crece con prodigiosa rapidez formando masas enormes muy compactas, tanto que obligan al gobierno egipcio a enviar a millares de obreros a abrir canales que después difícilmente siguen abiertos. Entre 1870 y 1873 Samuel Baker, el famoso explorador que mandaba una expedición armada en el Alto Egipto para reprimir la esclavitud, fue detenido por el *sett* durante largo tiempo porque había obstruido el Bahr-el-Jebel hasta el extremo de no permitirle llegar a Gondokoro. También en 1898 los cañoneros ingleses que operaban contra los madhi viéronse obligados a abrir un canal a través de la masa de hierba, que era tan espesa que sostenía sin peligro alguno a los hombres que trabajaban, aunque había otra clase de riesgo, porque de cuando en cuando salían entre aquellas plantas cocodrilos cuyas formidables mandíbulas agarraban las piernas de los marineros y de los soldados. Muchos años antes fue el Nilo Blanco el que se cubrió de *sett*; a pesar e que aquel espléndido curso de agua tiene una anchura de medio kilómetro y una profundidad de cinco metros y desde aquella época las hierbas no han cesado de crecer, obligando al gobierno egipcio a una continua y costosa limpieza de su lecho y a la apertura de canales, para mantener sus relaciones con las provincias ecuatoriales.

Cortar aquellas hierbas no es difícil, porque no presentan una gran resistencia; lo difícil es mantener libres aquella aberturas, porque toda la región en torno al río no es otra cosa que una inmensa laguna, que asume el papel de lecho de antiguos lagos en los cuales el agua se esparce en grandes superficies y en gran parte se evapora continuamente.

Ata, después de observar atentamente la masa de hierba que impedía el paso, por donde aquella mañana no había tenido ninguna dificultad, llamó a dos de sus remeros y les dijo:

—Comprobad si han puesto obstáculos en el lecho del río.

Los etíopes empuñaron pesadas hachas de bronce, no fuera el caso que entre aquella masa vegetal se escondiese algún cocodrilo y subieron al *sett* que había formado una densa capa de *ambath* y de hojas de loto, fuertemente enlazados.

—¿Aguanta¡ —preguntó Ata inclinado sobre la borda.

—Sí, patrón —respondieron los marinos.

—¿No encontráis nada?

—Aguarda.

Metieron las manos en aquella masa, hurgando acá y alla entre el sinnúmero de raíces que formaban un verdadero ensortijado y no tardó en brotar de sus labios un grito de sorpresa.

—Tienes razón, patrón —dijo uno—. El canal ha sido cerrado a propósito para impedir nuestro regreso.

—¿Qué es lo que han hecho? —preguntó Ata.

—Han plantado en el lecho del río unas estacas y han hecho desviar hacia ellas una masa considerable de hierba, después de cortarla de un banco mayor.

—Id todos y abrid paso —ordenó Ata—. No nos dejemos sorprender inmovilizados. Deben haber preparado una trampa. Afortunadamente el río es ancho y las orillas están lejos.

Mientras los marinos descendían para desembarazar aquel tramo del río que los misteriosos enemigos habían obstruido expresamente, apareció Mirinri sobre la cubierta. El joven ya no vestía aquella larga túnica que no correspondía a una persona de elevada categoría, ni llevaba los pies desnudos. Lucía el traje nacional, tan sencillo a la par que pintoresco, de los antiguos egipcios; el *kalasiris,* un vestigo ligero tan transparente que permitía adivinar las formas, a listas blancas y azules, que envolvía el cuerpo a partir del cuello o de la cavidad del pecho hata caer hasta los pies, con un orificio para dejar pasar la cabeza. Llevaba además, según exigía la costumbre de la época, en los personajes importantes así como entre las mujeres de origen noble, una gorguera de variados colores de tela almidonada, casi circular, cerrada y adornada con cordones y cadenas en las que había peritas de cristal y símbolos religiosos de piedras multicolores.

En sus pies llevaba calzado de malla y sandalias, lujo permitido solamente a los ricos, formado por capas de papiro sobrepuestas en distintos estratos, con el extremo en forma de pico, fijados mediante un lazo largo adornado con piezas de oro y sostenidos por una correa que pasaba entre el pulgar y el índice.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó, viendo a todos los etíopes sobre el *sett*.

—Malas noticias —dijo Ounis—. Se sospecha de nosotros.

—¿Tan pronto?

—Ahí está la prueba. El canal no puede haber sido rellenado por capricho. Para llevar a cabo semejante obra en tan pocas horas deben haberse reunido aquí muchas barcas, tripuladas por bastantes centenares de hombres.

—Sin embargo tú has tomado durante años las más acertadas precauciones. ¿Es de confianza, Ata?

—No dudo de él.

—¿Quién puede haber traicionado el secreto?

—Aquel encuentro con la princesa no era más que un pretexto. Te buscaban, Mirinri. Ten cuidado con ella.

—¿Es hija del usurpador?

—Sí.

Una profunda emoción apareció en el rostro del joven Faraón. Permaneció silencioso unos instantes, como concentrado en sí mismo, luego dijo con cierta excitación:

—Sin embargo, me parece imposible que aquella mujer que arranqué de las fauces del cocodrilo, poniendo en peligro mi vida, exija mi muerte.

—Odiala como a tu peor enemigo.

—¡A ella! ¿Es que las mujeres de los Faraones tienden unas mallas que nadie puede romper?

—¿La amas, no es cierto?

—Sí, la amo inmensamente —respondió Mirinri con un imprevisto estallido de entusiasmo. No la puedo olvidar porque siento en cada instante que cierro los ojos, aquel temblor que sentí el día que la saqué del Nilo, chorreando agua sagrada.

Ounis tuvo un sobresalto y sus facciones se contrajeron casi ferozmente.

—Extraño destino, el de la sangre —dijo.

Luego, volviéndose bruscamente hacia Ata, que observaba continuamente a los etíopes ocupados en deshacer a golpes de hacha el amasijo de hierbas que impedía a la barca seguir su ruta, le preguntó:

—¿Falta mucho?

—Hay trabajo hasta mañana, o tal vez más —respondió el egipcio—. Han desviado enormes masas de hierba que han detenido con un número incontable de estacas. Aquí ha habido una infame traición y…

Un vocerío furioso que se alzaba en la margen izquierda del gigantesco río, acompañado de muestras de risa, interrumpió la frase.

—¡Eh, navegantes! —gritaban centenares de roncas voces.

—¿No venís a beber el dulce vino de palma? ¡Venid a tierra o hundieremos vuestra barca y os haremos beber en vez de aquel, agua del río!

Una multitud de hombres y mujeres había aparecido de improviso en la orilla del río y se divertía, como si estuviese loca de pronto, dando saltos por debajo de las palmeras, que alzaban sus anillados troncos y alargaban sus emplumadas hojas.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritaban sin pausa—. Es la fiesta de Bast y festejamos las primicias del vino de este año. ¡Ningún forastero debe negarse! Bajad y alegrad nuestra fiesta.

En medio de aquel griterío se oían los sonidos de las cornetas, con sus notas ensordecedoras, aquellos extraños instrumentos musicales llamados por los antiguos egipcios *tan*, cuyo sonido afirmaban los griegos era semejante al ladrido de los perros rabiosos; el *ban-it*, el arpa, emitía dulcísimos sones, con los que se confundían las

notas un poco estridentes de las *nebel*, cítars usadas en aquella época y que al parecer fueron importadas por los pueblos asiáticos.

A Ata se le oscureció el rostro.

—¿Una trampa o la fiesta anual de los bebedores? —se preguntó con recelo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mirinri, profundamente sorprendido por aquellos sonidos que nunca había oído emitir entre las arenas del desierto.

—Tú no conoces nuestras fiestas —respondió el gipcio—. El Hijo del Sol no ha vivido en nuestras tierras.

—¿Quiénes son aquellos hombres?

—Gentes que se divierten —respondió Ounis que estaba junto a él—. Todos los años se reúnen en las orillas del sagrado río centenares y hasta millares de individuos para acabar el vino de palma recogido en la cosecha última; nadie debe volver a su casa sin estar embriagado. Es una costumbre de tu futuro pueblo.

—¿Y qué es lo que quieren de nosotros?

—Te invitan a tomar parte en la fiesta.

—¡Yo con ellos!

—Están borrados, Hijo del Sol, y tú no puedes saber a qué peligro nos exponemos con la barca así inmovilizada si no obedecemos a su invitación —dijo Ata.

—¿No nos tenderán una trampa? —preguntó Ounis.

—Están demasiado alegres.

—¿Y tus hombres tienen mucho que hacer todavía?

—Sí, Ounis. El pasadizo está cerrado en una longitud considerable, y no podremos proseguir el viaje antes de mañana por la mañana.

—¿Así que debemos aceptar su invitación?

—Creo que sería lo más prudente no rechazarla. Están borrachos y por lo tanto son capaces de todo. Por otra parte mirad sus chalupas moverse hacia las masas de hierba. Evitemos cualquier sospecha y descendamos a tierra como sencillos navegantes del Nilo. Mis etíopes desembarcarán inmediatamente; en caso depeligro, para defender al Hijo del Sol.

LA FIESTA DE LOS BEBEDORES

Entre las fiestas que celebraban los antiguos egipcios, una de las más originales era ciertamente la de los bebedores de vino de palma. Todos los años, centenares y centenares de personas se reunían bajo las palmerales para celebrar la llamada fiesta de Bast y era absolutamente obligado que nadie regresase a su casa si antes no se había consumido por completo la provisión de vino de palma recolectado durante el año. Es probable que los antiguos romanos hayan copiado de aquí sus famosas Saturnales, puesto que en aquellas fiestas del vino permitidas por los Faraones no faltaban ni músicos ni danzarinas, para exaltar con mayor vehemencia a los bebedores y hacerles perder intencionalmente sus cabales. y en efecto, en la orilla, que la luna iluminaba plenamente, se reunían mezcladas con los hombres numerosas mujeres que vestían espléndidos trajes y que sostenían en sus manos instrumentos musicales. También ellas, que parecían muy alegres, invitaban a grandes gritos a los navegantes a que tomaran parte en la orgía y a vaciar las copas en honor de Bast.

Ata, después de explorar el banco de hierba para cerciorarse de su resistencia, descendió a su vez, acompañado por Mirinri, por Ounis y por ocho etiopes que llevaban en su cintura pesadas hachas y puñales de cobre de afiladísima punta. La travesía del *sett* la hiciron sin dificultad, al estar sujeto por las estacas plantadas por aquellos que tenían interés en detener la barca y alcanzaron la orilla entre los alegres gritos de los bebedores. Habia unas doscientas a trescientas personas, entre hombres y danzarinas, que se movían sobre sus poco firmes piernas. Los hombres eran en su mayoría pescadores o bateleros, que vestían sencillos delantales de piel curtida, con algunas cintas de varios colores ceñidas a la cabeza o cayendo sobre sus espaldas, pero no faltaban entre ellos jóvenes de buena posición, que lucían los ricos *kalasiris*, con gorgueras almidonadas y pelucas en las cabezas con grandes trenzas colgando en sus hombros y con barbas finas. Destacaban también por la riqueza y buen gusto de su vestuario las tañedoras de instrumentos y las danzarinas, con espléndidos *kalasiris* de colores variados y ligeros como velos, con pañuelos de exquisita factura anudados en torno a la cabeza, pero de manera que permitían ver sus cabellos hermosamente peinados; con cintas ligadas en torno a su citura, cuyos extrems llegaban hasta el suelo y con gargantillas de oro; los collares eran de perlas y los pendientes gruesos de forma redonda y esmaltados en varios tonos.

Algunas llevaban los senos cubiertos por conchas de cobra con detalles dorados, sostenidos por cordoncilos que reflejaban al girarse como rayos de sol, y otras, en lugar del pañuelo triangular, llevaban en los cabellos pintorescas conchas, formadas por láminas de oro, acabadas en su parte superior por una cabeza de ave de rapiña del mismo metal. Todas eran jóvenes y hermosas, de escogida figura, de piemorena brillante, al igual que las mujeres de Abisinia, ya que habían sido reclutadas por lo general en las regiones del Alto Nilo. Mientras que los hombres rodearon a Ata y a sus cmpañeros ofreciéndoles grandes copas de terracota y ánforas llenas de vino, las tañedoras de instrumentos, que no estaban menos alegres, formaron un círculo en torno a un vaso de dimensiones enormes, encima del cual había una figura humana

que representaba a Maneros, el inventor de la música segun los antiguos, y que debía ser saciado por el vino de palma, soplando sus instrumentos y pulsando los de cuerda.

La música era muy cultivada entre los Faraones, aunque le aplicaran casi exclusivamente a las festividades religiosas, razón por la cual tenían los egipcios gran número de instrumentos. Por lo general eran flautas, trompas de bronce dorado; una gran variedad de cuernos de buey, cortados con la boquilla cerc de la punta y a los que corrientemente llamaban *tan*. Tenían también bastantes clases de arpa, por lo general muy altas y de forma maciza, trígonos, sistros y también algunas clases de cítaras, con la caja pequeña y el mango en cambio muy largo.

En tanto las danzarinas trenzaban sus bailes a la orilla del río, entre las risas, los aplausos y los gritos de los beodos. Mirinri, Ata y Ounis, invitados cortésmente a tomar parte de lafiesta, se habían sentado en torno a una gran ánfora puesta a su disposición, saboreando el vino de palma que les era escanciado por un esclavo etíope. Ninguno de los otros les había prestado atención. Toda aquella gente alegre se había agrupado en torno a las bailarinas o ien ante las tañedoras.

—¿Observas algo sospechoso aquí? —preguntó Ounis, dirigiéndose a Ata, que no parecía todavía tranquilo.

—Yo no veo más que gente que solo quiere una cosa: divertirse y embriagarse —dijo Mirinri.

—Sin embargo, todavía no estoy tranquilo, señor —respondió Ata, tras un breve silencio.

—¿Por qué estos hombres han elegido este lugar para su fiesta, precisamente aquí donde han cortado el paso? Eso es lo que quisiera saber.

—Tal vez haya sido el azar —dijo Ounis.

Ata sacudió su cabeza; después añadió:

—Hay algo en todo esto que no veo claro y haremos bien en alejarnos tan pronto como haya abierto el canal. Hasta que no estemos todos en Menfis no estaré tranquilo.

—¿Y no será mayor allí el peligro? —preguntó Mirinri.

—Hay muchos amigos fieles allí, y te han preparado, señor, un refugio seguro e inviolable. Bebamos y marchémonos. Ya hemos rendido homenaje a Bast y por tanto no nos dirán nada, si es cierto que estos hombres no se ocupan en otra cosa que en divertirse.

Vaciaron algunas copas todavía, luego se levantaron. Estaban ya a punto de emprender el camino hacia la orilla, cuando unos gritos de mujer, seguidos inmediatamente por chillidos feroces, los detuvieron de golpe.

Mas allá del círculo formado por las bailarinas, unos hombres se agitaban imprecando, mientras que una voz femenina repetían con voz sollozante:

—¡Dejadme, malvados!

—¡La bruja! ¡La bruja! —se oía por todas partes.

—Confiesa de donde lo has cogido. ¡Queremos saer donde está el tesoro!

—¿Qué sucede? —preguntó Mirinri, mirando a Ata.

—No lo sé —respondió éste.

Los gritos de la mujer seguían resonando, mientras que los ebrios que parecían se habían vuelto de pronto furiosos, acudían de todas partes perjurando y amenazando. Las danzarinas y las tañedoras asustadas, huían abandonando estas últimas sus instrumentos musicales que eran pisoteados sin piedad por los embriagados. Tras unos momentos, en medio de aquel griterío que se iba convirtiendo en algo terrible, se oyó gritar una poderosa voz:

—¡Ceguémosla y vengue mos al pobre Nufer!

—¡Sí, sí, quemémosle los ojos! —gritaron cien voces—. ¡Calentad un hierro! ¡Así dirá mejor la buenaventura!

—¡Y nos dirá también donde está escondido el tesoro! —se oyó de nuevo la primera voz.

Al oír aquellas palabras, Mirinri había dado un salto, quitando a uno de los etíopes un hacha de bronce. Su brazo vigoroso alzo la pesada arma como si se tratase de una sencilla caña y antes de que Ata y Ounis hubiesen tenido tiempo de detenerlo, se había situado en medio de los beodos.

—¡Quietos miserables! —tronó.

—¡Mirinri! —gritó Ounis.

El joven ya no oía la voz del hombre que lo había criado y que era para él como un segundo padre. Con la mano izquierda apartaba con fuerza hercúlea a los bebedores, mientras que con la diestra volteaba en el aire el hacha amenazando con dejarla caer sobre la cabeza de aquellos salvajes.

Mientras tanto en medio de la multitud una voz de mujer, estallando enérgica gritaba:

—¡Curso de fuego! ¡Alma de los bosques! ¡Luz de las tinieblas! ¡Espíritu de la noche! ¡Sedme favorable y maldecid a todos estos infmaes! Ampe, Mirípe, Ma, Tehibo, Wouwore, ¡a todos os invoco!

—Sigámosle —dijo rápidamente Ata, dirigiéndose hacia los etíopes—. Mano a las armas y si oponen resistencia no respetad a nadie.

—Un arma —pidió imperiosamente Ounis—. Mi brazo es fuerte todavía.

Ata se sacó de la cintura uno de los puñales de cobre, cn la hoja bastante larga y afilada y se lo dio.

—¡Seguidme! —ordenó.

Mirinri se abría paso entre la multitud. Parecía un Hércules o mejor un león furioso.

—¡Fuera de aquí! —tronaba sin cesar—. ¡Cuidado con tocar a aquella mujer!

Los etíopes se habían lanzado en su ayuda. Aquellos hombres de cuerpo robusto y musculatura poderosa, debían tener fácil lucha sobre los bateleros y pescadores egipcios, que difícilmente se sostenían sobre las piernas después de haber ingerido tanto vino. Con un ímpetu formidable penetraron como una caña en medio de la multitud que, pasado el primer instante de estupor, intentaba cortar el paso al joven e impedirle llegar a la muchacha, que seguía invocando el toro de las tinieblas, el río de fuego y todas las divinidades infernales en su ayuda. El ataque de los poderosos etíopes consiguió desplazar a aquella orda de ebrios y encaminarla hacia los palmerales que rodeaban aque1 claro. Mirinri pudo así llegar hasta la muchacha que había quedado sola. Era una joven hermosísima, de impresionante figura, con una larga cabellera negra, que llevaba suelta sobre la espalda en vez de tenerlo recogido o peinada como las mujeres del Bajo Egipto, con unos ojos brillantes de un fulgor extraño y penetrante como puntas de espada. Sus rasgos eran de una perfección maravillosa, y su piel tenía un tono extraño semejante solo al bronce dorado, con innumerables difuminados rosáceos de extraordinario efecto.

Llevaba el pecho cubierto con conchas de metal dorado, a sus lados llevaba una larga falda de variados colores, recamada en plata y anudada en su torno y con las puntas cayendo hasta el suelo. Debajo lucía un *kalasiris* corto, a franjas blancas, encarnadas y azules, formadas por tres piezas, terminando la de en medio en una punta que le llegaba hasta larodilla. Tenía las piernas desnudas, adornadas por gran número de anillas de oro exquisitamente cinceladas y con grandes esmeraldas incrustadas. También en las muñecas lucía pulseras riquísimas y sobre el pecho le recaía un collar de turquesas que una Faraona le habría envidiado.

—¿Quién eres tú? —preguntó Mirinri extasiado por la fascinante belleza de aquella joven y sobre todo por el fulgor inmenso que brillaba en sus negras pupilas.

—Nefer, la bruja —respondió la joven lanzando sobre el Faraón una mirada penetrante.

—¿Por qué te querían matar esos miserables?

—Porque yo leo el porvenir y querían que les dijese donde está el tesoro del templo de Kantatek.

—¿A qué has venido aquí?

—Voy donde hay alaegría.

—¿Quieres seguirme?

—¿Dónde?

—A mi barca. Si te quedas estos beodos te matarán.

Un rápido relámpago brilló en las profundas pupilas de la ruja y por su cuerpo paso un ligero temblor.

—Tú eres bello y valeroso —dijo luego—, y yo amo a los bellos y a los fuertes. Te debo la vida.

—Mirinri, date prisa —dijo Ounis—. Los borrachos vuelven y se han armado. ¡Huyamos!

El joven Faraón lanzó en su torno una rápida mirada y apretó en su mano el hacha como si se dispusiera a hacer frente al peligro que lo amenazaba, luego tomó la mano de la hechicera y la arrastró, diciendo:

—En mi barca no te amenazará nadie.

La horda de los embriagados, repuesta de la sorpresa, se agitaba detrás de los troncos de las palmeras, gritando ferozmente.

—¡Muerte a los extranjeros! ¡Inmolémosles en el altar de Bast!

Ya no estaban desarmados como cuando bebían y danzaban en torno a las enormes jarras que contenían el vino de palma. Tenían arcos, lanzas, barras de bronce para parar los golpes de espada, semejantes a las usadas en el Medievo, puñales de cobre en un solo filo semejantes a las *seramasasce* de los Merovingios, hachas de bronce, picas que terminaban en su extremo en una especie de hoz y cuchillos curvos con la

hoja muy larga. Algunos se habían puesto incluso mallas de grueso tejido, provistas de pequeñas láminas de metal, suficientes para parar las flechas. Mostrándose audaces por el mucho vino bebido y tambien por su número, avanzaban audazmente, ululando como lobos hambrientos y perjurando, dispuestos a impedir a los navegantes que atravesasen el *sett* y se pusieran a salvo en su velero. Ata, viendo que les iban a cortar el paso, sacó de su fajo un *sab*, es decir una especie de flauta oblicua y sopló dentro con fuerza, consiguiendo unas notas muy agudas y estridentes que se podían oír del otro lado del Nilo llamando la atención de sus marinos.

Inmediatamente se vio a los etíopes, que estaban cortando las hierbas flotantes, interrumpir su trabajo y lanzarse como una legión de demonios a través de aquel enorme pasadizo de papiros y de lotos, blandiendo por encima de sus cabezas las pesadas hechas de bronce.

—¡Aprisa! —gritó Ata—. ¡Corred!

Mirinri teniendo siempre cogida de la mano a la hechiera, quien a su vez no parecía impresionada en absoluto por la rabia feroz que se había apoderado de los bebedores, con dos golpes abatió a dos hombres que le habían atacado con la punta de sus lanzas. Unos pocos pasos más y alcanzó la orilla del río, mientras que los cuatro etíopes de escolta, Ounis y Ata cubrían la retirada manteniendo a distancia a los asaltantes. El sacerdote de modo especial, aunque viejo, luchaba con una gallardía que causaba admiración en todos. Parecía que en toda su vida en vez de hacer resonar el sistro en las fiestas religiosas no hubiera hecho otra cosa que manejar las armas. Con los ojos inflamados por una cólera intensa, así como su rostro, movía la pesada hacha mejor que un guerrero, rechazando con habilidad extraordinaria los golpes que le daban.

—¡Sálvate, Mirinri! —gritaba—. ¡Me basto yo para este canalla!

Sin embargo habría sido indudablemente vencido al igual que sus compañeros, si los marineros del velero no hubiesen llegado en el momento preciso para liberarlos del cerco de los bebedores que estaban más furiosos que nunca. Aquellos colosos del Alto Egipto, temidos por los mismos Faraones, que muchos siglos después debían comprobar su valor y cederles el trono, con un ataque fulminante salvaron a Mirinri y a los suyos, precipitándose despuéscontra los asaltantes con formidable grito salvaje y masacrando sin piedad a los más próximos. Las hachas, manejadas por aquellos atletas, partían literalmente en dos a las personas que no habían sido lo suficientemente rápidas en huir o les producían heridas tan terribles, que no dejaban ya esperanza alguna de salvación. Bastaron dos cargas para repeler a los embriagados hacia las palmeras, bajo cuyas largas hojas gritaban aterrorizadas las danzarinas y las tañedoras de música.

Mirinri viendo que Ata y Ounis no corrían ya peligro alguno, se lanzo sobre el *setz*, justamente con la bruja y, caminando con precaución, para no hundirse de improviso por aquellas masas de vegetales, llegó felizmente al abrigo del pequeño velero. Los

etíopes llegaron corriendo, llevando ante ellos a Ata y Ounis, porque aquellos obstinados borrachos volvían al ataque, asaltándolos con nubes de flechas y lanzando algunas lanzas cortas de cobre, provistas de una aguzada punta con arpón en un lado.

—¡Todos a bordo! —gritó Mirinri, ayudando a la muchacha a subir por la escalera de cáñamo que colgaba a lo largo del lado de la nave.

Los etíopes que no se hallaban en situación de hacer frente a los atacantes, que parecía iban en aumento, no se hicieron repetir la orden. Sujetándose a las barandas y a las cuerdas en un instante se encontraron reunidos en cubierta.

Preparad la defensa —dijo Ata—. Aquí poner los escudos y los arcos. Tendremos que defendernos mucho antes de que se calmen esos furibundos.

—¿Crees que nos atacarán? —preguntó Mirinri.

—No les dejaremos tranquilos, señor —dijo el egipcio—. Han bebido mucho y el vino ha alterado sus mentes. Debisteis dejar que matasen a esa muchacha que no conocemos. Has cometido una imprudencia que tal vez nos va a costar cara.

—Si es cierto que yo soy un Faraón, mi primer deber es socorrer a los débiles y proteger a más futuros subditos —respondió Mirinri con fiereza—. Mi padre, en mi lugar, habría hecho lo mismo.

—Es cierto —dijo Ounis—. Admiro tu valor y tu inteligencia, Hijo del Sol. Nunca he estado tan orgulloso de ti como hoy. Un día salvaste de las mandíbulas de un voraz cocodrilo a una princesa; hoy has salvado a una pobre muchacha desconocida por ti. He ahí la generosidad de un verdadero Faraón. ¡Tú seras grande como tu padre!

—Pero aquellos hombres pueden asesinar al futuro rey de Egipto —respondió Ata—. Estamos inmovilizados entre la hierba y tenemos ante nosotros a un enemigo diez veces superior.

—Mi padre no contó las hordas caldeas, cuando las arrojó al mar Rojo —dijo Mirinri—. Yo, que tengo en mis venas sangre del gran guerrero, no voy a contar a esos. ¡Un escudo y mi espada! Pronto etíopes: ahí está el enemigo.

Aquellos embriagados, que parecían presa de un delirio guerrero, habían penetrado ya en el *sett*, encoraginándose con un griterío que no tenía nada de humano y agitando ruidosamente las armas. Se habían convertido de pronto en guerreros porque la mayoría de ellos se hallaban provistos de grandes escudos de variadas formas, unos cuadrados, otros ovalados con pinturas azules y había otros además bastante alargados y dentados en su parte inferior y superior; por lo demás casi todos ellos llevaban protegido su cabeza con un casco de cuero, que tenia dos cortes, para dejar libres sus orejas. Los etíopes, que no parecían temerosos en absoluto por ser aquellas gentes del Alto Nilo de un coraje a toda prueba, habían sacado al puente

montones de armas y sobre todo muchos arcos, algunos con una sola curva y otros con dos y en medio un pedazo de madera para proteger los dedos de la presión de la cuerda; se alineraon detrás de la borda, con las carcajas llenas de flechas de punta fina y móvil. Los bebedores se detuvieron a la orilla del Nilo, como si estuvieran indecisos sobre lo que debían hacer o tal vez intentaban darse cuenta exacta de las fuerzas de que disponía el velero, antes de lanzarse a su ataque.

—¿Es que no se deciden? —preguntó Mirinri que parecía impaciente por experimentar las emociones de una formidable lucha.

—Tal vez esperen a que sus cerebros se aclaren un poco —respondió Ata.

—¿Y si aprovechásemos mientras tanto para desembarazar el canal? —preguntó Ounis.

—¿Falta mucho para dejar el paso libre? —solicitó Ata, dirigiéndose a los etíopes.

—En una hora de trabajo se podría atravesar la zona de hiberba que nos bloquea —dijo un etíope.

—Que bajen quince hombres. Los demás que se queden a bordo para defendernos —dijo Mirinri—. Hundidos entre la hierbas no correrán mucho peligro.

—Obedeced a este joven que es el comandante —dijo Ata a los bateleros.

Mientras se cumplía la orden, bastantes bebedores se habían echado sobre el *sett*, cubriéndose con sus grandes escudos de cuero y lanzando algunas flechas, tal vez para cerciorarse de lafuerza de sus arcos. Se detuvieron a unos doscientos pasos del velero, hundiendo sus piernas en la mata de hierba, luego uno de ellos gritó:

—Escuchadme extranjeros, antes de que la sangre tiña las aguas.

—Habla —dijo Mirinri, quien por precaución mantenía el escudo delante de su pecho, temiendo recibir alguna nube de flechas.

—Os invitamos a que nos entreguéis a la bruja, ya que hemos jurado sacrificarla sobre el altar de Bast, para que su sangre torne abundante y más poderoso el vino que hemos de beber el año que viene.

—Cuando un príncipe etíope toma bajo su protección a una persona, la defiende y no la entrega ni siquiera a un Faraón —respondió Mirinri.

—Entonces ocupa tú su sitio. Solo en estas condiciones os dejaremos bajar por el río.

—Tú no eres otra osa que un miserable borracho, a quien el vino ha ofuscado la mente. Ni yo, ni la hechicera, ni ninguno de mis hombres será sacrificado en honor de

Bast —respondió Mirinri—. Venid: os esperamos. Os haremos comprobar el temple de las armas etíopes y la fuerza de nuestros músculos.

Un clamor ensordecedor siguió a sus últimas palabras y la horda de bebedores se precipitó sobre el sett, agitando furiosamente sus armas.

Mirinri se volvió y miró a la hechicera. La joven estaba en pie apoyada en el palo mayor, fría e impasible, con una mano sujeta a una cuerda. Solo sus ojos ardían y centelleaban como los de un animal nocturno, entre las tinieblas que envolvían el pequeño velero, mientras la luna se estaba poniendo.

LA HECHICERA

Los adoradores de Bast, cada vez más excitados por el mucho vino, que no debían haber digerido todavía, según se ha dicho, habían irrumpido en masa en el *sett*, encaminándose resueltamente hacia el velero, que seguía encontrándose preso e inmóvil entre las hierbas acuáticas, a pesar de los esfuerzos prodigados por los etíopes para abrirse camino. Bastantes se habían provisto de ramas resinosas, que encendían como antorchas y que realmente no debían servir para iluminar el camino, ya que en Egipto las noches son de una transparencia maravillosa que permite distinguir un objeto por pequeño que sea a distancia increíble. Eran precisamente aquellas antorchas vegetales las que impresionaron a Ata, que no combatía en las margenes del Nilo por primera vez.

—¡Protejámonos! —gritó—. Nos van a llover flechas incendiadas y corremos el peligro de morir abrasados.

También Ounis había fruncido el ceño y una profunda inquietud había aparecido en su rostro.

—¿Qué el Hijo del Sol deba morir aquí, antes de haber podido ver a la orgullosa Menfis?

Mirinri que sentía arder en sus varas la sangre de sus antepasados guerreros, había organizado prontamente la defensa. Parecía que de golpe se hubiese convertido en un viejo y experimentado general.

—¡Cubrid el puente con las velas y llenadlas de agua! —gritó.

Luego, volviéndose hacia la hechicera, quien conservaba siempre su impasibilidad, como si todo lo que allí ocurría no le atañase, le dijo:

—Y tú retírate a la cámara de popa.

La hechicera movió su cabeza denegando y se limitó a fijar su mirada intensamente en el joven.

—¿Me has entendido? —preguntó Mirinri extrañado.

—Sí, —respondió Nefer con voz muy dulce pero firme.

—Están a punto de caernos flechas encima y han encendido sus puntas.

—Nefer no tiene miedo. Si tú que me has salvado desafías a la muerte, ¿por qué debo intentar evitarla yo? Además yo, una humilde mujer, ¡he sido salvada por ti! La luz, que brilla en tus ojos me dice que tu cuerpo es divino.

—¿Qué es lo que sabes tú?

—Nefer lee el futuro.

Los terribles gritos de los ebrios interrumpieron su diálogo. Aquellos frenéticos acudían al asalto del pequeñp veleron con una carrera incontenible, avanzando por el *sett* como una legión de demonios.

Ata había dado la voz de alarma:

—¡Atención!

Los etíopes tendieron los arcos, asaetando a los más cercanos y atravesando a bastantes de ellos con sus largas flechas, cuyas puntas giratorias penetraban en la carne. Mirinri por su parte acudió detrás de la baranda, blandiendo una pesadísima masa de cabeza dentada que solo su vigoroso brazo podía sostener. En la mano izquierda tenía un escudo de piel cubierto de láminas de metal y tan gruesas que podían parar muy bien los dardos enemigos. El valiente rechace de los etíopes detuvo por un momenbto a los asaltantes, pero una poderosa voz que se alzó en medio de la horda, los decidió a un nuevo ataque:

—¡El gran sacerdote lo quiere!

Ata lanzó un grito de rabia.

—¡Lo sospechaba! Era una trampa.

Los bebedores reemprendieron la carrera a través del *sett*, resguardándose detrás de sus grandes escudos. Las flechas, cuyo extremo estaba impregnado de una materia ardiente, que despedía una luz azulada, volaban en las tinieblas de la noche, amenazando con causar un incendio a bordo. Los etíopes sin embargo no perdían su ánimo y continuaban lanzando flechas contra sus enemigos, haciendo caer a bastantes de ellos sobre las hierbas acuáticas. Los que trabajaban abriendo el canal habían tomado parte también en la lucha, abatiendo a golpes de hacha a los que tenían más cerca. La lucha iba tomando caracteres espantosos, cuando la voz de la hechicera se dejó sentir entre los gritos de los combatientes.

—¡Curso de fuego! ¡Alma de los bosques! ¡Torre de las tinieblas! ¡Espíritu de la noche! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Ih! ¡Ih! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Que Apis, el dios del Nilo, borre para siempre en el vientre de vuestras mujeres a vuestros hijos; que Hakaon, dios de la fertilidad, deseque para siempre vuestros campos; que Ovadjit el símbolo del Norte y que Nekhbit el símbolo del Sur devasten el Alto y el Bajo Egipto; que Khnoum, que hace los seres humanos, destruya vuestra raza infame si no os detenéis! ¡Es que no penetra en vuestros corazones el poder divino que el joven guerrero emana y que yo siento? ¡El tiene el espíritu de Osiris; su carne es sagrada! ¡Osad tocarlo! Nefer lo ha leído en su corazón: ¡matadle y Egipto desaparecerá!

Mirinri, Ata y Ounis, intrigados por aquel lenguaje extraño, se habian vuelto.

La hechicera estaba quieta, rígida como una estatua de bronce, con sus manos alzadas, como si estuviese a punto de pronunciar alguna terrible maldición, los ojos llameando una luz intensa y sus rasgos alterados por una cólera imposible de describir. Los asaltantes se habían detenido. Parecia como si de pronto el terror se hubiese apoderado de ellos, ya que habían dejado caer escudos, arcos y espadas.

Ata se dirigió hacia hacia la hechicera, con la espada alzada gritando:

—¡Miserable! nos has traicionado anunciando la presencia de un Faraón a bordo de mi velero.

—Se ha salvado el Hijo del Sol —dijo ella con voz metálica.

Mirinri había detenido a Ata que iba ya a asestar un golpe con la espada a la muchacha.

—¡No ves que los asaltantes retroceden! —exclamó. ¿Porqué quieres matar a la que me ha salvado?

En efecto los atacantes se replegaban lentamente hacia la orilla del río, sin lanzar ya ninguna flecha. Tdos los ojos estaban fijos en Mirinri y aquellas miradas, que pocos momentos antes expresaban un odio terrible, parecían aterrorizadas. La inesperada revelación de la hechicera, había caído sobre sus cabezas excitadas por el vino, como una ducha de agua fría, tranquilizando de golpe a sus mentes. ¿Quién habría osado lanzar ahora una flecha contra aquella barca tripulada por un Faraón, por un dios? Era demasiado grande el poder de aquellos descendientes del Sol para que se atreviesen a levantar las armas contra él. Si la hechicera le había dicho, los asaltantes, al igual que todos los egipcios, que creían en aquellas mujeres que afirmaban saber leer en el futuro y que lo adivinaban todo al primer vistazo; también creyeron que debía ser verdad. Luchar con un dios era imposible y los Faraones representaban en la tierra a las más grandes divinidades adoradas por los pueblos que habitaban las tierras fecundadas por el Nilo.

Cuentan las antiguas crónicas egipcias, que toda aquella región delimitada al este del mar Rojo y al oeste del desierto libio, había sido gobernada durante un número infinito de siglos por un dios llamado según unos Horus y según otros Osiris. Ese dios un día, ya cansado, abandonó el poder en manos de un ser humano llamado Mene, que fue el primero de los Faraones, y a quien pasó el poder divino. ¿Podian pues aquellos miserables beodos alzar sus armas contra un hombre que descendía de un dios, según había confesado la hechicera? La retirada de los asaltantes no tardó en trocarse en fuga precipitada y prontamente, con gran sorpresa de Mirinri, que todavía no se daba cuenta de su infinito poder, la margen del río quedó desiera.

—¡Han huido todos! —exclamó mirando a Nefer que se mantenía siempre en pie en cubierta, con las manos en alto—. ¿Quién es ésta y qué poder oculta en su cuerpo para poner en fuga a un pequeño ejército?

—Esa te hatraidiconado, señor, —dijo Ata que sostenía todavía la espada en su mano y que parecía presa de una vivísima excitación.

—Pero me ha salvado —replicó Mirinri.

—No; aquellos ya saben que en mi barca se esconde un Faraón y en unos días esa noticia llegará a Menfis. ¡Matadla! El Nilo es aquí profundo y no devuelve la presa que se le confía. Los cocodrilos harán desaparecer cualquier rastro.

—Cuando un Faraón se salva, no suprime al ser que le ha arrebatado a la muerte. Si es cierto que yo soy el Hijo del Sol esta joven mujer vivirá.

—Es lasangre de tu padre la que habla —dijo Ounis, mirándolo con admiración—. Tienes razón, Mirinri. Esta muchacha, quienquiera que sea, ha salvado de un peligro cierto al futuro rey de Egipto y para nosotros es sagrada.

Ata, según era costumbre en él movió la cabeza pero no respondió enseguida. Después de algunos instantes, contestó:

—Todavía no entramos en Menfis. Aquellos hombres no habían tendido una trampa y no nos dejaban descender tranquilamente por el Nilo. Es Pepi quien los ha enviado. Ha sospechado que tú, mi señor, no habías muerto.

Luego volviéndose hacia la hechicera de pronto, le preguntó:

—¿Tú conoces a esos hombres?

—Sí, respondió Nefer.

—¿Por qué han escogido este lugar para emborracharse y festejar a Bast?

—No lo sé.

—¿Quiénes son?

—Bateleros y pescadores, pero...
—Persigue.

—He notado entre ellos ciertas personas que no había visto nunca en las aldeas bañadas por el río.

—¿Gentes venidas de Menfis?

—Sospecho que sí —respondió la hechicera.

—¿Conoces estos lugares?

—Desde hace bastantes años voy de aldea en aldea, adivinando la buena y la mala fortuna, porque yo sé leer el futuro. Mi madre era una famosa adivinadora.

Mirinri intervino.

—¿Cómo has podido sospechar que yo soy un Faraón?

—En cuanto te he visto, mi señor, he sentido correr algo extraño por mis venas, lo mismo que sentí cuando prendije la muerte de la princesa que hace un mes remontó el Nilo.

—¡Cómo! —exclamó Mirinri, que tuvo un sobresalto—. ¿Has visto tú a aquella princesa?

—Sí, mi señor.

—¡Y le has adivinado el porvenir?

Nefer hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Ounis con voz alterada.

La hechicera dudó un instante, pero viendo como Mirinri la miraba con gesto imperioso, dijo:

—Que un gran desastre amenazaba a su padre y que ello ocurriría en un tiempo no lejano, que destruiría su poderío y apagaría para siempre su gloria.

—¿Quieres predecir también, mi destino? —preguntó el joven Faraón.

—Sí, pero no ahora —repuso Nefer—. Es preciso que aguarde a la aparición del sol, porque tú eres un Hijo del Sol y no de las tinieblas. En ese momento el alma del gran Osiris vibrará en mi cerebro y la profecía será más segura, por ser inspirada por él.

—Aguardaré —contestó Mirinri— aunque yo crea poco en tus profecías.

—Sin embargo, mi señor, hace poco te he dado la prueba de que difícilmente me engaño. Solo yo he reconocido en ti a un ser divino y lo he comprendido apenas te he visto ante mí.

—Tal vez lo sabías ya antes.

—¿De qué modo, mi señor, y por quién?

—Por los que bebían.

—Yo nunca oí de ellos que esperasen a un Faraón.

—Pir ellos tal vez no; pero de aquellos que tú crees procedían de Menfis, sí: ellos debían saber o al menos sospechar que sobre esta barca se encontraba el hijo de un gran Faraón —dijo Ata—. La fiesta era solo un pretexto para tender una trampa y matar al futuro Hijo del Sol.

—Yo no he hablado con ellos, por lo tanto no podía saber nada.

—¿Y por qué te querían matar? —inquirió Ounis.

—Para vengar la muerte de un joven pescador que era mi prometido, que, para colmar mi sed de riquezas, marchó hacia el templo de Kantatek para coger el oro allí escondido.

—¿Qué historia nos cuentas? —preguntó Ata, mirándola con recelo.

Nefer iba a responder cuando se alzaron entre los etíopes, gritos de estupos y de terror, mientras cortaban los últimos tramos de *sett*.

—¿Vuelven los atacantes? —preguntó Ata, lanzándose hacia la proa.

—¡Fíjese, patrón, fíjese! —gritaban los etíopes.

—¿A dónde? No veo a nadie en la orilla, —respondió Ata.

—Allá, en lo alto.

Todos alzaron los ojos y con gran estupor vieron girar por encima de las palmeras, que cubrían la orilla del Nilo, numerosísimos puntos luminosos que tenían reflejos azulados y que parecía se dirigían haciael velero.

—¿Qué son? —preguntó Mirinri—. ¿Estrellas?

—Sí, estrellas que prenderán fuego a nuestra nave si no huimos —respondió Ata—. Esos miserables no han tenido el coraje de atacar a un Faraón y se sirven de aves.

Se volvió hacia los etíopes que habían suspendido su tarea y ue miraban con temor aquella inmensa nube de puntos luminosos, que se acercaba con prodigiosa rapidez.

—¿Cuánto falta para que el paso esté libre? —preguntó.

—Dentro de cinco minutos desprenderemos la masa de hierba —respondió uno en nombre de los demás.

—Apresuraos si es que apreciáis la vida. Este peligro es tal vez mayor que el otro. Seis hombres, a bordo para desplegar las velas. El viento es favorable y la corriente es fuerte más allá del dique.

Luego, dirigiéndose a Ounis y a Mirinri, añadió:

—Empuñad los arcos y no escatiméis las flechas. Dentro de unos instantes estaremos rodeados por una red de fuego—. ¡Qué el gran Osiris proteja al futuro rey de Egipto!

LOS PAJAROS INCENDIARIOS

El uso de aves mensajeras en epoca de guerra y tambien como rapidos auxiliares del servicio postal, se remonta a la más remota antiguedad y parece ser que los egipcios fueron los primeros en servirse de aquellos útiles mensajeros, pueto que fueorn ellos los que más largamente lo adoptaron. Los amaestraro sobre todo para la guerra, para que prendieran fuego a las ciudades que resistían en demasía a los asaltos, convirtiéndolas en pájaros incendiarios. Poseedores de materias inflamables, que no se apegaban ni siquiera con agua y que tal vez debían ser semejantes a los famosos fuegos griegos de los que se han perdido paa siempre el secreto, solían atarlas a la cola de aquellas graciosas e inteligentes volátiles que como puntas de flecha se dirigían en grandes bandadas hacia las ciudades sitiadas, originando así terribles incendios, que obligaban pronto a los defensores a la rendición. No fueron solo los egipcios antiguos los unicos que se sirvieron de las aves mensajeras. También los griegos varios millares de años después, los adoptaron para utilizarlos en la guerra, en el comercio y sobre todo en los juegos olímpicos. Los atletas que tomaban parte en aquellas competiciones, los enviaban regularmente a sus lejanos parientes y amigos para hacerles llegar sus mensajes y noticias. Dicese que Anacreonte, que vivió 500 años antes de la era actual, envió a Bathyll un ave, portadora de una carta suya, y Ferekrates cuenta que en Atenas en sus tiempos, 430 años antes de Cristo, las aves servían como mensajeros de la correspondencia entre país y país. También los romanos se sirvieron de ellas, habiendo aprendido de los griegos el arte de amestrarlas, y Plinio nos habla de mensajes de guerra intercambiados por este medio, durante el asedio de Mulina, y según Geliano lo mismo ocurrió entre Pisa y Algina. Sin embargo, nadie consiguió amaestrar a aquellos volátiles como los súbditos del Faraón y a servirse de ellos para incendiar ciudades y tal vez incluso flotas enemigas, que bloqueaban los inmensos canales del delta del Nilo. ¿Eran esos pájaros de especie difernte y, más inteligentes que los actuales? Es posible ue pertenecieran a la que se llamó más tarde "de Bagdad" de la que se sirvieron los musulmanes udrante una larga serie de años y que incluso hoy día sigue siendo la mejor.

La bandada inmensa señalada por los etíopes, se aproximaba rápidamente hacia el Nilo, surcando las tinieblas omo una tromba de estrellas, arrastradas por un viento impetuoso. Su meta era muy preisa: la barca tripulada por el joven Faraón. Los embriagados o por lo menos aquellos que los habían lanzado contra los navegantes, no atreviéndose a atacar directamnte al Hijo del Sol, se servian de las aves para combatirlo o mejor aún para eliminarlo, antes de que pudiese llegar a Menfis. Era aquella una prueba evidente de que algunos conocían la existencia del hijo del gran Teti, el vencedor de los caldeos y de que alguien había traicionado el secreto, tan celosamente guardado durante algunos años.

—¿Lo ves, mi señor? —dijo Ata, volviéndose hacia Mirinri que miraba sin mostrar ninguna preocupación aquel torbellino de fuego que iba a abatirse sobre la nave que seguía inmobilizada—. No querías creer que aquellos hombres nos habían tendido una trampa.

—Sí, tenías razón —respondió el joven—. ¿Y ahora van a lanzar aquí aquellos volátiles?

—Cierto.

—Pero, ¿quién los dirige?

—¿No ves, señor, en los flancos de aquella inmensa bandada, subir hacia el cielo flechas encendidas, que impiden a las palomas dispersarse?

—Sí, descubro en efecto unas líneas de fuego que se levantan desde las palmeras y que forman como una red de fuego.

—Son los adoradores de Bast.

—Sin embargo no creo que corramos un peligro tan grave como tu crees, Ata —dijo Ounis. Nuestras velas están todavía amainadas y aquellas aves no harán otra cosa que pasar en medio de nosotros.

—Es cierto, pero muchas caerán aquí ardiendo y el fuego que llevan atado a la cola prenderá en el puente. Antes calculan laduración de la cuerda que sostiene a la materia ardiente. Mira, fíjate bien, ¿no ves que hay fuegos que ya empiezan a caer?

—Hagamos apresurar la tala de las hierbas —dijo Mirinri.

—Si podemos salir del canal antes de que las aves lleguen aquí, ya no hay nada que temer.

—¿Falta mucho? —gritó Ata, dirigiéndose a los etíopes.

—Unos pocos tajos aún, señor —respondieron.

—Daos prisa: llegan las palomas.

En aquel momento Nefer que hasta entonces había permanecido en silencio sin apartar ni por un instante su mirada de Mirinri, hizo oír su voz.

—Lanzaré mi maldición sobre los mensajeros del aire —dijo Isis, la gran diosa de las hechiceras, me oirá y nos protegerá de este nuevo peligro.

Una sonrisa incrédula apareció en los labios del joven Faraón.

—Prueba —le dijo.

Nefer, cuyo hermosísimo rostro aparecía en aquellos instantes transfigurado y cuya mirada se había encendido nuevamente con aquella extraña llama que había impresionado a Mirinri, avanzó hacia la popa del pequeño velerio, subió a la baranda de un salto y tendiendo los brazos hacia el torbellino de fuego que se asomaba ya por encima de las palmeras costeando las orillas del Nilo, dejando caer de cuando en cuando llamas que no se apagaban ni siquiera al llegar a los húmedos papiros, gritó con voz estridente:

—Oh Isis, gran diosa de las hechiceras, ven a mí y libéranos del peligro que amenaza al joven Hijo del Sol. ¡Ven, Horus,con tu gavilán! ¡El es pequeño, pero tu eres grande! El esdébil, pero tú puedes darle fuerza y dispersar a esos tristes pájaros que van a caer sobre nosotros. Diosa del dolor y dios del dolor, diosa de los muertos y dios de los muertos, salvad a vuestro hijo, por cuyas venas corre sangre de Horus. Yo he entrado en el fuego, yo he salido del agua y no estoy muerta. ¡Oh Sol, haz hablar a tu lengua! ¡Oh gran Osiris intercede y desencadena tu poder! Venid todos, liberadnos del peligro, salvad al joven Faraón. ¡Dios del dolor, diosa del dolor; dios de los muertos, diosa de los muertos, socorrednos!

Al hablar así, la hechicera temblaba toda ella, como si una fuerza misteriosa agitase sus carnes. Sus largos cabellos negros, libres sobre su desnuda espalda, se entrelazaban como serpientes en torno a su hermoso cuello y sus collares y sus brazaletes tintineaban armoniosamente. Mirinri la contemplaba extrañado, preguntándose si aquella bellisima muchacha había sido creada por un dios bueno o por algún genio del mal. Pero había en su mirada algo más que extrañeza: había admiración.

—Esta muchacha vale tanto como la Faraona que me ha enamorado —murmuró de repente.

Aunque hubiese pronunciado esas palabras en voz tan baja que no podía oírle Ata que estaba junto a él, la hechicera volvió lentamente la cabeza hacia él con una sonrisa en su delicada boca.

Luego se enderezó toda mostrando sus esculturales formas, que el ligero *kalasiris* apenas velaba y, fijando sus ojos en las estrellas, murmuró a su vez:

—Morir, ¿qué importa? ¡Descender al reino de las tinieblas, sí, pero con un beso del Hijo del Sol en los labios!

Un gran grito salido del pecho de los etíopes, arancó a Mirinri de su ensimismamiento e hizo sobresaltar a Ounis y Ata.

—¡El paso está abierto!

La corriente detenida hasta entonces por la masa de *sett*, irrumpía ruidosamente a través del canal, abierto por las segures de brone de los hercúleos hijos del Alto Nilo.

El pequeño velero, no detenido por ninguna amarra, comenzaba a moverse entre los papiros y las hojas de loto, con un dulce rumor.

—¡A bordo! ¡Izad las velas! —tronó Ata, lanzándose hacia el timón.

—¡El viento sopla del sur! Isis ha escuchado la invocación de la hechicera.

Parecía en efecto que la diosa de las encantadoras no hubiese permanecido sorda a las palabras de Nefer, porque el torbellino de fuego comenzaba a desperdigarse, tal vez porque ya no era guiado por las flechas de fuego, puesto que los arqueros se habían detenido a la orilla del Nilo. Lo formaban millares y millares de aves, que llevaban prendida a su cola, una materia encendida, esparciendo en su dereedor la luz azulada característica del azufre licuado. De cuendo en cuanto un gran número de palomas, rodeadas de fuego, caían al río y aquella extraña materia incluso en contacto con el agua no dejaba de arder, crepitando entre los papiros y las largas hojas de loto. Aquel huracán de fuego pasó con velocidad vertiginosa por detrás de la popa del velero a la distancia de un tiro de arco y prosiguió su alocada carrera hacia la orilla opuesta del río gigante, iluminando fantásticamente las tinieblas. Nefer no había abandonado su puesto aunque bastantes palomas cayeron muy cerca de ella. Siempre en pie, como una maravillosa estatua de bronce, con un brazo elevado para lanzar cualquier nueva maldición, con el pecho erguido, había desafiado intrépidamente el torbellino en llamas, repitiendo:

—¡Isis! ¡Isis! ¡Gran diviidad, protege al Hijo del Sol!

Cuando aquellos puntos de fuego se perdieron en el lejano horizonte, más allá de los inmensos bosques que cubrían la orilla opuesta del Nilo, y el velero, salido ya del canal abierto con tanta fatiga, surcaba las aguas libres, se volvió hacia Mirinri, que no había cesado de mirarla.

—Estás a salvo, Hijo del Sol —le dijo.

—¿Qué poder sobrenatural posees? —indagó el joven—. Descubro en tus ojos una llama qe no tenía la hija del Faraón.

Nefer tuvo un sobresalto y su rostro se contrajo dolorosamente.

Permaneció unos momentos quieta, como inmersa en un profundo pensamiento, luego preguntó con un extraño tono de voz:

—¿De que hija del Faraón, estás hablando, mi señor?

—De aquella a la que tú predijiste el porvenir.

—¿Tú la has visto?

—También la salvé de la muerte.

—¿Cómo me salvaste a mí? —exclamó la hechicera, con un sordo sollozo.

—La arranqué de las fauces de un cocodrilo.

—Y a cambio te ha quitado el corazón, ¿no es cierto, mi señor?

—¿Qué sabes tú? —preguntó Mirinri, frunciendo el ceño.

—¿Es que yo no leo el pasado y el futuro y lo adivino todo?

—¡Ah! Es cierto, me lo has dicho. Además espero tu profecía.

Nefer miró el cielo. Las estrellas comenzaban a declinar, pero en medio de ellas brillaba cerca del horizontel el cometa. Lo miró durante unos instantes, y después prosiguió como hablando para sí:

—Es aquel el que rige tu destino, mi señor. Pero debo esperar a que despunte el sol, del que descendéis todos los Faraones.

—Faltan todavía algunas horas.

Ounis interrumpió aquella conversación, pidiendo a Mirinri:

—Tú que tienes mejor vista que yo, ¿ves algo en la orilla derecha?

—No —respondió el joven después de echar una mirada rápida hacia los palmerales—. Creo que los embriagados, al ver que sus esfuerzos eran inútiles, se han retirado y estarán roncando entre las plantas alrededor de los vasos de vino de palma.

—Y nosotros aprovecharemos para encaminarnos hacia la orilla opuesta —dijo Ata, que había hecho desplegar las enormes velas. Allí están las islas que forman muchos canales y solo las habitan hipopótaos, cocodrilos, ibis y pelícanos.

—¿Podremos pasar desapercibidos?

—Creo que sí, mi señor —dijo Ata a Mirinri—. De ahora en adelante debemos tomar las mayores precauciones o Pepi nos detendrá, antes de que podamos contemplar los altos obeliscos de la soberbia Menfis. Ya se sabe que en mi barca se esconde el hijo del gran Teti y el usurpador hará lo imposible para darnos como pasto a los cocodrilos.

—Atravesaremos pues el río —dijo Mirinri— y tengamos cuidado con las emboscadas.

El pequeño velero que contaba con el viento a su favor, cortó oblicuamente la corriente, acercándose a la orilla izquierda que aparecía cubierta por colosales palmeras *dum* y a la que flanqueaban una espesa red de papiros y de plantas de loto.

EL TEMPLO DE LOS REYES NUBIOS

Mientras la nave iba costeando, moviendose ligeramente, empujada por una fresca brisa que soplaba del sur y que hinchaba las enormes velas, Mirinri, que no sentía ningún deseo de ir a descansar, después de tantas emociones, se había sentado en la caja de popa, abandonándose a sus fantasías.¿Pensaba acaso en los bellos ojos de la joven hija del Faraón, que había salvado de las aguas de aquel río y que durante muchas noches había turbado sus sueños o en las futuras grandezas hacia las que se encaminaba con ánimo decidido dispuesto a todo, con tal de c onquistarlas? Tal vez solo la hechicera que se había acurrucado a breve distancia de él, sobre una alfombra de hojas de papiro entrelazadas y lo contemplaba atentamente con una profunda mirada, magnética, habría podido decirlo. Enroscada sobre sí misma como una serpiente, con sus brazos desnudos apoyados sobre la alfombra y que de cuando en cuando movía haciendo tintinear los numerosos brazaletes de oro, la cabeza erguida, como una leona al acecho que intenta sorprender el mas pequeño ruido que le indique la presencia de una presa o de un enemigo, seguía los diversos detalles que manifestaba el rostro del joven Faraón. de cuando en cuando un sobresalto sacudía su cuerpo ondeando el ligerísimo *kalasiris* y sobre su frente aparecía una sombra. Mirinri, inmerso en sus pensamientos, parecía que ni siquiera se hubiese dado cuenta de la presencia cercana de la hechicera. Pero sea porque la mirada de la joven le penetrase hasta lo profundo de su alma o bien alguna otra cosa, de cuando en cuando involuntariamente giraba lentamente su cabeza hacia ella y hacia un gesto como para alejar aquella sombra que se le aparecía. La barca, entre tanto, iba descendiendo lentamente por el Nilo; las velas batían bajo los golpes irregulares de la brisa nocturna, las largas vergas crujían, topando contra los palos y las cuerdas producían ruidos extraños. Algún ibis que dormitaba entre los papiros o sobre las largas hojas de loto, raseando las aguas y emitiendo un grito de pánico, desaparecia entre las palmeras que proyectaban obscuras sombras en la orilla. Nadie hablaba a bordo. Los etíopes, apoyados en las barandas, escrutaban atentamente las tinieblas, Ounis y Ata, sentados en proa, miraban ante sí, sin intercambiar palabra alguna. El primero tenía los ojos puestos en el cometa que iba a desaparecer detrás de los grandes árboles; el segundo observaba el agua.

De pronto Mirinri se movió y pareció acordarse de la presencia de Nefer.

—¿Qué haces aquí, muchacha? ¿No vas a descansar?

—El Hijo del Sol no duerme —respondió la muchacha con una voz tan dulce que pareció al joven Faraón como una música lejana.

—Yo soy un hombre acostumbrado a las largas vigilas del desierto —respondió Mirinri.

—Y yo debo aguardar a que aparezca el sol para predecir tu buena o mala suerte, mi señor.

—¡Ah! Se me había olvidado —dijo el joven, sonriendo—.

La estatua de Memmón resonó cuando la interrogué: la flor de la resurrección de Osiris abrió sus corolas cuando le rogué. ¿Cuál será tu profecía? ¿Buena o mala?

—Lo dirá el primer rayo de sol —respondió Nefer—. Es él quien debe inspirarme.

Mirinri permaneció un momento quieto, después prosiguió:

—¡Ah! Tú tienes que decirnos todavía quién eres, de donde vienes y porque los devotos de Bast querían matarte.

—¿Qué siniestra historia te rodea?

La hechicera lo miró sin responder, con una cierta angustia que no escapó al joven Faraón.

—Incluso nosotros —prosiguió Mirinri— no sabemos todavía si eres una amiga o una enemiga.

—¡Enemiga yo! —exclamó Nefer, con dolor—. ¿Enemiga de mi señor, que me ha arrancado de manos de aquellos miserables?

Se levantó, mirando primero las estrellas, luego las plácidas aguas del Nilo que murmuraban suavemente entre las raíces y las hojas de loto blanco o rosáceo; despues tendiendo la mano derecha hacia el sur, con un gesto trágico dijo:

—He nacido allá, en la negra Nubia, donde los grandes ríos rinden su tributo a las aguas del majestuoso Nilo. Mi padre no era de estirpe divina como el tuyo, mi señor, ni siquiera era un gran jefe, y mi madre era una sacerdotisa del templo de Kintar. Mi juventud se pierde en las brumas del sagrado río. Recuerdo vagamente vastos palacios brillantes por el oro; templos inmensos; obeliscos tan altos que cuando el huracán soplaba parecía que tocasen las nubes; guerreros negros como el ébano armados con segures de piedra y con arcos, que obedecian a mi padre como si fuesen esclavos. Me parece que fui feliz. Siendo niña, nadaba en el gran río o surcaba las aguas en barcas doradas. Las mujeres tañían junto a mí no sé qué clase de instrumentos y me servían puestas de rodillas. Un día triste todo desapareció: pueblo, padre, guerreros, grandeza, poderío. Una avalancha de hombres procedente del Bajo Egipto pasó como un huracán devastador por mi país y lo arrasaron todo. Eran los egipcios del delta que invadían Nubia: eran los guerreros de Pepi, el usurpador.

—¡El usurpador! —exclamó Mirinri—. ¿Qué sabes tú de él?

—Todo el Bajo y Alto Egipto habla de ese hombre y se murmura que el hijo de Teti fue raptado por una mano amiga por temor a que Pepi lo matara y que está vivo.

—¡Ah! —dijo el joven Faraón—. Sigue, Nefer.

—Mi padre murió al frente de sus guerreros, mientras defendía desesperadamente su territorio contra fuerzas diez veces superiores y su cuerpo, cosido a heridas, fue arrojado como pasto de los voraces cocodrilos del Nilo. Su pueblo fue dispersado, sus aldeas quemadas y las mujeres y los niños hechos esclavos en Menfis.

—¿Y tú también?

—Sí, mi señor, pero apenas mi madre murió agotada por la terrible fatiga que le hacía soportar su cruel dueño, escapé en una barca que remontaba el Nilo y viví echando la buenaventura o tañendo en las fiestas el *ban-it* (arpa).

—Pero eso no me aclara el motivo por el cual querían matarte —dijo Ounis que se había acercado silenciosamente y que había oido las últimas palabras de la muchacha.

—Querían hacerme sufrir también a mí el cruel trato infligido al primer hombre al que amé —dijo Nefer.

—¿Quién fue? —preguntó Mirinri.

—El patrón de la barca que me ayudó a escapar —respondió la hechicera con un suspiro. Era un joven leal y valeroso, que me amaba ardientemente, pero me parecía demasiado pobre para mí, que procedo de una casta elevada. Se me puso en la cabeza la idea de valerme de aquel joven desventurado para recuperar el país arrebatado a mi padre. Una tarde fui a verle a la orilla del Nilo para hacerle partícipe de mi proyecto. El me había hablado con frecuencia de un templo maravilloso, que se alzaba en medio de un espesísimo bosque que cubría una gran isla del río y que se decía contenía tesoros incalculables, acumulados por los antiguos reyes de Nubia. Yo contaba precisamente con aquellas riquezas fabulosas para armar a los esclavos y asalariar a guerreros para que me ayudasen a expulsar a los egipcios que se enseñorearon de las tierras que me pertenecían. Pero había sido además que, de todos aquellos que se habían aventurado en aquella isla para descubrir aquel templo, según contaban, nadie había vuelto. ¿Habían sido devorados por las fieras que infetaban aquella oscura selva o bien había guardianes que vigilaban las riquezas de los antiguos reyes nubios? Hasta ahora nadie ha podido confirmar nada. Obsesionada pues por el deseo de apoderarme de aquellos tesores, expuse a mi amado mis intenciones. Aquella tarde etaba solo en la barca, porque había enviado a tierra a todos sus hombres. Como era costumbre en él estaba serio y pensativo, porque ardía de amor por mí y contemplaba distraidamente la puesta del sol que lanzaba sus últimos rayos oblicuamente como una lluvia de oro, sobre las fangosas aguas del río. Le expuse mi proyecto, declarándole sin ambages que solo me casaría en las tierras de mi padre libres de egipcios o nunca. El me escuchó en silencio y, luego, cuando hube terminado, se levantó diciéndome con voz decidida: “Se cumplirá tu voluntad; yo iré a apoderarme del tesoro de los reyes nubios y con ese oro armaré un ejército.

Adiós, Nefer, luz de mis ojos. Si dentro de ocho días no me ves volver querrá dcir que la diosa de la muerte me habrá cubierto con sus negras alas y serás libre de escoger a otro hombre". Arranqué de la orilla una hoja de loto y se la di diciéndole: "Tómala y guárdala como un recuerdo mío. La he besado y la he puesto sobre mi corazón, te dará valor". Al día siguiente mi prometido desembarcaba en las playas de la isla misteriosa. Atravesó el bosque sin encontrar a nadie, ni a hombres ni a animales y se encontró, muy pronto ante untemplo enorme cuya puerta estaba abierta. Ni siquiera tuvo un momento de inquietud. Entró en una sala inmensa pavimentada con baldosas blancas y negras que tenían en incisión dibujos de hojas de loto e ibis con las alas desplegadas. Allá dentro reinaba una semioscuridad y de rendijas invisibles fluían nubecillas de humo fuertemente impregnadas de un perfume muy penetrante.

—¿Pero, cómo conoces tú esos detalles? —preguntó Ounis, que seguí con vivo inter´res aquella extraña historia.

—La supe por mi amado durante sus escasos momentos de lucidez —contestó Nefer.

—¿Así que no murió? —inquirió Mirinri.

—Aguarda y escucha, mi señor.

—Continúa pues.

—Mi prometido examinó las paredes, sin hallar puerta alguna y descubrió finalmente una lápida de mármol negro en la que se hallaba cincelada una flor de loto. Instintivamente puso un dedo sobre aquella flor y la piedra giró de pronto sobre sí misma dejando ver un estrecho corredor en cuyo extremo brillaba una luz vivísima. El era un hombre de valor a toda prueba y además la idea de poder llevar a cabo la promesa que me había hecho lo animaba a cualquier riesgo. Entró pues en el corredor y desembocó en otra sala, rodeado por una triple hilera de columnas que se perdían en una oscuridad misteriosa. Pero en el centro una luz verduzca nacía del suelo permitiendo distinguir a mi prometido grandes vasos de bronce, colmados hasta su boca de oro, esmeraldas, rubíes, zafiros y turquesas. En un extremo y sobre un gran pedestal había dos esfinges que parecían de oro macizo y cuyos ojos estaban formados por grandes rubíes. Mi prometido se detuvo, no atreviéndose a hundir sus manos en aquellos vasos, pero después como empujado por una fuerza misteriosa subió al pedestal y pasó entre los dos leones. Un tenderete parecía esconder una nueva maravilla. Lo levantó con las manos temblorosas y un grito de estupor, de admiración y al mismo tiempo de temor escapó de sus labios. Junto a un gran vaso de plata, en cuyo centro ardía una llama roja, surgió de improviso una joven mujer de una belleza extraordinaria. Un ligero velo, bordado con zafiros y esmeraldas, cubría su cuerpo delicado y flexible, sus brazos estaban adornados de gruesos brazaletes y su frente, a la que llegaba una cabellera negra como el ébano, estaba adornada por una esmeralda de un esplendor y un grosor increíble.

Nefer se detuvo. Llevó involuntariamente su mano derecha hacia su frente y alzó los cabellos que le llegaban casi hasta los ojos. Ounis y Mirinri, que la miraban atentamente, vieron brillar bajo su cabello como un fulgor verdoso. Lo proyectaba una gruesa piedra, tal vez una esmeralda semejante a la que llevaba la misteriosa joven que apareciera junto al vaso de plata, en cuyo centro flameaba la llama roja. Nefer que posiblemente se había dado cuenta de la sorpresa, no les dio tiempo de hacerle ninguna pregunta.

—Mi prometido —prosiguió— con los ojos atónitos por aquella visión maravillosa que rebasaba en esplendor todo lo que había podido soñar, se dejó caer lentamente de rodillas, tendiendo sus manos hacia la aparición radiante e inmóvil, que lo cautivaba con una mirada penetrante como la punta de una espada. En aquel instante se había olvidado de mí y sus juramentos de amor se habían diluido. Ya no miraba las inmensas riquezas que debían servir para lbierar las tierras de mi padre de los guerreros de Pepi; aquella mujer era eltesoro incalculable, que valía miles vasos. Apenas se puso de rodillas ante aquella aparición divina, cuando sintió posarse una mano en su espalda. Detrás suyo ocho sacerdotes, envueltos en largos vestidos, con luengas barbas blancas, estaban en pie rígidos e implacables. Uno de ellos, aquel que lo había tocado, le dijo, doblegándolo hasta el suelo con fuerza sobrehumana: "Tú has querido ver y has visto. ¿Cuál deseas de todos los tesoros encerrados en este templo? ¿Es el oro, el dueño del mundo o son las piedras preciosas, resplandescientes de luz, de esplendor fulgurante que atraen a las muchachas? Habla y elige". Obcecado en su contemplación mi prometido tendió las manos hacia la muchacha divina, que seguía en pie ante el gran vaso de plata. Iluminada por los rojos reflejos de la llama. "Es ella, la que yo quiero", exclamó el desgraciado". Nefer no es nada comparada a ti, yo ya la he olvidado. Reina de la belleza, mis ojos de ahora en adelante no verán nada más que a ti, divinidad descendida a la tierra. No deseo ni piedras preciosas, ni oro que es el que mueve al mundo; deseo solo que me sea permitido contemplar continuamente tu belleza radiante, oh muchacha divina. Preferiría no ver más la luz del día, antes que cesar de admirarte". La joven hizo un gesto, después dijo: "Que se cumpla tu voluntad. Tu respuesta te salva la vida, porque has preferido mi belleza, perfección eterna, a las inmensas riquezas acumuladas en este templo, durante siglos y siglos por los antiguos sobreranos del Alto Nilo. Pero tú ignoras que aquellos que quisieron verme no regresan a menos que sean Hijos del Sol, Faraones. Más afortunado que aquellos, tú regresarás al mundo, pero no podrás ver otras maravillas, ni explicar a nadie lo que has visto. Ven, admírame antes, llena bien los ojos de mi belleza divina, luego entrarás en la oscuridad hasta el resto de tu vida". Mi prometido, arrodillado ante la radiante visión parecía no oírla. Todo su espíritu se hallaba concentrado en sus ojos, que tenía fijos en aquella maravillosa belleza. De pronto un grito terrible le salió del pecho. Uno de los sacerdotes había tocado sus ojos con un bidente de bronce al rojo vivo, dciéndole después con voz irónica "En la noche que de ahora en adelante te envolverá vas a tener siempre presente la visión soberbia de la belleza eterna, que tú supieste apreciar mejor que los tesoros encerrados en este templo de los antiguos reyes nubios. Incluso en tu muerte, tendrás para ti solo la imagen divina de aquella que has contemplado y su recuerdo te hará palpitar para siempre el corazón". ¿Qué es lo que

ocurrió después? Yo no te lo sabría decir, mi señor —prosiguió la hechicera—. Algunos días después mi prometido fue acogido, por un amigo suyo que pasaba por azar, cerca de la isla maldita con su barba, mientras andaba errante por la playa. Estaba ciego y loco y no hablaba de otra cosa más que de la visión divina en el templo misterioso. Esa es la razón por la cual los adoradores de Bast, querían hacerme sufrir a mí también el castigo de la ceguera, para vengar a su compañero.

—¿Vive todavía aquel desgraciado? —preguntó Ounis.

—No —respondió la hechicera—. Un día creyendo oír la voz de la visión divina surgir de las aguas del Nilo, se echó al agua y los cocodrilos lo devoraron.

Ounis hizo un gesto de rabia.

—¿Qué sucede? —preguntó Mirinri a quien no había escapado aquel acto.

—Años atrás yo oí hablr de aquel templo maravilloso. Era la época en que las legiones caldeas irrumpieron en nuestro país y el estado no poseía de dinero para armar nuevos ejércitos. Un hombre que tal vez sabía dónde se encontraba aquella isla y probablemente no ignoraba en qué bosques se ocultaba el tesoro de los antiguos reyes de Nubia, propuso mandar a gente de confianza para apoderarse de aquellas riquezas. Las vicisitudes de la guerra impidieron a Teti ocuparse de aquella empresa y nunca más se habló de ello. Tal vez tu padre no creyera en aquella historia.

—¿Y quién fue a tratar de ello? —preguntó Mirinri.

—Pepi, el usurpador.

—¿Mi tío?

—Sí, el mismo. Si se pudiese saber dónde se encuentran aquellas riquezas, sería de enorme utilidad para nuestros proyectos futuros. El oro es la base de la guerra y el que poseemos tal vez no baste para batir a las fuerzas de aquel hombre.

Al oír aquellas palabras un fulgor brilló en las pupilas negrísimas de la hechicera. Miró a Ounis y luego a Mirinri que se mostraba pensativo y preocupado; luego dijo:

—Pero yo sé donde se encuentra aquella isla.

—¿Tú? —exclamaron al unísono Ounis y Mirinri.

—Sí, mi prometido me lo dijo.

—¿Está lejos? —preguntó Ounis.

—Menos de lo que tú crees, sacerdote.

—¿Estás segura?

—Sabría guiarte con los ojos vendados, porque después de la locura de mi prometido, ha quedado en mí la idea de apoderarme de aquel tesoro. ¿Queréis venir?

—¿Sabes tú, ante todo, quién habita en aquel templo? —preguntó Mirinri.

Nefer, en lugar de responder, se puso en pie, mirando hacia oriente. las tinieblas habían desaparecido, las estrellas iban a diluirse ante la brusca invasión de la luz y el astro radiante iba a aparecer.

—¡El sol, la gran alma de Osiris! —exclamó—. Es el momento de la profecía. Acerca tu frente, hijo de la luz eterna ue nunca se oscurece ni de día, ni de noche y que brilla siempre en la profundidad del cielo.

Mirinri se había levantado sonriendo burlonamente.

—Aquí tienes mi cabeza —dijo. ¿Qué quieres arrancar de mi cerebro?

—Quiero leer tu destino —afirmó Nefer.

—Prueba.

La hechicera miró el sol, que comenzaba a aparecer en aquel momento por encima de los palmerales que cubrían la orilla del majestuoso río. Daba la impresión de que sus ojos no sufrían con la intensa luz que se reflejaba sobre las aguas del Nilo.

—¡Seb —gritó con voz estridente —tú que representas nuestra tierra! ¡Nout que personificas las tinieblas! ¡Nou que eres el emblema de las aguas! ¡Neftys que proteges a los muertos! ¡Ra, que eres el disco solar. Hopi que repreentas al Nilo y tú, gran Osiris, en cuyo corazón late el alma del sol, inspiradme! Thoth, el dios que tiene la cabeza de ibis, el pájaro sagrado, que es el inventor de todas las ciencias; Logas que personificas a la razón, que ayudas con tus consejos y que eres la fuerza creadora dadme la fuerza para predecir el destino a este joven Faraon.

Nefer miraba al sol con los ojos abierto,s como si los rayos no le molestasen en las pupilas y se hallaba dominada por un fuerte temblor. Se extremecían todos sus miembros y sus piernas a partir de las caderas; parecía incluso que sus largos cabellos negros eran presa de extraños extertores. Se mantuvo durante unos instantes erguida, en una posición impresioante de cara al astro diurno que se alzaba majestuoso por encima de las palmeras, toda ella envuelta por una luz dorada. De pronto se llevó las manos a los ojos y se los tapó.

—Veo —dijo con voz trémula— a un joven Faraón que derroca a un rey y a un viejo que le exige que le mate. Veo a una hermosa muchacha, como un sol cuando ilumina

el horizonte al ponerse y lanza sus últimos rayos sobre las aguas del Nilo. Veo una niebla ante mí. ¿Qué misterios envuelve? Oh velo impenetrable, apártate. Pero no lo hace, sigue siendo espeso, espeso. ¿Por qué no lo puedo abrir? ¿Es que mi poder de hechicera, hija de una gran hechicera nubia, me va a faltar en este momento? ¡El joven Faraon avanza, alto, alto, victorioso sobre todo y sobre todos! ¡Ah! ¡Maldita estrella! ¡Será perjudicial para alguien! ¡Veo a una muchacha que llora y sus lágrimas se tornan en sangre... ¡Osiris! ¡Gran Osiris, deja que vea su rostro! ¡Es una muchacha que muere y de su pecho destrozado veo manar una lluvia roja... el Faraón será fatal para alguna...! ¡Todo ha terminado!

Nefer, como si de repente le hubieran faltado sus fuerzas, vaciló para caer entre los brazos de Mirinri, que estaba tras ella.

Con aquel contacto, el cuerpo de la hechicera tembló todo, como si hubiese recibido una descarga eléctrica y también el del joven Faraón sintió un estremecimiento.

Ounis que presenciaba la escena, arrugó su frente, pero solo fue un momento.

—Mejor que sea la hechicera de Nubia la que inquiete el corazón de Mirinri y no la Faraona —murmuró—. ¿Quién sabe lo que nos guarda el destino?

Con un gesto llamó a unos etíopes.

—Llevad a esta muchacha a un camarote —dijo—. Necesita descanso.

Los remeros se llevaron a Nefer, que parecía adormecida y la entraron en el camarote de popa.

—¿Qué es lo que piensas de la profecía de esa muchacha? —preguntó el sacerdote a Mirinri, que parecía haber vuelto a caer en sus meditaciones.

—No sé si debo creerla —repuso el joven.

—¿Qué dice tu corazón?

Mirinri se mantuvo durante unos momentos inquieto, despues repuso:

—Su sueño me parece demasiado hermoso. ¡Poderío y gloria! Me parece demasiado.

—¿Crees ahora que eres el verdadero Hijo del Sol? Resonó la piedra de Memmón; abrió sus corolas la flor eterna de Osiris; habló la hechicera.

—Sí, no tengo ninguna duda de que corre por mis venas la sangre del vencedor de las legiones caldeas. ¿Pero quién debe ser esa muchacha a la que voy a ser fatal? ¿La primera mujer a la que vi y que salvé de la muerte?

—¿Es que piensas siempre en ella?

—Sí, continuamente —respondió Mirinri con un suspiro—. Aquella muchacha que desciende al igual que yo del sol, me ha enamorado.

—¡Una enemiga!

—¿Quién sabe?

—Que tú deberías odiar.

—Calla, te lo suplico, Ounis. Mi destino todavía no ha escrito su última página.

LA BARCA DE LOS GATOS

El pequeño navío proseguía descendiendo por el Nilo. Mirinri, sentado en el alcázar del buque, parecía haberse olvidado ya de la profecía de la hechicera. Con lacabeza apoyada entre las manos, miraba siempre ante sí, como si la visión de la Faraona, que había arrancado de las temibles fauces del cocodrilo se hallase siempre ante él. Ounis, apoyado en la barandilla, miraba distraídamente las aguas del río y no hablaba. Los etíopes, en pie cerca de los palos de las enormes velas, no se distraían en espera de que algún golpe de viento les obligase a una nueva maniobra. Tampoco Ata, que estaba apoyado en la baranda de proa, pronunciaba ninguna palabra.

Desde la orilla y de los bancos de arena, cubiertos de papiros, bandadas inmensas de ibis se elevaban, saludando al sol con prolongados chillidos. Pasaban en grupos numerosísimos a travé del puente del pequeño velero, con sus largas patas tendidas y el cuello más estirado todavía, como para desear un buen día a los etíopes de Ata, seguros de su impunidad, que por otra parte ¿quién hubiera querido importunar? ¿Quién hubiera sido el atrevido que habría lanzado sobre aquellas aves una flecha? En aquellos tiempos lejanos eran pájarossagrados, a los que cualquier súbdito del Faraón respetaba e incluso aquellos volátiles tenian un dios: Thoth. Pero es muy posible que los antiguos egipcios los hubieran consagrado por un motivo más importante, probablemente por las mismas razones por las cuales los ingleses muchos centenares de años después prohibieron la destrucción del *marabú* en la India y los mejicanos y los pueblos de América meridional hicieron respetar el *urubus* como aves valiosas y necesarias para la salud pública. Porque en efecto sería terrible si Egipto no tuviese sus ibis, si en las llanuras del Ganges, en la India faltase el *marabú* gigante y en las llanuras mejicanas y las ciudades sudamericanas no contasen con los *urubus*. Estas tres aves son verdaderos salvadores que tienen una sola misión; la de devorar todas las carroñas e inmundicias, que bajo aquellos climas tan calurosos podrían propagar terribles enfermedades contagiosas.

Los servicios que proporcionaba el ibis, especialmente en el pasado, eran tan apreciados por los Faraones que no tardaron en convertirlos en aves sagradas, y más todavía porque con su presencia anunciaban las benéficas y periódicas inundaciones del Nilo. A las fecundas irrupciones del gigantesco río, la superstición egipcia anunciaba siempre el ibis, que se dejaba adorar dócilmente contentándose por su parte con alimentarse de gusanos, lagartos, serpientes, sapos y las carroñas que los desbordamientos arrastraban y que dejaba esparcidos por los campos. Perdida lafe, el pájaro sagrado batió sus alas y emigró. en la actualidad solo se le encuentra en el Alto Egipto, donde se ha retirado como a un santuario.

Entre el escepticismo religioso moderno ysus adeptos ha puesto una barrera: la gran catarata del Nilo. Su altar es el barro de la orilla, donde entierra su pico, causando verdaderas hecatombes entre los insectos y los perjudiciales reptiles. No es mas que una simple zancuda pero en ocasiones se diría que se acuerda de haber sido algo importante. Sacude sus empenachadas alas y mueve su venerable cabeza, como diciendo: "En otra época fui un dios".

El velero avanzaba dulcemente movido por una débil brisa que soplaba irregularmente. Ata había dejado su lugar en la proa para manejar el largo remo que servía de timón y guiar personalmente la nave ya que en aquel lugar el Nilo se hallaba sembrado de islotes, poblados por papiros altísimos que formaban verdaderos bosques. Antiguamente el curso de aquel soberbio río estaba cubierto de papiros, planta que en la actualidad se halla prácticamente desaparecida y que, con razon, los egipcios de aquella época consideraban como muy valiosa. Y probablemente no andaban equivocados porque de ella obtenían muchas cosas útiles. En efeto, de las partes inferiores, cortadas junto a las raíces obtenían un alimento con el que se saciaban las clases humildes; con las hojas fabricaban cestos, abanicos y muchos otros objetos por el estilo; con las fibras hacían una especie de papel o mejor aún unas hojas de treinta centímetros por cinco o seis; con las vainas, sobrepuestas en estratos se apañaban sus sandalias. Uniendo sus flexibles troncos obtenían barcas ligeras, que bastaban para atravesar el río. En resumen, era juntamente con el loto, la planta nacional.

Durante un par de horas el pequeño velero siguió enfilando los canales formados por aquella multitud de islotes y mas tarde desembocó en un lugar abierto. El gran río se movía, serpenteando entre dos líneas de árboles que apenas se disginguían ,debido a la enorme anchura que había entre una y otra orilla.

—Creo que por ahora no tenemos que temer nada, mi señor —dijo Ata, dirigiéndose a Mirinri—. Era entre aquellas islas que sentía temor por alguna trampa En estas aguas abiertas no estamos expuestos a una emboscada.

—¿Y cuando llegaremos a Menfis? —preguntó el joven Faraón, agitándose.

—Depende del tiempo, mi señor, y además no debemos apresurarnos. Ya debe haberse dado la voz de alarma y por eso debemos avanzar con infinitas precauciones.

—¿Es que nos espían?

—Es muy probable. Estoy seguro que, bajo los árboles que cubren las orillas, hay ojos que nos siguen para saber adónde vamos.

—¿Y no hay modo de engañar a esos espias?

—Tal vez, cuando lleguemos a los canales del delta. Allí nos será fácil despistarles. En las islas pululan los reptiles y cocodrillos y pobre del que se atreva a pasar por aquellos bancos, que cubren el loto y los papiros.

—Existe, creo, un modo para engañarlos —dijo Ounis que hasta aquel momento había permanecido silencioso.

—¿Cuál? —pidió Ata.

—Hacerles creer que no es Menfis nuestra meta, sino la isla misteriosa que ncierra entre sus bosques el templo de los antiguos reyes nubios. Ya que si se dice que ningún hombre que se haya aventurado en aquella tierra ha regresado vivo, podrán creer así en nuestra muerte. Nefer sabe donde se encuentra aquella isla: vayamos. Engañaremos a los espías de Pepi y, si es cierto que allí hay riquezas fabulosas, conquistaremos un buen botín, para la guerra que vamos a emprender contra el usurpador. En el encuentro con esta extraña muchacha presiento algosobrenatural.

—Eso creo yo también —replicó Ata—. Es el destino quien nos la ha mandado.

Una risa estridente hizo volver la cabeza a los tres hombres. Nefer se hallaba detrás de ellos mirando a Mirinri con sus ojos penetrantes, animados continuamente por aquella llama que parecía querer fundir el corazón de aquellos que la miraban.

—¿Por qué te ríes, Nefer? —preguntó el joven Faraón.

—Porque creéis que existe en mí algo divino —respondió la muchacha.

—Si no en tu cuerpo, por lo menos lo hay en tus ojos, Nefer —le argumentó Mirinri—. Yo no sé porqué cuantas veces me miras, me parece que un rayo ardiente me llega al corazón y me turba.

—No te miraré más, mi señor, si eso te molesta.

—¡Oh, no, muchacha! Ese rayo no me causa daño, ni me arrancará la dulce visión que vive siempre en mi interior.

Nefer tuvo un ligero sobresalto, que escapó a Mirinri y una tristeza infinita apareció en su hermoso rostro. Arregló con un movimiento nervioso sus cabellos y después de haber mirado el Nilo, dijo:

—¿Quieres que te conduzca pues a aquella isla donde se encuentran los tesoros de los antiguos reyes nubios? Quiero hacer una proposición.

—¿Por qué? —preguntó Mirinri.

—Para vengar a mi prometido y para dar al futuro Faraón medios para reconquistar el trono de sus antepasados.

—Me parece, muchacha, que tú sabes demasiadas cosas que nos atañen —dijo Ounis, mirándola con cierta sospecha.

—¿Es que no soy una adivina? —replicó la muchacha.

—Una adivinadora maravillosa ciertamente —le contestó el sacerdote— que descubre los secretos mejor ocultos.

—Hazle predecir tu destino, Ounis —dijo Mirinri.

El anciano meneó la cabeza, luego respondió con voz decidida:

—No.

—¿Es que tienes miedo?

—Ya soy viejo y si me anunciasen una muerte cercana, ¿qué me importaría? Me sabría mal por ti únicamente, ya que te debo conducir a la victoria y a la venganza.

Luego, cambiando bruscamente de tono, preguntó:

—¿Está lejos esa isla?

—Te voy a decir que no la veremos antes de dos días de navegación. Se levanta allí donde el Nilo es más ancho, después de Khibon (el actual poblado de El-Hibik).

—¿La región está totalmente deshabitada alrededor?

—Sí, porque todos tienen miedo de los misteriosos habitantes que ocupan aquel templo maravilloso.

—¿No sabes quiénes son? —preguntó Mirinri.

—Dícese que son los espíritus de los reyes etíopes y de sus grandes sacerdotes.

—Seres difíciles de vencer si fuese verdad.

—¿Es que no estoy yo? —dijo Nefer—. Lanzaré contra ellos un poderoso conjuro que los hará inocuos. Has visto como he podido desviar a las palomas incendiarias; de la misma manera que me han obedecido las aves, me obedecerán también las sombras de los reyes nubios y sus sacerdotes.

—¡Extraña muchacha! —exclamó Mirinri—. Uno no conseguirá nunca entenderte.

Una indefinible sonrisa apareció en los labios de Nefer, pero pasó como una sombra por su frente y un leve suspiro se le escapó, a duras penas reprimido.

—Seguid siempre la margen izquierda hasta la altura del gigantesco obelisco de Nofirker, el séptimo Faraón de la segunda dinastía. Allí se abre el canal que conduce a la isla del tesoro de los etíopes.

Se sentó junto a Mirinri y ya no habló más. También el joven se hallaba silencioso y parecía que ya no pensaba más que en la misteriosa tierra.

El pequeño velero había entonces atravesado el río nuevamente, que en aquel lugar media poco más de tres millas de anchura y seguía la margen izquierda, manteniéndose a algunos centenares de distancia de la playa. De cuando en cuando grandes bancos formados por lotos blancos y azules lo obligaban a desviarse, apareciendo entre aquel follaje los bajos fondos.

A aquellas plantas los antiguos egipcios dedicaban un verdadero culto. Eran para ellos flores muy apreciadas y las empleaban muchísimo en las fiestas y en los funerales. En efecto, se han encontrado en gran número disecadas y reunidas en forma de coronas, en todas las tumbas, en el interior de las pirámides así como dentro de los nichos de los grandes personajes, juntamente con el libro de los muertos, como llamaban a los papiros funerarios, aquellos rollos de quince metros de largo, en los que con tinta roja y negra y adornos de dibujos de variados colores se recordaban los hechos mas sobresalientes de la vida del muerto. El papiro y el loto ya eran las plantas nacionales de los Faraones y gozaban de igual estimación. Empleaban aquellas plantas en medicina como refrescantes, comían avidamente sus semillas, excluyendo esos productos del loto rosado, que estaba prohibido a todos, ricos y pobres, porque dicha flor se hallaba consagrada al dios solar por el motivo curioso de que aquella, cuando el astro divino va a aparecer, las fibras interiores se contraen y lo sumergen en las aguas. Las damas egipcias snetían una verdadera veneración por él, semejante a la quetienen las mujres del Japón por el crisantemo. En sus visitas se adornaban con ellas y las sostenían en su mano y no es raro ver todavía, sobre todo en los monumentos construidos en la epoca de Ramsés a mujeres envueltas en una especie de diadema de forma espiral, que las envuelven por completo con flores de loto.

Cuando la barca guiada por Ata raseaba por aquellos bancos cubiertos por aquellas maravillosas flores, nubes de pájaros acuáticos se elevban con gritos ensordecedores y, a través de las largas hojas, aparecían monstruosas cabezas de cocodrilos, molestados en su reposo o enormes cabezas de colosales hipopótamos. Estos dos peligrosos animales, hoy casi desaparecidos en el bajo y medio curso del Nilo, eran abundantísimos en la época de los Faraones y de modo especial los intrincados canales del delta se hallaban infectados, aunque entonces tampoco los cazadores egipcios perdonasen a los hipopótamos para impedir a estos voraces devoradores de cereales destruir los campos cultivados.

Montados en ligerísimas piraguas de sencillos papiros estrechamente atados, los rodeaban con gran valentía, en cuanto se presentaba la ocasión y con fuerte arpones, atados a sólidas cuerdas les daban muerte en gran número, aunque en algunos sitios aquellos grandes animales fuesen arados bajo el nombre de *dab*. Es extraño sin embargo que los antiguos egipcios no tuviesen mucha afición a la carne de aquellos animales, que resultaba ser dura y fuerte, y casi ni siquiera comestible, mientras que todas las poblaciones africanas la encontraban no menos gustosa que la del cerdo,

opinión compartida por muchos viajeros europeos que han podido catarla. ¿Es que los antiguos egipcios tenían otros gustos o que los hipopótmos han mejorado el sabor de su carne? Resultaría difícil decirlo.

Ni los etíopes, ni Ata se preocupaban por la prsencia de aquelos monstruos, considerando la barca suficientemtnte sólida para ser atacada y hundida, ya que los armadores egipcios también en aquellos tiempos utilizaban espesas maderas en la construcción de sus navíos. Toda su atención se aplicaba a los bancos, que se multiplicaban siendo el Nilo uno de los ríos mas caprichosos de la tierra. Puede decirse que en cada crecida su curso se modificaba aquí y allí y donde antes existía bastante fondo para dejar paso a las naves, frecuentemente no se encontraba siquiera unos pies de agua profunda. Ya el sol iba a ponerse nuevamente y los navegantes se aprestaban a conducir la barca hacia la orilla para cenar entierra, no atreviéndose a avanzar antes de que hubiese salido la luna, cuando Ata que sospechaba continuamente en una nueva trampa, indicó una barca armada de una sola vela, que descendía el río através de los islotes, siguiendo la misma ruta que mantenían ellos.

Aunque la compañía de otro velero en aquel río nada tuviese de raro, al temer los subditos del Faraón frecuentes relaciones con los nubios y los etíopes, sin embargo el conspirador arrugó la frente diciendo:

—Quisiera saber por qué aquella barca sigue la margen izquierda del Nilo, mientras que en la derecha la corriente es más fuerte y las aguas estan expeditas.

Mirinri y Ounis se levantaron mirando en la dirección que había indicado Ata.

—¿Qué es lo que temes de aquella barca que, en su aspecto, no alcanza la mitad de la nuestra y que no tendrá mas que un mezquino equipo? —preguntó el joven Faraón.

—Podría estar tripulada por emisarios de Pepi, decididos a todo y dispuestos a jugarnos alguna mala pasada —respondió el egipcio.

—Y la prudencia no sobra en las condiciones en que nos encontramos —añadió Ounis.

—¿Qué es lo que decides? —preguntó Mirinri.

—Detenernos aquí —respondió Ata—. El fondo me parece apto y estamos protegidos de la orilla por una serie de bancos repletos de cocodrilos. Nadie se atrevería, y menos de noche, a atravesarlos.

Los etíopes, que aguardaban sus órdenes, a una señal hundieron dos pesadas piedras atadas a una cuerda, que en aquella época servían de ancla, y se apresuraron a amainar las velas sobre el puente.

—Cenaremos en cubierta —dijo Ata, cuando concluyó la maniobra—. Así podremos seguir los movimientos de aquella nave, que me parece tiene la intención de anclar cerca de nosotros.

La cena fue rápida, ya que los antiguos egipcios no eran menos frugales que los actuales.

Mientras que éstos, y nos referimos al pueblo, se contentan con un plato de habas o de lentejas, legumbres que a su vez estaban prohibidas en tiempo de los Faraones, ignorándose el motivo, los antigus quitaban su hambre con semillas de loto blanco, raíces de papiro, de perejil y de otros vegetales recolectados por lo general en las plantas acuáticas del Nilo.

Solo en las grandes ocasiones se permitían el lujo de hacer en sus poco surtidas mesas algunas grullas de Numidia, volátiles que habían logrado domesticar con grandes esfuerzos y que reunían en manadas numerosas para llevarlas a pastar a los campos, guiándolas con fuertes golpes de bastón propinados en sus largas patas.

Concluida la cena con algunos sorbos de cerveza, Mirinri, Ata y Ounis se pusieron a observar tras la escotilla, mientras que los etíopes subieron armas a cubierta, para estar prontos a repeler cualquier ataque.

La barca comentada, que no se hallaba a una distancia superior a los quinientos metros, parecía que tuviese precisamente la intención de ponerse al costado del velero de Ata.

Las tinieblas no se habían extendido aún, aunque la luz ya comenzaba a extinguirse. Ata pudo descubrir sobre la cubierta de la barca, hacia el puente, a seis o siete hombres que llevaban faldones de piel ceñidos a la cintura y que se movían en medio de un gran número de cestos, hechos con corteza de papiro.

—Son mercaderes que van a Menfis —aclaró Ata.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mirinri.

—¿No oyes, mi señor? —dijo el egipcio riendo.

Mirirnri aguzó su oído y distinguió claramente maullidos que parecían salir de las gargantas de animales furibundos.

—Un cargamento de gatos —dijo Ata, anticipandose a la respuesta de Mirinri—. Servirán probablemente para repoblar algún templo construido recientemente.

MISTERIOSO ACUERDO

Como ya se ha dicho en otras ocasiones, en la época de los Faraones los gatos y especialmente las gatas, eran considerados como animales sagrados, los más venerados de todos, incluso mucho más que los ibis. Todo el pueblo egipcio, tanto del Bajo como del Alto Nilo, tenía una veneración extrema por estos cazadres de ratones e incluso había templos dedicados exclusivamente a esos graciosos felinos, donde se mantenía a millares de ellos. El fanatismo por ellos llegaba a tal extremo que, cuando ocurría algún incendio, se dejaban morir quemadas personas pero se salvaba a toda costa el gato de la casa. Por otra parte los protegían leyes muy severas. Cualquier súbdito que hubiese dado muerte a uno, aunque fuera accidentalmente, era condenado a muerte sin escapatoria posible. Se cuenta sobre esto que después de la conquista de Egipto por parte de los romanos, cierto día un ciudadano preso de cólera había dado muerte a uno, lo que motivó entre la población un motín de tal envergadura que puso en serio peligro a las legiones romanas y obligó al gobierno de Roma a enviar tropas para sofocarlo. Cuando moría un gato, de muerte natural se entiende, los egipcios lo embalsamaban y lo enviaban, según ya se ha dicho, a hacer compañía a los Faraones y a los personajes importantes sepultados en las pirámides o en ls inmensos mausoleos de las familias mas distinguidas. Sus efigies se encontraban por doquier: en las fachadas de los templos, en los monumentos, en los obeliscos. Las mujeres los empleaban además para decorar sus objetos de tocador, en los vasos que contenían perfumes y en sus joyeros. Pero lo que sorprende todavía más es que, aunque el gato ya no se adore en la actualidad entre los egipcios, ni sea considerado un animal sagrado, los árabes actuales y los mismos egipcios le tienen en gran consideración. Sin embargo los musulmanes no han tenido nunca un dios gato ni una diosa gata. En la actualidad en El Cairo se destina anualmente una cierta cantidad para abastecer a los gatos hambrientos y la gran caravana que se dirige cada año a la Meca va siempre acompañada de una vieja que lleva sobre su camello una carga de aquellos felinos y que debido a ello es llamada "la mamá de los gatos". Existen incluso personas que dejan su herencia, bastante grande a veces, a los numerosos gatos hambrientos del país.

No había por consiguiente nada de extraordinario en la llegada de aquella barca llena de cestos, que al principio tanto había alarmado al desconfiado Ata. La demanda de gatos era siempre muy abundante en Menfis y el comercio era muy floreciente, razón por la cual muchas barcas llegaban anualmente procedentes del Alto Egipto para hacer recolección entre los nubios a fin de que los templostuviesen un número considerable de aquellos felinos.

—Esos no deben ser espías —dijo Ata—. Realmente son honrados comerciantes que nunca han estado a bien con Pepi. Dejémoslesque se acerquen.

La barca de los gatos, que se dejaba arrastrar por la corriente, al haber desaparecido el viento, fue a anclar, mejor dicho fue a dejar caer sus piedras, a una decena de metros de distancia del velero de Ata. Un anciano que lucía una barba postiza hecha

con la cola de un buey y que llevaba una peluca, viendo a Ata y a sus compañeros los saludó con la mano, gritando:

—Que el gran Osiris os sea propicio, hermanos, y que Sebek, el dios cocodrilo os guarde de los *souq* (cocodrilos) y de los *kale* (hipopótamos).

—Que Khnoum, el autor de los seres humanos, te conserve larga vida —respondió Ata—. ¿A dónde vais?

—A Menfis.

—¿Y qué lleváis?

—Gatos para el templo de Hathor —respondió el comerciante—. Una enfermedad se ha desenadenado entre aquellos animales sgrados y he sido encargado de substituirlos por otros.

—¿Venís de Nubia?

—Sí, mi señor. ¿Y vosotros a dónde vais?

—Debo detenerme en muchos sitios.

—Buenas noches, mi señor. Estamos cansados y necesitamos descanso.

Se retiró de la proa, pero antes se fijó profundamente en Nefer que estaba detrás de Ata, erguida sobre una caja, de modo que fuera bien vista por toda la tripulación de aquella barca.

La mirada del viejo y la de la muchacha se entrecruzaron y sobre los labios de él así como en los rojos de ella apareció una ligera sonrisa.

—Vayamos también nosotros a descansar —dijo Ata—. No hay que temer nada de estos hombres y la noche pasada no hemos cerrado los ojos en toda la noche.

Los hombres de la barca de los gatos se habían retirado bajo los camarotes de proa y de popa, así como sobre la cubierta no se oía nada más que algún maullido sofocado.

—Vete tú también a dormir, muchacha —dijo Mirinri a Nefer.

La hechicera movió la cabeza.

—Déjame aqui para estudiar los astros, mi señor —repuso después de una breve excitacion.

Había en la voz de la bella etíope un cierto tono que impresionó al joven.

—¿Por qué tiembla tu voz? —le preguntó.

—Me ocurre siempre así, después de haber predicho el futuro a algún personaje ilustre. No hagas caso, mi señor.

—Las noches son húmedas en el Nilo.

—Nefer vive desde hace muchos años en las orillas del sagrado río y está habituada a su clima.

—¿Qué es lo que quieres descubrir en los astros? ¿No te basta el haber interrogado esta mañana a la gran alma de Osiris?

—Quisiera conocer yo tambien mi destino y esta noche es propicia. El cielo está límpido y sabré descubrir la estrella que me guarda. Buenas noches, mi señor. VE a reposar.

—Extraña muchacha —dijo Mirinri, dirigiéndose al camarote de popa.

Nefer se había quedado quieta, viendo como se alejaba. Abrió la boca como si quisiera detenerlo pero ninguna palabra salió de sus labios. Cuando el joven hubo desaparecido un largo suspiro se le escapó y abandonó sus brazos a lo largo del cuerpo con una muestra de desesperación, dejando caer a la vez el menton sobre su pecho.

—Aquella mujer lo ha impresionado demasiado. Se ha encontrado la sangre de dos Faraones y tal vez ambos corazones palpiten al unísono. ¿Quién los detendrá? ¿Quién apartará de los ojos de uno la vision del otro? ¡Ah! ¡Gran sacerdote, creo que tú te has engañado con el poder de mis ojos!

Atravesó lentamente, rozando apenas las tablas de cubierta con sus delicados pies desnudos, haciendo tintinear levemente los anillos de oro que le adornaban los tobillos y fue a apoyarse en la baranda de popa. Una gran calma reinaba sobre la inmensa llanura fluvbial. Las aguas se movían lentas y murmuraban dulcemente entre los papiros y las hojas de loto. Las estrellas centelleaban como pocas veces había visto Nefer; ascendiendo lentamente en el cielo transparente y en el horizonte podía verse todavía el cometa. Una fresca brisa, cargada con el dulcísimo aroma de los lotos blancos, azules y rojos, silbaba entre el cordamen de la nave, haciendo gemir ligeramente las velas semiarriadas en la cubierta.

Nefer conservaba una inmovilidad absoluta. Sus miradas se hallaban continuamente fijas en la barca de los gatos que porque sus tripulantes habían tensado poco las amarras que la sujetaban a las dos masas caladas en el fondo del río o bien la corriente la había hecho desviar, se había acercado lentamente al velero de Ata, de modo que casi lo rozaba. De pronto la muchacha se movió. Una sombra había

aparecido en la cubierta de la barca y se dirigía hacia la proa que se hallaba solo a unos metros del velero. Al verla la hechicera tuvo un sobresalto. Echó una rápida mirada detrás suyo. Cuatro etíopes, de guardia, estaban apoyados en la base del palo trinquete y charlaban en voz baja, sin preocuparse de la muchacha. Cuando ésta volvió a inclinarse en la baranda de popa, la sombra se hallaba ya sobre la proa de la barca de los gatos.

—¿Me oyes, Nefer? —inquirió.

—Sí, —respondió la hechicera.

—¿Es él?

—Ya no cabe ninguna duda.

—¿El propio hijo de Teti?

—Sí.

—¿Así pues el gran sacerdote de Isis no se había engañado? Nefer no respondió.

—¿Han creido la historia que les has contado?

—Se lo han creido todo —dijo Nefer bajando la voz.

—¿Serás capaz de llevarlos hasta aquella isla?

—Me han pedido que lo haga.

El hombre que no era otro que el viejo que había saludado al principio a Ata, dejó oir una risa sarcástica.

—Eres una verdadera hechicera, Nefer —dijo—. Volverás a gozar de los esplendores de la corte.

La muchacha lanzó un largo suspiro.

—El te aguarda en el templo —prosiguió el anciano—. Y ¡ay de ti si no sabes hacerlo seguir, porque además has jurado ante Hathor e Isis obedecerlo!

—Obedeceré.

—¿Has conseguido hechizarlo?

—No lo se todavía.

—No resistirá mucho. El mismo Pepi habría caido vencido por ti.

—Pero tal vez no el joven Faraon —dijo Nefer con profunda tristeza.

—Es preciso que ceda.

—Lo procuraré.

—No debe llegar a Menfis, ¿has entendido? Es la orden de Pepi y del gran sacerdote.

—Lo encadenaré entre mis brazos al templo de los antiguso reyes nubios.

—Bien, nos veremos de nuevo en la isla.

El viejo le hizo un gesto de despedida con la mano y se alejó sin hacer ruido, desapareciendo entre las velas arriadas sobre la cubierta. Nefer se quedó unos instantes quieta, como sumida en profundos pensamientos. Luego levantó su cabeza y miró durante cierto tiempo una estrella que brillaba cerca de la primera de la Osa Mayor.

—Siempre pálida —murmuró. ¿Cuándo aumentará tu luz? Si es cierto que tú eres un sol, ¡brilla más vivamente por la felicidad de Nefer!

Cubrió sus ojos con las manos, encogiéndose toda ella con un movimiento felino a la vez que murmuraba a media voz:

—Será él quien venza a la hechicera y no yo a él. El fuego arderá en mi corazón, pero el mío dejará frío el suyo. Todos caerán ante mi mirada menos el joven Faraón. La ve, la sueña, ¿por qué habré llegado demasiado tarde? Maldita Faraona, que la diosa de la muerte te desflore con sus negras alas. ¡Mala suerte! ¡La gran luzde Osiris no entrará más que en su corazón y jamás en el mio!

Levantó sus manos y miró a lo alto. La luna aparecía ahora por encima de las inemensas hojas empenachadas de las palmeras y sus rayos hacían brillar las aguas del Nilo como plata fundida.

—Astro de la noche, dime tú cuál será mi destino.

Una nubecilla pasaba en auel momento ante la luna, oscureciéndola ligeramente.

Nefer movió tristemente su cabeza.

—Todo está contra mí —dijo—. Los astros me predicen que la desgracia caerá un día sobre mi.

Atravesó el castillo de popa como una sombra, sin hacer el más leve ruido, se detuvo un momento para ver a los etíopes de guardia, que estaban todavía entre ellos, luego entró bajo cubierta, en donde se había destinado una pequeña cámara...

Cuando Ata subió a cubierta, el sol estaba ya un poco alto y sobre las aguas del río pasaban bandadas inmensas de ibis, que parecía iban directamente al curso inferior. Apenas dio un vistazo a su alrededor vio que la barca de los gatos ya no estaba.

—¿Ya han partido? —preguntó a uno de los etiopes de guardia.

—Sí, patrón —repuso el negro.

—¿Hace mucho?

—Desplegaron velas poco después de medianoche.

—¿Por qué tanta prisa?

—Me han encargado que te salude y me handicho que partían porque querían llegar a Menfis antes de la crecida del Nilo.

—Ciertamente estas bandadas de pajaros que pasan en forma compacta, lo anuncian —dijo Ata, hablando para si—. Nosotros no tenemos prisa, ninguna prisa.

Luego, alzando la voz, ordenó:

—Desplegad las velas.

Mirinri y Ounis salían en aquel momento del castillo de popa, acompañados de Nefer. La muchacha daba la impresión de no haber dormido.

Se había ya areglado, reuniendo en trenzas sus hermosísimos cabellos, que había ceñido detrás de la nuca con un abigarrado pañuelo de finísimo lino en el que había prendido una aguja de metal dorado que representaba a Pes, el deforme esposo de Venus, venerada por los egipcios. Se había pintado ademas las uñas de color dorado, como era usual en aquella época y se había empolvado el cuerpo con un polvo especial que dejaba en la piel reflejos de un verde bronceado del más agradable aspecto. También había perfumado los vestidos con *mendesium,* un perfume compuesto de resinas, de mirra, de miel y de canela, del que las mujeres egipcias hacían un gran consumo y que por lo común era preparado por las sacerdotisas, también para las ceremonias religiosas.

Mirinri, involuntariamente, apenas salido a cubierta, se detuvo a mirarla.

—Eres hermosa, Nefer, estás más bella que ayer —dijo.

La hechicera tuvo una sonrisa indefinible.

—¿Donde has encontrado los perfumes?

—Los llevo en mi joyero, mi señor, ya que en los viajes largos no podría encontrar todo lo que se necesita para el arreeglo de una adivinadora. ¡Ah, pasan los ibis! Anuncian la crecida del río.

—¿Impdirá ello que lleguemos a la isla misteriosa?

—Al contrario, mi señor. El agua cubrirá las orillas e inundará los bosques y las campiñas, pero por mucho que se eleven las aguas no podrán invadir las tierras de aquella isla.

Mirinri se mantuvo silencioso unos instantes, siguiendo con su mirada las bandadas de ibis que pasaban, sin temor alguno, por encima del pequeño velero, luego preguntó:

—¿Has estado alguna vez en Menfis, Nefer?

—Allí he nacido, mi señor; creo habértelo ya dicho.

—¿Es cierto que el palacio de los Faraones es el más grandioso monumento que han construido los egipcios?

—No puedes hacerte a la idea si no lo ves con tus propios ojos, Hijo del Sol. Es posible que un solo día no te baste para verlo, aunque habites en él.

—Es posible —dijo Mirinri, mirando fijamente a la hechicera—. Mi puesto está allí y no aquí; entraré en él como vencedor y rey.

En el rostro de Nefer apareció una sombra de profunda tristeza.

—Tú piensas continuamente en una que se sienta muy cerca del trono del Faraón, que hoy gobierna sobre el Bajo y el Alto Egipto. Ten cuidado que esa mujer no te traiga la desventura.

Mirnri sonrió, haciendo al mismo tiempo el gesto de quien está demasiado seguro de sí mismo.

—Iré derecho, aunque sin prisa, hasta que cumpla mi misión —dijo después con voz firme.

—Puedes encontrar en tu camino obstáculos.

—Los superaré, Nefer. Mi brazo no temblará.

—¿Y ru corazón?

—¿Qué quieres decir?

—¿Será tan fuerte como tu brazo?

—¿Por qué no?

—Arde ya por una doncella, que no sabes si te corresponderá.

Mirinri suspiró y se pasó dos o tres veces la mano por la frente, que de improviso se había perlado de sudor.

—Sí —dijo después, como hablando para sí—. No me dará su amor.

—Hay otras mujeres que valen lo que aquella y que pueden serte fieles hasta la muerte. Tú eres hermoso joven, valeroso, eres Hijo del Sol, ¿qué corazón de mujer no latiría fuertemente por ti?

Es imposible —repuso el joven—. Aquella fue la primera mujer que vi y que sentí temblar en mis brazos; cuyo perfumado aliento percibí. Ha hecho prender en mi corazón un fuego tal que no podrá extinguirse más que con la muerte. ¿Qué me importa que no me ame? Cederá a la inmensidad de mi cariño por ella. La venganza y su amor: esas son las dos misiones de mi existencia.

Nefer tuvo un sobresalto tan fuerte que las pulseras de oro que ceñían sus piernas y sus brazos tintinearon ruidosamente.

—¿Qué te ocurre, Nefer? —preguntó Mirinri, volviéndose hacia ella.

—Me parecía que en este momento me había rozado el ala negra de la muerte... —respondió la muchacha.

—Me pareces triste.

—Tampoco tú estás muy alegre en estos momentos, mi señor.

—Es cierto.

—¿Quieres que alegre tu espíritu? Yo danzo, toco y canto en mi camarote he visto colgada en la pared una *bon-n* y me acompañaré con ella. La música vence a la tristeza y el canto serena la frente. mira, el Nilo comienza a subir: voy a saludar sus benéficas aguas, que descienden de los misteriosos lagos de la lejana Nubia.

Nefer, que parecía haber conquistado nuevamente su alegría, entró bajo cubierta y salió poco después levantando con ella una especie de arpa ligera, formada por un bastón curvado en forma de semicírculo y dotada de cuatro cuerdas. Atravesó la cubierta, subió a la proa exponiéndose a los ardientes rayos del sol y, mirando a las brillantes aguas e irguiéndose como una soberbia visión, entonó con voz fresca, nítida como el sonido de una campana de plata, el himno sobre el Nilo que había gozado de gran predicamento entre los literatos egipcios de la X dinastía; era una simple enumeración de los bienes pacíficos y seguros que proporcionaba la inundaci´n.

—Salud, oh Nilo, tú que te has manifestado en esta tierra y vienes en paz para dar vida a Egpto. ¡Gran Osiris, que conduces las tinieblas hacia el dia que te agrada, irrigador de los huertos que el sol ha creado, para dar vida a toda clase de animales! Tú das de beber a la tierra en todas partes y desde el cielo desciendes a los campos, amigo del pueblo, tú que iluminas todos los rincones, Señor de los peces, después que te has remontado sobre las tierras inundadas ningún pájaro invade ya los bienes favorables, creador del grano, protector de lacebada, tú haces eterna la duración del tiempo, descanso de los brazos, tu trabajo ayuda a millones de infelices.

La voz de la hechicera, cálida, sonora, se esparcía en la ardiente atmósfera, mezclándose al susurro de las aguas y fundiéndose dulcemente con los sonidos que sus ágiles dedos arrancaban al arpa. Los palmerales que cubrían ambas orillas repetían el eco de aquellas palabras, comunicándolas claramente. Nefer parecía una divinidad del Nilo y era tan hermosa con sus largos cabellos, que por azar o expresamente, se habían soltado cayendo sobre sus hermosas espaldas, que todos los marineros se habían quedado quietos, como fascinados. También Ounis y Ata parecían cautivados y no apartaban su mirada de la muchacha. Solo Mirinri parecía no prestarle demasiada atención. Se diría que su pensamiento seguía pendiente en aquel momento de la lejana visión, que le había cautivado mortalmente el corazón y que aquella suave voz, que cada vez sonaba con mayor ardor y más fuerte en el aire, no conseguía liberar su alma. Cuando Nefer lanzó de sus labios la última frase, se había vuelto lentamente, fijando sus profundos ojos negros, llenos de fuego, en Mirinri. Al ver al Hijo del Sol sentado sobre una caja, como en una especie de abandono, inmerso en profundos pensamientos, con lairada vaga vuelta hacia el río, un sordo sollozo escapó y murió en los labios de la muchacha y sus ojos se oscurecieron, cubriendose con un húmedo velo. Se recogió con un movimiento nervioso los cabellos, aprisionándolos en un aro de oro, dejó caer el instrumento y se encaminó lentamente hacia la popa, pasando junto a Mirinri. Este no se había movido; parecía que ni siquiera se hubiera dado cuenta de que ya había finalizado el himno al Nilo y que la hechicera le había pasado tan cerca que le había rozado con su vestido. Ounis que había seguido atentamente toda la escena, frunció el ceño.

—Lo ama —susurró a Ata.

—¡Una hechicera se atreve a amar a un Hijo del Sol! —exclamó el egipcio—. Al atardecer la haré arrojar al Nilo.

—Tú eres un mal político —respondió Ounis sonriendo—. Si aquella muchacha consigue sacudir las fibras de Mirinri, me daría por satisfecho. Es el recuerdo de la Faraona lo que querría sacarle de la mente. El amor de aquella princesa solo puede ser fatal para este joven.

—¿Y tú crees que Nefer lo conseguirá?

—Es hermosa, tiene la suficiente seducción como para que muy pocos hombres puedan resistírsele, incluso un descendiente del Sol. Por otra parte, no sería la primera vez que los Faraones se emparentan co príncipes nubianos.

—Tú crees por lo tanto cuanto nos ha contado.

—Sí —dijo Ounis—. Una hija del pueblo no tend´ria un rostro tan perfecto, ni una figura tan vivaz, ni manos ni pies tan pequeños. Tiene sangre de príncipes en sus venas.

—Y la dejarás amar a Mirinri.

—Haré algo más —respondió el viejo—. Alimentaré su pasión por el Hijo del Sol. Es posible que sus ojos borren en el corazón de Mirinri el recuerdo de la Faraona. El peligro no está en esta muchacha sino en la otra, porque aquella con su amor podría interponerse en nuestro proyecto y dar al traste a mi venganza contra Pepi.

—Tú...

—Calla —dijo Ounis con voz imperiosa, poniéndole un dedo ante la boca—. Ese secreto solo me pertenece a mí y no se conocerá hasta el día en que regrese victorioso a Menfis, la orgullosa, y mi pie pise el símbolo del derecho sobre la vida y la muerte.

Ounis, mientras hablaba así, se había transfigurado. Una expresión de cólera intensa se leía sobre su rostro, mientras que en sus ojos ardía una llama siniestra.

—Tú no perdonas —dijo Ata que lo miraba.

—Nunca —respondió el anciano—. Los quince años de soledad que he pasado en el desierto, para esconder del odio del usurpador al futuro rey de Egipto no han hecho desaparecer la intensa decisión de mi venganza.

—Tu harás lo que quieras, Ounis. Los viejos amigos de Teti, el Grande, están dispuestos a todo, cuando llegue el mometo.

—Y llegará —dijo Ounis—. Lento pero seguro y el saludo que todo el pueblo debe a su rey penetrará en el palacio real de Menfis.

Una brusca sacudida que conmocionó la barca lo interrumpió.

Ata echó una mirada por encima de la borda.

La subida del río —dijo—. Es la onda que pasa. El Nilo nos ayuda tambien en nuestra empresa.

LA CRECIDA DEL NILO

El Nilo, ese gran río que es el desague de los grandes lagos ecuatoriales, al igual que el Ganges, gozó antiguamente de fauna divina. Para los súbditos de los Faraones no descendía de los lagos del interior del Continente Negro, sino directamente del cielo; y no estaban equivocados en adorarlo, porque, sin el río, Egipto no hubiera existido nunca.

***Egipto es un don del Nilo* —dejó escrito Herodoto—. Y en efecto lo ha creado todo: el suelo y sus productos, trabajo para los hombres, su caracter nacional, sus instituciones políticas y sociales. Sin aquel beneficioso río, los Faraones no hubieran reinado ciertamente y su gran civilización no hubiera existido nunca, porque ningún pueblo habria podido vivir sobre aquel suelo arenoso, caldeado por los concentrados rayos del sol y en consecuencia totlamente estéril. Han sido las aguas del Nilo las que han conquistado Egipto, que no es otra cosa en realidad que un oasis de algo más de doscientas leguas que en algunos sitios tiene una anchura de una y que solo en su bajo curso lo alcanzan los vientos. Solo el delta tiene grandes proporciones, formando un inmenso triángulo fangoso, de una fertilidad extraordinaria e incluso él es una conquista del Nilo, y no ya sobre las arenas del desierto sino sobre el mar, al que ha obligado a retirarse poco a poco ante las enormes masas de tierra que a lo largo de centenares y centenares de siglos ha ido arrastrando desde las misteriosas regiones del Africa central. A donde no llegan las aguas de aquel río es al desierto. En efecto, aquella larga y estrecha franja de tierra fértil confina a diestra y siniestra, o sea a poniente y levante, con las arenas. La fertilidad de aquella estrecha faja se debe totalmente a las periódicas crecidas de aquella gigantesca arteria fluvial.**

A principio del solsticio de verano, el Nilo con una precisión matemática empieza a engrosarse a causa de las grandes lluvias ecuatoriales y sigue aumentando día a día, sin exageración y con método, hasta alcanzar su máxima plenitud en el equinoccio de otoño. Todas las tierras bajas llegan a inundarse y las más altas, que están a lo largo de las márgenes, debido a la filtración se tornan blandas y fangosas. Sobre aquellas tierras el beneficioso río deposita anualmente un limo recioso, arrancado a las tierras vírgenes del interior, que sirve de abono a los campos.

Es como una mina inagotable de tierra fertilísima, mejor que la abastecida con guano, lo que el pródigo río regala gratuitamente a sus fieles adoradores.

Pasado el equinoccio, las aguas se retiran poco a poco y sobre aquella tierra negruzca, todavía blanda y húmeda, el egipcio echa sus semillas, que se desarrollan más adelante sin necesidad de ningún cuidado. Ciertamente el trabajo agrícola no es necesario; el campesino egipcio no necesita ganar su cosecha con el propio sudor, como ocurre en nuestros campos. La semilla, arrojada en la superficie del suelo, se hunde en aquella tierra saturada de agua, el calor solar la desarrolla y solo resta a aquellos afortunados *fellah* esperar a que maduren las mieses que proporcionan casi siempre cosechas fabulosas. No se crea sin embargo que el Nilo sea un río distinto a los otros, a pesar del origen divino a él atribuido por los eantiguos egipcios, para

quienes era el dios Hapi y para quienes tenía tal veneración sus aguas que condenaban a muerte a todo aquel qe se permitiea profanarlo arrojando a él un cadáver.

No todas las crecidas ocurren regularmente ni siempre son tan abundantes. Algunos años su corriente se torna impetuosa, amenazando con grandes desastres y en ocasiones es tan escasa que no llega a bañar todos los terrenos destinados a los cutivos. Sin embargo la mano del hombre ha intentado poner remedio a uno y otro peligro y los Faraones fueron los primero, que pese a la falta de medios poderosos, realizaron acá y allá obras impresionantes, que no han logrado destruir los siglos, tales como diques, canales para conducir las aguas con una cierta regularidad a todas las provincias, grandiosos embalses artificiales para guardarlas cuando resultaba demasiado abundante y activar el sistema de irrigaciones para las tierras elevadas. Gracias a aquellas obras, los Faraones protegieron su reino contra la invasión de las arenas que la cercaban, conservando los futuros egipcios la fertilidad de las tierras, sin lo cual no habrían podido subsistir.

La barca de Ata, después que la primera oleada pasara ancha y espumante, resonando ruidosamente entre ambas orillas, reemprendió su lenta marcha, puesto que, sgún se ha dicho, la crecida no se manifiesta ni de pronto, ni impetuosamente.

Las aguas del río, que antes eran límpidas, comenzaron a tornarse verduzcas y a enturbiarse. Dentro de algunos días deberían tornarse teñidas y acabar siendo sanguinas.

A la sacudida que sufriera el velero, Mirinri se movió y luego se puso en pie, mirando a Ounis.

—No es nada —dijo el anciano—. Es la crecida que comienza.

—Nefer la había predicho —dijo el Hijo del Sol, que parecía que en aquel momento despertaba de un profundo sueño—. Nos llevará más de prisa a Menfis, ¿no es cierto, Ounis?

—¿Estás impaciente por ver la gran ciudad?

—Sí, bastante impaciente. ¿Qué es lo que he visto yo hasta ahora? Arena y pirámides, palmeras y cocodrilos y ni siquiera un átomo del esplendor al que tengo derecho.

—No hay que tener prisa, Mirinri. Debemos aguardar a que todo esté a punto para la reconquista, que va a poner en tu mano el reino más poderoso que existe sobre la tierra.

—La paciencia no está hecha para la juventud, especialmente cuando ésta siente correr por sus venas sangre de guerreros. ¿Y Nefer, dónde está?

—Estoy aquí, mi señor —respondió la doncella, que se había acercado silenciosamente.

—¿No cantaas hace poco?

—Si, mi señor.

—Creo haber soñado.

Nefer bajó la cabeza hermosa y sonrió tristemente.

—Mi voz no alegrará nunca el ánimo del Hijo del Sol —dijo con un tono lleno de dolor.

Mirinri no respondió. Miraba la orilla del río, sobre la que podían verse grandes *schadouf*, máquinas primitivas que servían para elevar y verter el agua en las tierras altas; eran movidas por un solo hombre y ante ellas abrevaban algunos bueyes.

—¿Lo ves, Nefer? —dijo indicando con la mano derecha algo indefinido—. Aquel día ponía así su presa la joven Faraona, que yo liberé de las fauces.

—¿Qué dices, señor?

—El cocodrilo; dentro de poco aquel ávido animal tendrá su presa. ¿Lo ves como aguarda sumergido?

Nefer se inclinó sobre la baranda. Un monstruoso reptil, de seis metros de largo, se iba abriendo paso suavemente entre los papiros y las largas hojas de las plantas de loto, que la crecida iba poco a poco cubriendo, dirigiéndose hacia la orilla, donde un enorme toro negro.

—¿Lo ves? —preguntó de nuevo el joven, que parecía interesarse vivamente por los movimientos del monstruo.

—Sí —respndió Nefer.

—Va a atacar al toro.

—¿Tú crees, mi señor?

—Y lo vencerá.

Nefer se mantuvo un momento silenciosa, después de pronto preguntó a bocajarro con un extraño acento e intencionada mirada:

—¿De las mandíbulas de uno de aquellos terribles *temsah* (cocodrilos) tú salvaste a la Faraona?

—Sí, —respondió Mirinri—. Y habría devorado ciertamente aquellas delicadas crnes, si yo no hubiese intervenido a tiempo.

—Pudiste morir, mi señor.

El joven encogió las espaldas.

—Un Hijo del Sol no muere tan fácilmente —añadió, casi con indiferencia—. Yo no he tenido nunca miedo a esos monstruos, lo mismo ue no he temido nunca a los leones.

—Así es que serias capaz de matarlo.

—Sí, si fuera necesario.

—¿Pero por qué expusiste tu vida por aquella mujer? ¿Por qué era una Faraona, tal vez? —preguntó Nefer con ahinco.

—Ignoraba que fuera una princesa. No lo supe hasta bastantes días después, cuando encontré entre la hierba de la orilla el símbolo del poder de la vida y la muerte que ella había perdido.

En los ojos de Nefer, negros y profundos, brilló un fulgor extraño.

—¡Ah! —murmuró.

—Míralo, Nefer —prosiguió Mirinri que no se había dado cuenta de la intensa agitación que se había apoderado de la hechicera—. ¿Ves cómo se mueve entre los papiros y las plantas de loto? No saca mas que la punta de su hocico. Un paso más y el toro caerá.

Nefer parecía no escucharle. Sus mirdas seguían atentamente al monstruoso cocodrilo, que seguía avanzando. De pronto subió a la baranda como si quisiera presenciar mejor el drama que iba a desencadenarse.

Al estar en aquel lugar la corriente casi detenida por un gran banco que corría paralelo al río, totalmente cubierto de plantas acuáticas, la pequeña nave había interrumpido su curso rozando su quilla entre los papiros que ocultaban el fondo. Todos los etiopes y también Ounis y Ata se habían colocado a lo largo de las barandillas, para observar los actos de gigantesco saurio. El toro, un espléndido animal de formas macizas, con largos cuernos retorcidos seguía bebiendo tranquilamente, metiendo casi todo su hocico en el agua, mientras que detrás suyo una media docena de vacas pastaban, sin que nadie lo distrajese.

De pronto un chillido ronco, salvaje, escapó de su cuello y se le vio como intentaba hacer un esfuerzo poderoso para irse atrás. Vano intento. El cocodrilo lo había sorprendido y le tenía asido por el morro, hincándole profundamente los primeros dientes y cortándoselo como una aserradora.

—¡Lo ha atenazado! —exclamaron los etíopes.

—Y está perdido —sentenció Mirinri.

—Porque no se le ofrece una presa mejor —murmuró Nefer con voz tenebrosa.

El toro oponía una resistencia desesperada, para no dejarse arrastrar hacia el agua y apuntaba fuerte sus patas, poniendo rígidos sus músculos, mientras el monstruo seguía tirando, hipnotizando a su enorme presa con sus ojos glaucos y sin expresión.

Para su mala suerte, la orilla saturada de agua por el comienzo de la crecida se había vuelto fangosa, por lo que cedía bajo las largas y pesadas pezuñas del pobre rumiante y, en los esfuerzos que hacía, sus patas se hundían cada vez mas con lo que se encontraba en la imposibilidad de echarse hacia atrás.

Dolorosos mugidos, sofocados, le salían de la boca, mientras que una baba sanguinolenta brotaba de sus narices, que el saurio continuaba atenazando ferozmente. Sus flancos poderosos se mantenían firmes y su cola movía el aire, mientras que sus ojos se dilataban, insuflando sangre y se hinchaban como si quisieran salir de sus órbitas. El cocodrilo permanecía inmóvil, mirando fijamente sin parar a la enorme presa. Estaba esperando que el toro, sofocado, cayese, para arrastrarlo hacia el río.

De pronto se oyó un ruido seguido de un grito de Ounis:

—¡Nefer se ha caído! ¡Tirad la piedra!

La hechicera, sea por haber perdido el equilibrio, sea porque le hubiese dado un desmayo, se había precipitado al Nilo, desapareciendo entre las aguas verduzcas que en aquel lugar debían ser bastante profundas.

El cocodrilo al oir aquel golpe que le anunciaba una nueva presa más fácil de conquistar, abrió las mandíbulas, dejando lire al toro y había dado rápidamente la vuelta, agitando furiosamente la cola.

Nefer, en aquel momento reaparecía en la superficie a pocos pasos del casco de la pequeña nave. Sus ligeros velos se hallaban extendidos en la corriente y sus ojos se habían fijado inmediatamente en Mirinri que de un solo movimiento ya estaba en la barandilla.

—¡Nefer! —gritó el joven—. ¡Un arma! ¡Un arma!

Un etíope pasaba en aquel momento junto a la barandilla para echar al agua la chalupa que se hallaba adosada a la popa. En lacintura llevaba un puñal de bronce de hoja larga y doble filo.

Quitárselo de un golpe y echarse de cabeza al río fue todo uno.

Un grito terrible escapó de los labios del viejo.

—¡Mi... desgraciado! ¿Qué haces?

—¡Pronto el bote! —gritó a su vez Ata, que estaba muy pálido—. ¡Salvemos al Hijo del Sol!

El cocodrilo, que ya había visto a Nefer, que se mantenía a flote agitando febrilmente las manos, se precipitaba con aquel ímpetu irresistible que caractriza a aquellas fieras.

Con unos pocos movimientos de cola había atravesado la masa de papiros y plantas de loto blanco y rojo y se dirigía a toda marcha hacia el delicado cuerpo humano que no podía oponer la tenaz resistencia del poderoso toro.

Ya había abierto las poderosas mandíbulas para partir en dos a la hechicera, cuando Mirinri emergió precisamente delante de él.

El valiente joven asía en su mano derecha un puñal. Con un golpe de los pies y sin preocuparse del grave peligro que lo amenazaba, se interpuso entre Nefer y el saurio y le propinó dos terribles tajos a través de las mandíbulas abiertas, cortándole hasta el cuello.

Presa de dolor, manando sangre por las dos enormes heridas, el saurio se contorsionaba terriblemente, dejando escapar una especie de aullido que semejaba el batir de un potente tambor fuertemente golpeado; batió su cola dos o tres veces precipitadamente, levantando verdaderas olas y huyó.

Mirinri había dado la vuelta y asió a la muchacha por el cuerpo, arrojando el cuchillo, que ya no le era necesario.

Nefer había perdido el conocimiento e iba a hundirse. El valeroso joven apenas tuvo tiempo de levantarle la cabeza fuera del agua.

Con un poderoso golpe de sus talones venció a la corriente que amenazaba con arrastrarlo y se puso a nadar vigorosamente hacia el pequeño velero, que iba lentamente a la deriva.

—¡Rápido, Mirinri! —gritó Ounis, mientras los etíopes calaban apresuradamente la chalupa.

—Voy —respondió sencillamente el héroe.

Había sujetado a Nefer fuertemente contra su pecho y luchaba poderosamente contra la corriente, que la crecida había acelerado. Los largos cabellos de la doncella se le enroscaron en el cuello, pero parecía que el Hijo del Sol no sintiese ninguna emoción.

Con dos brazadas llegó hasta la chalupa que avanzaba a toda prisa a fuerza de remos, confió Nefer a los etíopes, que la izaron a bordo, y despues sin necesidad de ayuda alguna, subió él a popa y se sentó en uno de los bancos.

Parecía que le turbaba una profunda preocupación.

—¿No está muerta, verdad? —preguntó Ata, que iba en la chalupa junto a los remeros.

—No, mi señor —respondió el egipcio que tenía entre sus brazos a Nefer—. Su corazón palpita y pronto volverá en sí. ¿Por qué has expuesto tu importate vida por esta hechicera? El cocodrilo era grande y fuerte y podía partirte en dos.

Mirinri encogió sus hombros y sonrió. Después tras un momento de silencio respondió:

—Un rey debe preocuparse por la salvación de sus súbditos, si es cierto que yo soy un Faraón.

—¿Es que lo dudas acaso? —dijo Ata, con un gesto de estupor.

—No —respondió Mirinri.

La chalupa había llegado ya junto al pequeño velero. El joven se asió a la cuerda que le habían echado y subió a bordo, donde Ounis los aguardaba presa de viva emoción.

—Eres el hijo del gran Teti —le dijo el anciano—. Tu padre habría hecho lo mismo. Antes un león, ahora un cocodrilo.

—No era el que perseguía a la Faraona —dijo Mirinri.

Después siguió hablando para sí:

—No, el cuerpo de esta muchcha no me ha causado el mismo temblor. Mi sangre se ha quedado muda.

EL TATUAJE DE NEFER

Los antiguos egipcios tenían en su mayor parte una verdadera veneración por aquel feo anfibio que representaba y representa aún hoy día la voracidad, la rapacidad y la destrucción; este culto era debido a que lo consideraban como un ser benéfico, al destruir los reptiles de pequeñas dimensiones.

Lo habían convertido incluso en una especie de semidios consagrándolo a Tifón, el genio que simbolizaba el mal, cuyo furor calmaban los cocodrilos.

En Heracleópolis la Grande, en Tebas, en Coptos, en Ombos, junto a la que se levantaba una ciudad llamada "la ciudad de los cocodrilos", se adoraban aquellos monstruosos animales y especialmente en Menfis, había una gran veneración por una especie de cocodrilo, tal vez hoy desaparecido, mucho menos voraz que el actual y al que los egipcios llamaban *serchus*.

Los sacerdotes de aquella ciudad tenían un gran número de ellos en fosos excavados expresamente, los domesticaban, los engalanaban con adornos preciosos, brazaletes, pendientes, collares e incluso ponían sore sus cabeza sombreros, ¿sería tal vez para protegerlos de los rayos demasiado intensos del sol? Además, en sus fiestas religiosas reservaban para esos repugnantes saurios el puesto de honor, y los devotos no dejaban pasar nunca el dia en que no se celebraba lafiesta de Tifón, sin acudir en masa a ofrecerles un gran número de alimentos denominados sagrados, e incluso vino. Parece que en aquella época no desdeñaban el jugo que nos legara Noé. A la muerte de aquellos reptiles, eran cuidadosamente embalsamados con sal y aceite de cedro y otras sustancias aromáticas y se colocaban en grandes urnas en torno a las cuales se trazaban círculos que más tarde se consagraban con un rito especial. En ciertas ciudades y sobre todo en Menfis, la adoración de los egipcios por aquellos devoradores de hombres había alcanzado el grado que si un pobre diablo moría víctima de la formidable dentadura de uno de aquellos saurios, lo mismo en tierra que en las aguas del Nilo, sus restos, si es que los hubiera, eran embalsamados y sepultados con grandes honores en las tumbas mas importantes de la ciduad de la que dependía el territorio en el cual había sido encontrada la víctima. Y si se trataba de un personaje de alta condición se le hacía un túmulo en el mismo lugar donde había sido muerto. Ningún pariente o amigo podía tocar aquel sepulcro, después que los sacerdotes hubieran trazado en su torno el círculo sagrado, porque el muerto era considerado como poseedor de una naturaleza superior a la de los demás mortales... simplemente por el hecho de que no hubiera sido tan ágil como para evitar, por piernas, ser medio devorado. Con este ejemplo puede juzgarse cuán grande fue el fanatismo y la supersitición de aquel pueblo antiguo, pese a lo cual llegó a alcanzar la cima de la civilización en los albores de la vida humna. Debe decirse, sin embargo, que no todos los egipcios consideraban al cocodrilo como un semidios, puesto que cada ciudad y cada provincia tenía su animal sagrado, que honraba a su manera, y ocurría con frecuencia que en una provincia limítrofe a aquella en la que se rendían fanáticos honores al cocodrilo, este culto fuese detestadocomo cosa abminable, lo que originaba divergencias que en ocasiones daban lugar a sangrientas represalias. Los

habitantes de Elefantina, por ejemplo, no veían en aquel animal más que un sucio reptil, enemigo del hombre, y en lugar de respetarlo lo cazaban asiduamente y no sentían escrúpulo alguno en comer de su carne, aún preocuparse en demasia de su sabor a musgo.

El pequeño velero, tras la heroica gesta del joven Faraón, reemprendió su curso, ayudado por una fresca brisa que soplaba del mediodía. El Nilo se iba hinchando rápidamente, cubriendo poco a poco los papiros que llenaban sus orillas y las altas hojas de las plantas de loto. Sus aguas iban perdiendo el tinte verduzco que se convertía en rojizo, como si hubieran vertido en ellas enormes cantidades de sangre. De cuando en cuando una ola enorme aparecía, alargándose con prolongado mugido y sacudiendo fuertemente al barco.

Mirinri, después de salvar a la hechicera, parecía haber caído de nuevo en sus fantasías, puesto que había ocupado otra vez su puesto en el sitio habitual, junto al borde de la cabina de popa, sobre una gran caja, como si el hecho extraordinario que había llevado a cabo y el peligro corrido hubiese sido un sencillo juego. Parecía que se hubiese olvidado por completo de Nefer, que a su vez había sido llevada a bordo sin sentido. Ounis y Ata se habían ocupado inmediatamente de la joven, a la que hicieron llevar al camarote de popa. Tal vez por la emoción sufrida o por el agua que había ingerido, la muchacha no había vuelto en sí, aunque Ounis se ocupó en seguida de ella para reactivar la respiración.

Estaba frotándole vigorosamente los miembros, cuando un grito escapó de la garganta del anciano.

—¡Es posible! ¿Acaso me he vuelto ciego? Mira también tú, Ata. Me resisto a creer a mis propios ojos.

La ligera tela de variado color que cubría el cuerpo de la joven se había desgarrado y sobre la bronceada y bien torneada espalda había visto el viejo sacerdote, con inmensa sorpresa, tatuada una serpiente pequeña con la cabeza de buitre en color azul.

Ata, el oír el grito del sacerdote, se había acercado rápidamente al lecho sobre el que yacía la doncella.

—¡El tatuaje del poder sobre la vida y la muerte! —dijo a su vez—. El símbolo de los Faraones, de los Hijos del Sol!

—¿Lo ves?

—Sí, Ounis.

Así pues, esta muchacha ha mentido al afirmar que era una princesa nubia. Solo los Faraones tienen derecho a llevar este tatuaje.

—Es cierto, Ounis —respondió Ata que miraba con creciente admiración aquella serpiente que destacaba vivamente en la paletilla derecha de la muchacha.

El viejo había cruzado sus brazos mirando a Ata.

—¿Qué dices tú?

—Que esta muchacha debe ser de sangre real —respondió Ata—. El símbolo lo demuestra claramente. Nadie se atrevería a llevar semejante tatuaje si no tuviese derecho a ello. La muerte, y de modo horrible, se aplicaría a aquel que hiciese tatuar en sus propias carnes tal señal y tú, Ounis, lo sabes mejor que yo, tú que...

—¡Calla! —cortó el anciano, interrumpiéndole secamente.

Estaba pensativo y miraba intensamente a Nefer, que si bien estaba sin sentido, ya respiraba de modo normal.

—Tal vez sea la Faraona que Mirinri salvó? ¿Pero cómo va vestida así?

—La habría reconocido —replicó Ata.

—Tú que has vivido en la corte de Pepi, ¿sabes cuántas hijas tiene?

—Una sola: Nitokri.

—¿Ninguna otra?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí, Ounis.

—Y... ¿la otra?

—¿La tuya?

—Calla, Ata. —respondió el anciano con voz trémula—. ¿Dónde estará? ¿No se ha sabido nunca de ella?

—Desapareció, tal vez muerta por Pepi.

Una desesperación extrema había alterado el rostro del anciano, pero duró lo que un relámpago.

—Un día Pepi me dará cuenta de todo ello —dijo con voz profunda y como hablando para sí.

Sus ojos se fijaron nuevamente en Nefer, de modo especial sobre el *ureo*, el símbolo faraonico que seguía todavía descubierto.

—Sí —respondió tras unos instantes de silencio—. Esta muchaha no puede ser más que una Faraona, a la que tal vez Pepi por alguna razón ha mantenido alejada de la corte y que no ha dado a conocer a nadie. A lo mejor su madre fue hebrea.

—A mí se me ha ocurrido la misma sospecha, Ounis —replicó Ata.

—O caldea.

—También puede ser.

—Déjame solo, Ata, y que nadie entre. Nefer va a volver en sí.

En efecto la muchacha acababa de hacer un gesto con la mano derecha, como para alejar algo, luego un profundo suspiro brotó de sus labios.

Ata, salió inmediatamente, cerrando la puerta tras de sí.

El anciano continuaba mirando fijamente a Nefer. Parecía que intentaba descubrir sobre el hermoso rostro de la joven alguna señal, algún detalle, pero sin lograr su intento porque de cuando en cuando movía su cabeza con impaciencia o cólera y murmuraba:

—Ha transcurrido tanto tiempo.

De pronto Nefer hizo un movimiento y salió de sus labios débilmente, como un susurro, un nombre:

—Mirinri.

Ounis arrugó su frente, pero pronto se serenó.

—Lo ama —murmuró—. También ésta es una Faraona pero es menos enemiga que la otra. Si consiguiera hacer brecha en el corazón de Mirinri y hacerle olvidar a la otra sería una suerte. ¡Ojalá!

Tomó a la muchacha de la mano y la movió dulcemente diciéndole:

—Nefer, abre los ojos. Debo hablarte.

La muchacha tardó cierto tiempo en obedecer, luego sus párpados se abrieron lentamente y sus ojos muy negros, animados siempre por aquella intensa mirada, se posaron sobre Ounis.

—Tú, mi señor —dijo.

Después, como si hubiese recuperado de pronto sus fuerzas se levantó, se sentó cubriéndose la espalda en la que estaba tatuado el símbolo de la vida y la muerte y preguntó con angustia:

—¿Y Mirinri?

—No temas por él —replicó Ounis—. El Hijo del Sol no se deja devorar por los cocodrilos.

—No le veo aquí.

—Está en cubierta.

Una profunda expresión de dolor alteró durante unos instantes el rostro de la hechicera.

—Piensa continuamente en la otra —murmuró.

—¿Te has caído o te has echado al agua, Nefer? —preguntó Ounis a bocajarro.

—¿Por qué me pregunta eso, mi señor? —preguntó la muchacha sobresaltada.

—Porque en aquel momento la embarcación estaba casi quieta y la ola había ya pasado. Una danzarina, que parece tenga que poseer la ligereza y la agilidad de un gavilán, no puede perder pie. Tú no te has caído, te has tirado el agua.

Nefer lo miró sin responder, pero tenía un aspecto embarazado que no escapó a la indagadora mirada del anciano sacerdote.

—Has querido probar si Mirinri te amaba, ¿verdad? —inquirió Ounis—. Querías asegurarte de si haría por ti, lo que hizo por la joven Faraona.

Nefer inclinó la cabeza, pero siguió muda.

—He sorprendido tu secreto, muchacha, tú le amas.

La hechicera negó con la cabeza; Ounis la detuvo con una señal.

—Te has traicionado —dijo—. La primera palabra que ha salido de tus labios apenas has vuelto en ti ha sido el nombre del Hijo del Sol. ¿Ademas por qué no puedes tú amarlo? Tú también eres una Faraona.

—¡Yo! —exclamó Nefer mientras un destello de alegría infinita le brillaba en los ojos—. ¡Es imposible! Tú te has equivocado o te han engañado. Yo soy un etíope y no una egipcia.

—He descubierto en tu hombro hace poco el símbolo que solo los Faraones tienen derecho a llevar. ¿Quién te ha hecho pues ese tatuaje?

—No lo sé, mi señor —respondió Nefer—. Sé que tengo una señal en mi hombro, pero nunca he sabido lo que significa, ni quien me lo hizo. Seguro que fue siendo todavía niña, cuando me lo tatuaron.

—Representa el *ureo*, el distintivo de la realeza de los Faraones.

—¿Yo una Faraona? —repuso por segunda vez la muchacha—. No, es imposible.

—Hurga en tu memoria e intenta desvelar lejanos recuerdos. ¿Tú no has conocido a tu padre?

—Tal vez, pero cuando murió en lucha con los egipcios debía ser yo muy pequeña.

—¿Y a tu madre, sí?

—Ya te lo dije. Tenía fama de ser una gran adivina.

—¿Era blanca o morena?

—Morena, muy morena; era el verdadero tipo de las mujeres del Alto Nilo.

—¿Hermosa?

—Sí, muy hermosa.

—¿Cuándo murió?

—Yo era todavía muy joven cuando fue devorada por un cocodrilo cerca de la segunda catarata.

—¿Fue sola hacia el Bajo Egipto?

—No, juntamente con un hombre que supe después que era un gran sacerdote.

—¿Quién era?

Nefer sintió gran excitación, luego respondió:

—No lo sé.

—¿Dónde te dejó?

—En la orilla de la isla donde se levanta el templo de Kantatek.

—¿Y no lo has vuelto a ver?

—No, nunca —replicó la joven tras una nueva excitación.

—¿No recuerdas nada de tu primera infancia?

Nefer pareció concentrarse y haer un esfuerzo enorme, luego dijo con voz lenta.

—En alguns momentos, cuando mi mente recorre el pasado, me parece ver salas inmensas lujosamente amuebladas, templos grandiosos llenos de ídolos, donde legiones de sacerdotes y de danzarines hacían sonar los sistros sagrados; piramides inmensas y obeliscos colosales y luego un gran río cubierto de barcas doradas. Me parece ver ademas soldados y esclavos arrodillados ante un hombresentado en un trono de oro, rodeado de grandes abanidos de avestruz con mango larguísimo. Pero hay en mi cerebro una niebla que no puedo disipar. ¿Es sueño o realidad? No lo sé.

—Intenta recordar al homre que se sentaba en aquel trono —dijo Ounis.

—Es imposible, mi señor. Cuando lo intento me parece ue un espeso velo se sitúa entre él y yo y lo esconde.

—Sin embargo, no desespero de lograr hacértelo recordar un día.

—¿Por qué te interesa tanto aquel hombre? —preguntó Nefer con cierta desconfianza.

Esta vez fue Ounis quien no respondió. Permaneció quieto durante unos instantes y luego salió del camarote y subió a cubierta, muy pensativo.

Nefer bajó del lecho y lo siguió silenciosamente.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Ata, cuando vio aparecer a Ounis.

—No he logrado saber nada —respondió el anciano—. Sin embargo hay en mi una terrible duda.

—¿Cuál?

—Que Sahur no haya muerto.

—Tú...

—La hija de Teti —dijo Ounis, precipitadamente.

—Sin embargo, yo no he encontrado rastro de ella en la corte de Pepi, ni en Menfis. Estoy seguro de que la ahogaron en el Nilo.

Un supremo dolor alteró el rostro de Ounis.

—Algún día lo sabremos —dijo con voz profunda.

Se había vuelto bruscamente. Nefer avanzaba lentamente acercándose a Mirinri, que estaba apoyado en la baranda de bordo mirando las aguas que murmuraban entre los papiros y que comenzaban ya a cubrir las orillas bajas.

—Te debo la vida, mi señor —dijo la muchacha tocándolo levemente sobre la espalda.

—¡Ah! ¿Eres tú, Nefer? —respondió el joven—. ¿Todavía estás mojada?

—Ya se encargará el sol de secarme.

—¿Sabes que maté al cocodrilo que te quería devorar? Las heridas que yo doy, no sanan.

—Eres muy valiente.

—Mi padre era un gran guerero —respondió Mirinri sin volverse.

—A pesar detodo, no creo que te tirases al agua para salvarme.

—¿Por qué?

—Yo no soy aquella Faraona, soy otra, pero Faraona también—. Mirinri se volvió vivamente, mirándola con profunda sorpresa.

—¿Qué dices? —preguntó, arrugando la frente.

—Llevo tatuado en mi piel el *ureo*.

—¡Tú! —repitió.

—¡Yo!

Mirinri con un gesto rápido se rasgó la ligera túnica que se cubría la espalda, mostrando desnudo su hermoso torso.

—Mira aquí, Nefer —dijo.

—Ya lo veo, el símbolo del poder.

—¿Es igual que el tuyo?

—Sí.

—Así, pues, ¿quién eres tú? —gritó Mirinri.

—Ya te lo dije: una Faraona, pero no aquella que salvaste antes que a mí —respondió Nefer, con sutil ironía.

—Tú dijiste que eras una princesa etíope.

—Yo ignoraba lo que quería decir este tatuaje.

—¿Quién te lo ha explicado?

—Yo —dijo Ounis—, que se había detenido a breves pasos.

—Tú no puedes engañarte —dijo Mirinri.

Después, mirando a Nefer le dijo:

—Bien, si somos ambos Hijos del Sol, seremos como hermana y hermano.

Nefer no respondió. Bajó solo su cabeza y aquella inmensa sombra de tristeza que ya había notado el anciano sacerdote, reapareció sobre su semblante.

En aquel momento se oyó gritar a Ata:

—Ahí está la fortaleza de Abon y comida para los cocodrilos. Abrid bien los ojos y estad en guardia. Tal vez allí se oculta un gran peligro.

LA ISLA DE LAS SOMBRAS

Todos se volvieron mirando hacia la margen izquierda, donde, sobre un ltozano, se levantaba una construcción de formas macizas, formada por bastantes torres de paredes lisas y con sus cúpulas erizadas con toscas almenas, todo ello encerrado por gruesas mralas que parecían bastiones.

Los egipcios de aquellas remotas épocas habían cuidado mucho las construcciones de sus gigantescos monumentos, pero no descuidaban sus fortificaciones, aunque ninguna de ellas hubiese dado pruebas de resistir largamente los ataques de los invasores, que se lanzaron sobre Egipto durante las últimas dinastías.

En esto eran muy inferiores a los incas del Perú y a los aztecas de Méjico, aunque llegaron a construir bastantes, incluso formidables, especialmente en Abydos, donde subsisten todavía muchos restos con varias troneras, puertas abiertas a grandes trechos que proporcionaban accesos a tortuosos corredores construidos en el grueso de las paredes, llenos de trampas para el enemigo que conseguía penetrar en su interior.

Pero no era de esas caracteristicas el edificio que había atraido las miradas de Mirinri y de sus compañeros. Eran dos o trescientas antenas, alineadas a lo largo de la orilla del rio, precisamente delante de la fortaleza, en cada una de las cuales colgaba el cadáver de un ser humano con la piel casi negra. Aquellos desgraciados tenían la punta del palo hundida en el pecho y sus brazos y piernas colgaban inertes, ya medio descarnados por el pico de los gavilanes que revoloteaban alrededor en gran numero.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Mirinri que no pudo ocultar un escalofrío de terror.

—Son prisioneros de guerra que han tenido la desgracia de caer vivos en manos de los soldados de Pepi —respondió el egipcio.

—¿Y es así como los matan?

—A veces les cortan las manos, pra que ya nunca más puedan empuñar un arma —le dijo Ounis.

—Tal vez esos hombres hayan combatido valerosamente en defensa de su propio país —dijo Mirinri como hablando para sí—. ¿Es ésta la civilización egipcia? Cuando yo suba al trono no se cometerán estas infamias.

—Tú eres de corazón noble y generoso —dijo Nefer, mirándolo con admiración.

—¿Y aquellos quiénes son? —preguntó el joven, que observaba atentamente la fortaleza.

—Parecen soldados —contestó Ata, frunciendo el ceño—. Veo barcas escondidas más allá del altozano. No desearía que nos vinieran a hacer una visita.

Dos escuadrones de hombres que llevaban en torno a su cintura calzones de gruesa tela con un pequeño delantal de cuero que llegaba hasta la rodillas, con su pecho envuelto en gruesas cintas para defenderse de los golpes de pica y con amplios gorros sobre la cabeza, de anchas franjas, bahaban aproximándose a la orilla.

Todos ellos llevaban escudos de piel, rectos por abajo y semicirculares por arriba, tridentes y una especie de segur con el mango muy largo, además de dagas con la hoja larga y pesada.

—¿Les dejas acercarse? —preguntó Ounis, que parecía inquieto.

—Son solo unos cuarenta —respondió Ata—. Mis etiopes fácilmente darán cuenta de ellos, si quieren detenernos.

—Tal vez hayan sido advertidos que yo estoy en esta barca —comentó Mirinri.

—No lo sé, mi señor; pero se diría que en torno a nosotros se aloja la traición. Sin embargo yo estoy seguro de mis hombres como de mi mismo.

—A lo mejor son simples suposiciones —dijo Ounis—. Solo lo sabemos nosotros y tenemos mucho inter´res en mantenerlo en secreto.

—Sin embargo vienen: mira, ¿No ves, Ounis, que están embarcando?

—Dejémosles venir y preparémonos a atacarles, Ata —dijo Mirinri que conservaba su calma habitual—. No se conquista un reino dejando la espada en la vaina.

Los dos escuadrones habían desaparecido por unso momentos detrás de un grupo de enormes palmeras, pero después reaparecieron a bordo de dos embarcaciones que no se parecían en absoluto a la de Ata, que era un verdadero velero que los mismos fenicios, aquellos intrépidosnavegantes del Mediterráneo, grandes comerciantes y a la vez grandes piratas, le habrían envididado. Eran barcas deforma maciza, que terminaban tanto en la proa como en la popa con dos puntas muy altas, casi en forma de media "S", con un castillo que ocupaba casi toda la eslora y en cuya cima se habían colocado algunos guerreros armados de arcos. Los demás se habían situado a ambos lados y se ocupaban de remar. Aunque la corriente hubiese aumentado de velocidad, las pesadas embarcaciones no tardaron en llegar a ladistancia desde donde se podía oír la voz, puesto que el viento había amainado.

—¡Ohé! —gritó uno de los dos comandantes de las escuadras—. Que Hathor os proteja y que Tifón mantenga siempre por lejos de vosotros a los *temsah* (cocodrilos); pero decidme quiénes sois y a dónde vais.

—Traficantes que se dirigen a Denderah —respondió Ata mientras que sus etíopes se agachaban silenciosamente detrás de las barandas, para estar preparados e impedir un abordaje—. ¿Qué queréis de nosotros?

—Quiero preguntarte si tienes un escriba a bordo.

—¿Para qué?

—Tenemos que cortar cuatrocientas manos y no hay entre nosotros uno que pueda tomar la relación de los hombres destinados al suplicio y enviar una lista al rey.

—¿Quiénes son esos?

—Unos nubios que ayer hicimos prisioneros. Ya habráis visto un buen número empalados en la orilla, pero todavía nos quedan trescientos —respondió el comandante de la tropa— y deben seguir también la ley de la guerra.

En aquel momento, detras de la espesa línea de palmeras que flanqueaba la orilla se oyeron gritos espantosos, que parecían proceder no de seres humanos sino de fieras furiosas. Era un coro infernal de aullidos, rugidos, de estertores que helaban la sangre. Mirinri a riesgo de comprometerse, se levantó de detrás de su refugio, con la daga en la mano, gritando con voz amenazadora.

—¿Qué hacen allí?

—Arrancan la piel del pecho a los que no sufrirán la mutilación de las manos —repuso el comandante.

—¡Vosotros no sois guerreros, sois viles chacales! —tronó el joven.

Los soldados que iban en las dos embarcaciones, extrañados ante aquel lenguaje, que antes nunca habían oído, se miraban unos a otros.

—Joven, ¿en nombre de quién hablas? —preguntó el comandante.

—Si te atreves, sube a mi barca y ven a ver el símbolo de la vida y la muerte que tengo tatuado en mi espalda, pero cuando lo hayas visto, te echaré al río como pasto de los cocodrilos y acabaré con tus hombres.

—¡Imprudente! —dijo Ata—. ¿Que has hecho, mi señor? Mirirnri no lo escuchaba.

—¡Al ataque, amigos! —gritó volviéndose hacia los etíopes.

Los treinta remeros se levantaron como un solo hombre detrás de la baranda, con los arcos preparados, dispuestos a hacer llover sobre las dos chalupas una tempestad de

dardos. El atrevido acto del futuro rey así como la actitud decidida y el número de los etíopes, pareció calmar el humor belicoso del comandante y de sus hombres. La posibilidad de que fuese un verdadero príncipe, en viaje de incógnito, le decidió a volver apresuradamente hacia el castillo, sin atreverse a lanzar una sola flecha.

—Sigamos también nostros su ejemplo —dijo Ata—. Tú, señor, has cometido una grave imprudencia. Ignoramoss cuántos hombres hay en aquella fortaeza y de cuántas barcas pueden disponer.

—Que vengan —respondió sencillamente Mirinri—. Bastará con mostrarles el *ureo* que tengo tatuado en la espalda, si es cierto que esa serpiente con la cabeza de buitre es el emblema de oder supremo. ¿No es cierto, Ounis?

—Tú serás un día un gran rey —se limitó a responder el anciano—. Tu padre habría hecho lo mismo y también él era un gran soberano.

—Si es que puedo sentarme en el trono de mis abuelos... —respondió Mirinri sonriendo.

—Te he mostrado el astro que hace brillar su larga cola y ello era un buen presagio que anunciaba un cambio próximo en la dinastía reinante.

—Ya veremos; confío en el futuro.

Volvió a tomar el sitio de costumbre, sentándose ante la pequeña cámara; Nefer se había situado a escasa distancia suya y parecía ocupada en mirar la margen del majestuoso río, cubierto de palmeras gigantescas *dum*, cuyas raices ya se sumergían en el agua. El Nilo continuaba aumentando de caudal, invadiendo poco a poco los campos, donde ya no se encontraba ni grano, ni cebada, ni lino. Donde hallaba un obstáculo, la corriente irrumpía con grandes mugidos y se dispersaba a través de las tierras con increíble rapidez, fertilizándolas con su precioso limo. Entre los animales acogidos entre las matas había en aquel momento una enorme desbandada general y se podía ver a través de los surcos a grupos de gacelas de velocidad prodigiosa, bandas de antílopes de delicados y largos cuernos y a varios chacales gritando, mientras que por el aire se alzaban incontables bandadas de ibis blancos y negros, pájaros y ánades. La barca, que tenía el viento a su favor, iba muy rápida, manteniéndose siempre hacia la margen izquierda, en cuyas alturas aparecían de cuando en cuando impresionantes ruinas, que parecían de antiguos templos o de fortalezas derruidas, tal vez restos de ciudades destruidas por los Faraones de las primeras dinastías, que habían llevado sus armas muy lejos del delta, expulsando poco a poco a los pueblos nubios que lo ocupaban.

También aquel díatranscurrió, sin que apareciese en la inmensidad del agua, que iba alargándose continuamente, el obelisco que indicaría la isla misteriosa. A las preguntas que Ounis y Ata habían hecho a Nefer, ella simplemente había respondido:

—Aguardad: el Nilo no ha alcanzado su gran crecida.

Transcurrieron otros dos días. Las orillas habían desaparecido. El Nilo parecía haberse convertido en un gran lago con aguas muy turbias, casi rojizas.

Hacia el atardecer del cuarto día, Ata señaló cuatro grandes puntos negros, que sobresalían de la corriente, manteniéndose muy unidos, a corta distancia uno del otro.

Casi en el mismo instante Nefer gritó:

—¡El obelisco se perfila ante nosotros; la isla de Kantapek es aquella!

Mirinri y Ounis se volvieron, mirando en la dirección que la muchacha indicaba con el brazo extendido. Sobre la superficie de las aguas, que el sol hacía vrillar vivamente, dándole un fulgor rojizo, se distinguía a gran distancia una línea alta y oscura que destacaba netamente sobre el luminoso y puro horizonte.

—¿Lo ves, mi señor? —preguntó Nefer al joven Faraón, con un extraño tono de voz.

—Sí —respondió Mirinri.

Luego la miró, añadiendo:

—¿Qué es lo que tienes, Nefer? Pareces conmovida.

La muchacha volvió la cabeza hacia otra parte, como para escapar a la mirada del joven; luego respondió:

—No te engañas, mi señor.

Ata, en aquel momento intervino, demostrando una extrema aprensión.

—Te advertí, mi señor, que habías cometido una grave imprudencia —dijo volviéndose hacia Mirinri.

—¿Por qué?

—Cuatro grandes barcas descienden por el río y me da la impresión que vienen a por nosotros.

—¿Estan armados? —preguntó Ounis preocupado.

—Estoy seguro.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mirinri.

—Por la altura de su mástil y la superficie de sus velas.

—¿Están tripulados por aquellos soldados que martirizaban a los prisioneros de guerra?

—Eso es lo que sospecho.

—¿Qué puedes temer ahora que la isla de Kantapek está a la vista? —dijo Nefer, interviniendo—. ¿Qué egipcio se atrevería a acercarse a aquellas costas, donde creen que las almas de los reyes nubios andan errantes para vengar su raza destruida por los primeros Faraones? Está allí, ante nosotros, dispuesta a ofrecernos refugio y nadie se atreverá a seguirnos hasta el gigantesco obelisco.

—Y encontraremos tambien allí otros enemigos más peligrosos —dijeron Ounis y Ata.

—De la misma manera que he conjurado a las aves incendiarias, conjuraré a los espíritus de los reyes nubios —respondió la muchacha—. ¿Acaso no soy una hechicera? Con mi invocación los obligaré a entrar de nuevo en sus sarcófagos donde duermen desde siglos.

—¿Estás segura de tu poder? —preguntó Ounis.

—Sí, mi señor, y si quieres te daré una prueba desembarcando yo primero sola en aquella isla, ya que es preciso que mis encantamientos, para que tengan poder, sean recitados en medio de los árbolesque cubren la isla.

—Y tú, muchacha, ¿te atreverías a tanto? —preguntó Mirinri que no podía por menos de admirar tal audacia.

—Sí, con tal de salvar a mi futuro rey —respondió Nefer.

—A la isla y sin perder tiempo —ordenó Ata—. Aquellas barcas se dirigen hacia nosotros. ¿Hay en aquella costa una calaque sea lo suficientemente grande para anclar nuestra embarcación?

—Sí, delante del obelisco.

Ata corrió hacia popa y empuñó el largo remo que en aquella época servía de timon, mientras que Mirinri y Ounis iban a proa para sondear el fondo del río. Al ser la corriente muy rápida, no reteniéndola las masas vegetales de papiros ya totalmente desaparecidas bajo la crecida, el pequeño velero avanzaba veloz, mientras que las cuatro barcas parecían no tener ninguna prisa por acercarse a la isla, que comenzaba a delimitarse claramente. El obelisco se engrandecía a ojos vistas, agigantándose en el horizonte que los últimos rayos de sol teñían de un rojo ardiente y que mandaba

reflejos deslumbradores como si fuese totalmente de oro o se hallara cubierto por algún otro metal resplandesciente.

—¿Quién lo construyó? —preguntó Mirinri a Nefer, que lo contemplaba atentamente.

—No lo sé, mi señor .respondió la joven, casi distraidamente.

—Se diría que es totalmente de oro.

—No es más que dorado; por lo menos, así me lo dijeron.

—¿Y que las fabulosas riquezas de los reyes nubios están escondidas allí?

—No —respondió secamente Nefer—. Yo sé dónde se encuentran.

—¿Y hay sacerdotes que guardan los tesoros?

—También los conjuraré, si es que todavía están; pero creo que mi prometido confundió las sombras con seres vivientes.

—No le hbrían cegado.

Nefer no respondió. Parecía preocupada e inquieta. Incluso un temblor nervioso agitaba fuertemente sus brazos, y sus ojos intentaban no encontrarse ya con los del Hijo del Sol. Con un par de tirones soplando la brisa bastante fuerte, la barca llegó a la isla, refugiándose en una pequeña cala, cuyas orillas estaban cubiertas por inmensas palmeras y en un extremo se alzaba el anorme obelisco, que levantaba su vértice a más de cuarenta metros de altura.

LOS CONJUROS DE NEFER

El hombre moderno que, en la actualidad, visita los lugares donde la antigua civilización egipcia erigió monumentos grandiosos, que resistieron durante cincuenta o sesenta siglos a la erosión, a las arenas del desierto, a las crecidas del Nilo, a los ataques de los caldeos, de los asirios y de los persas que penetraron en el gran valle del Nilo abatiendo Menfis y Tebas, dos ciudades colosales y maravillosas que el mundo antiguo envidiaba a las dinastías faraónicas, si se siente maravillado ante la grandiosidad de las pirámides que encierran momificados los cuerpos de los antiguos reyes, queda todavía mayormente impresionado ante los escasos, pero imponentes obeliscos que yerguen todavía de modo maravilloso sus vértices hacia el cielo ardiente. Una pregunta salta en seguida a los labios de quien se detiene ante aquellos enormes bloques de granito elevados atreinta o cuarenta metros: ¿qué medios emplearon los antiguos egipcios para elevar a tal altura aquellos bloques macizos? ¿Que esfuerzos prodigiosos han sido necesarios para lograrlo? La misma pregunta ha inquietado durantee siglos a los egiptólogos y, solo desde hace poco, tras larguísimas investigaciones, han conseguido descubrir el ingenioso medio a que recurrieron aquellos celebres constructores. La mano de obra no faltaba en Egipto, es más no costaba casi nada al gobierno. Cuando un rey quería hacerse construir una pirámide, un obelisco o un templo, hacia despoblar de raiz una provincia entera, cuyos habitantes, artesanos, operarios, agricultores y cualquiera que fuese su profesión eran reclutados bajo la dirección de los arquitectos reales. Los ancianos y los niños tambien eran inscritos y ocupados en las labores menos pesadas, como la preparación de la cal y el transporte de los escombros. Cuando la primera masa de esclavos estaba agotada o diezmada por la debilidad o por el agobiante clima, se la reexpedía a su tierra y se reclutaban los habitantes de otra provincia. Los Faraones no concedían a aquellos desgraciados mas que la alimentación, muy escasa por cierto.

Las gigantescas construcciones de Egipto, pirámides, canales, embalses, diques, subterráneos y templos, fueron construidos por ese sistema y solo en épocas mas tardías los trabajadores fueron substituidos por prisioneros de guerra.

Como se ve no faltaba la mano de obra; eran los medios poderosos los que escaseaban, puesto que los egipcios no disponían de ninguna máquina apta para levantar aquellos enormes bloques a no ser los brazos del hombre, que si bien abundantes, no podían mas que arrastrar. ¿Cómo lograron levantar aquellos obeliscos, que causan todavía hoy la admiración de arquitectos e ingenieros modernos? De un modo curiosísimo que solo la mente ingeniosa de aquellos hombres extraordinarios podía imaginar. Faltos de maquinaria, se servían de un plano inclinado que comenzaba a bastantes metros de distancia del lugar donde debía alzarse el belisco y que se extendía además un par de kilómetros con una pendiente muy suave. En su parte alta construían un muro también inclinado y algo más alto que el obelisco y desde su cima formaban un andamio de gruesos troncos de árbol profundamente fijos ya que debía soportar el peso entero de la inmensa columna. Después de haber marcado sobre el basamento el sitio preciso, llenaban de arena el

espacio comprendido entre el muro inclinado y los troncos, con lo que bastabansolo unos pocos hombres para hacer subir la rampa al obelisco, disponiéndolo con la base delante, sobre rodillos de madera durísima que hacían rodar sobre una tabla portátil. Cuando la base había rebasado el canto del muro en casi un tercio de longitud, los obreros, colocados sobre pilastras, con la ayuda de cuerdas muy fuertes hacian girar el obelisco como un torno dentro del andamio del declive, guiándolo entre dos hileras de troncos dispuetos en forma de guías. La bajada de la enorme masa la realizaban mas lentamente, sacando poco a poco la arena de alrededor de la base del obelisco hasta situarlo en el lugar preciso marcado en la base. Resultaba así fácil para aquellos infatigables trabajadores, dar al monolito la debida posición vertical, estableciendo un sencillo tablado entre la rampa y la pilastra.

Apenas echada la gruesa piedra que servía de ancha y arriadas las velas sobre el puente, Mirinri, Ata y Ounis se situaron en cubierta, interesados en asegurarse de la dirección tomada por las barcas pesadas, que sospechaban transportaban tropas del usurpador, encargadas de capturarlos antes de que pudiesen llegar a Menfis. Con no poca alegría las vieron dirigirse lentamente hacia la orilla opuesta y anclar allí sus piedras, como si sus tripulantes tuviesen la intención de pasar allí la noche.

—Tienen miedo —dijo Ata—. No se han atrevido a acercase a esta isla, pero temo que no nos dejaran tan fácilmente. Nefer ha tenido una buena idea al conducirnos aquí, con tal que los espiritus de los reyes nubios no nos den mas trabajo que el que podrían darnos aquellos guerreros. Yo temo mas a los muertos que a los vivos.

—Te he dicho que sabré aplacar sus almas y que los haré reingresar en el *serdab* del templo (corredor subterráneo donde se depositaban las momias).

—¿Qué poder sobrenatural es el que tienes, muchacha? —dijo Ounis.

—Fue mi madre la que me enseñó a aplacar los espíritus. Además, mi señor, yo te daré una prueba. Tiende una pasarela hasta la orilla y déjame bajar a tierra. Pronunciaré mi conjuro en medio del bosque.

—¡Tú sola! —contestó Nefer con voz tranquila.

—¿Y no tendrás miedo?

—¿De qué?

—¿No hay bestias salvajes en esta isla?

—No, que yo sepa.

—¿Has olvidado a los cocodrilos?

—No comparto tu confianza, Nefer. Deja que te acompañe. Mi daga es firme y te protegerá.

—El conjuro no tendría ninguna eficacia, ya que nadie debe asistir al rito que debo cumplir bajo los árboles.

—¿Qué rito?

—No te lo puedo decir, mi señor. Tenemos ciertas ceremonias que cumplir, que no las podemos revelar a nadie Déjame ir y no temas por mí. ¿Además, si me ocurriera alguna desgracia, que te importaría a ti? —dijo la joven con profunda amargura.

Mirinri, que comprendió a lo que aludía y con que fin actuaba la muchacha, creyó oportuno no responder, pero la miró con cierta ansiedad.

—Adiós, mi señor —prosiguió Nefer viendo que la pasarela había sido preparada—. Si tardo, no os inquietéis, porque el conjuro que he de pronunciar bajo los árboles, tal vez no sea suficiente, en cuyo caso me veré obligada a repetirlo delante del templo.

—Deja que te acompañe hasta la orilla —dijo Mirinri.

—Sea mi señor, pero no rebases la primera hilera de árboles.

Atravesaron juntos la pasarela, mientras que Ata y Ounis vigilaban ansiosamente las cuatro pesadas barcas, temiendo que preparasen alguna sorpresa aprovechando la oscuridad de la noche, y se detuvieron ante una verdadera muralla de verdor que parecía casi impenetrable.

—Allí está el paso —dijo Nefer, indicando al joven un pequeño claro abierto entre los arbustos y las palmeras *dum* que habían crecido en la orilla, ligadas entre sí por gigantescas ramas de plantas parasitas.

Nefer, se detuvo, haciendo una señal a Mirinri para que no diera un paso más. La extraña muchacha aparecía en aquel momento presa de una vivísima inquietud y sus ojos habían perdido en aquel instante todo su poderoso esplendor.

Un fuerte temblor hacia tintinear sus pulseras.

—¿Qué te pasa? —preguntó Mirinri, sorprendido por aquella imprevista conmoción que había mostrado de proeza.

—Nada, mi señor —respondió con voz sofocada.

—Tiemblas como si tuvieses frío.

—Tal vez sea la humedad de la noche la que me hace temblar así.

—También hay un ligero temblor en tu voz. ¿Tienes miedo? Aguarda a que salga el sol, para tu conjuro.

—Debo pronunciarlo con las tinieblas. Los espiritus solo salen de noche.

—¿Y tú crees que son realmente espíritus? Yo he visitado otras pirámides y nunca he visto salir de dentro de sus sarcófagos a aquellos que desde hace siglos duermen dentro. ¿Si en vez de esos fuesen seres vivientes?

—No, son sombras, mi señor.

—¿Estás decidida?

—Sí, mi señor. Si te quedas aquí oirás el canto de los muertos que yo proclamaré en medio del bosque.

La voz de Nefer, al principio tenebrosa, fue poco a poco reafirmándose; sin embargo, el temblor de su cuerpo no había cesado.

Permaneció durante unos momentos silenciosa, con la cabeza agachada; después se alejó bruscamente, diiendo:

—Adiós, mi señor, que Isis, Osiris y la vaca Hathor protejan al Hijo del Sol y que Apapa, la serpiente del genio el mal permanezca lejos de ti.

Nefer desapareció a través del claro abierto en la inmensa muralla de verdor. La muchacha caminaba rapidamente, como si ya otras veces hubiese atravesado el espeso follaje que cubría aquella isla, tendida en las aguas del majestuoso Nilo. Ni siquiera se giró para ver si Mirinri la seguía. Estaba segura de que el joven no se había movido de la orilla, porque, cosa extraña, los egipcios, al igual que todos los pueblos primitivos, si bien no tenían miedo de la muerte, sentían pavor ante los espíritus de los muertos. La muchacha, no obstante, no parecía tranquila. Es más, podría decirse qu un repentino acceso de desesperación o de cólera intensa había hecho presa en ella. Frases de desprecio salían de sus labios y sus dedos jugaban nerviosamente con sus vestidos, desgarrando la ligera tela.

—Malditos... —murmuraba apretando los dientes—. Lo quieren tener alejado... truncar el glorioso camino que debería conducirlo hacia eltrono del Sol... y yo no puedo hacer nada... Seducirlo.. dormirlo entre mis brazos... o los esplendores de la corte que yo apenas gusté en mi primera juventud o la muerte. ¿Por qué no elegir a otra en vez de a mí? Porque yo tambien soy una Faraona, pero ¿hija de quién? ¿Qué misterio reina sobre mi nacimiento? ¡Y aquel miserable sacerdote me tiene en sus manos!... ¿Podré tener éxito?... Ama demasiado a la otra y no ha comprendido que yo muero por él... que no soy más que suya... que daría mi vida por él y me atravesaría el río infernal que va a bañar los campos divinos de Aaseron.

Se había detenido. Bajo las largas hojas de las palmeras, reinaba una profunda oscuridad y a través de aquella masa de verdor a duras penas podía distinguirse alguna estrella. Un silencio absoluto reinaba en torno a la joven; no soplaba ni un halito de aire. Solo en lontananza murmuraba el Nilo, al que la crecida había hecho mas impetuoso.

—¿Me oirán? —se preguntó después de dar algunos pasos hacia adelante.

Mirando en torno intentando distinguir algo, luego se irguió y alzando la voz para poder ser oída, incluso por Mirinri si como era de suponer éste no había abandonado la orilla, gritó:

—¡Oh, tú, Amenti, que eres señor de la montaña y que tienes el poder de crear los espíritus cuando te lo ordena Osiris, escucha la palabra de una muchacha de origen divino, porque soy hija de aquel Ra (el sol) que se levanta todos los días por la parte oriental del cielo y que la negra diosa Nut protege con la sombra de sus alas. Tú eres poderoso, porque tu lengua toca y lame el cielo, la tierra y envuelves todas las cosas; tú eres grande porque eres el diosque reina en el hemisferio inferior y tu forma está en el cielo, en latiera, en las plantas, en las aguas del Nilo y en la luz cuyo fulgor es igual al de Toum, que hoy es Osiris y mañana es Ra, y todo después. Quiero que quites a los espíritus que vagan por esta isla su boca para hablar, sus piernas para andar, sus brazos para derribar a los enemigos, como está escrito en "El Libro de los muertos" que Osiris nos dio, para que se vayan lejos y puedan alcanzar la barca del Sol. Nefer ha hablado; es una hechicera y una Hija del Sol a la que Nut protege. Recoge los espíritus errantes y llámalos a los campos divinos de Aaseron. ¡Espero!...

Apenas había la joven terminado de pronunciar aquellas palabras, cuando debajo, bajo la bóveda inmensa hecha con los grandes hojas se oyó un ruido ensordecedor, que parecía producirlo por enormes temblores furiosamente batidos durante algunos minutos; luego apareció una sombra humana, que se acercó silenciosamente a la hechicera.

—Te está esperando en el templo —dijo cuando estuvo cerca.

Nefer sintió una fuerte impresión.

—Ven —dijo la sombra.

—Te sigo —replicó Nefer con un suspiro.

Se pusieron en camino. El ombre iba algunos pasos por delante, apartando las ramas que en aquel lugar eran muy bajas y tras algunos instantes se detuvieron ante una gigantesca construcción de forma cuadrada, ante la cual se erguían dos obeliscos, mucho menos altos que aquel que como un gigante se alzaba en la orilla, y esfinges de monstruosas proporciones, alineadas en doble fila.

—Entra, Hija del Sol —dijo el guía apartándose.

Nefer se encaminó hacia una puerta ancha en su base y estrecha en su parte superior y se encontró dentro de una inmensa sala, cuya bóveda era sostenida por un número inmenso de columnas ornadas todas con esculturas y capiteles que se alargaban en forma de una alta campana.

Una pequeña lámpara, pendida de lo alto, iluminaba a duras penas el centro del gran templo.

—¿Eres tú, Nefer? —preguntó una voz con acento duro.

—Sí, soy yo. Her-Hor —respondió la joven.

Un hombre apareció de improviso saliendo de entre las dos columnas centrales. Era un anciano de sesenta o setenta años, de estatura muy elevada, de rasgos duros, con los ojos muy negros y vivos todavía, a pesar de la edad. Vestía una especie de zamarra de lino blanquísimo, muy ancha, ceñida a su cintura por una faja amarilla que caía por delante y en su cabeza lucia un pañuelo amarillo con franjas negras que le colgaba por la espalda.

En sus pies había unas sandalias de papiro y del mentón le colgaba una de aquellas extrañas barbas postizas, de forma cuadrada, que tan en boga estuvieron en aquella época, y que otorgaban a quienes las lucían un aspecto no precisamente simpático.

Nefer al ver al anciano se tornó muy pálida y un relámpago de ira pasó por su mirada.

—He visto cómo anclaba la barca —dijo el anciano—. Tú eres una muchacha maravillosa y Pepi ha escogido bien. ¿Es él?

—Sí, respondió Nefer bajando la cabeza.

—¿El hijo de Teti en persona?

—Sí.

—No estábamos equivocados. ¿Te ama?

—Hasta ahora creo que no.

Una profunda arruga se dibujó en la frente del anciano, y prosiguió con severidad:

—Es preciso que te ame y tú lo sabes. Tal vez no hayas intentado todas tus seducciones. ¿Quién podría resistirte a ti que eres la más hermosa muchacha del Bajo Egipto? ¿Quién no temblaría ante tus ojos maravillosos y tus encantos divinos?

—Pese a todo, no me ama todavía, gran sacerdote —replicó Nefer.

—Debe amarte a toda costa. Pepi lo quiere; tú sabes que la voluntad del rey es una orden.

—Piensa en otra.

—¡Que el macho cabrio de Mendes y que el dios Apis me maten ahora mismo! —gritó el anciano—. ¡La otra no lo querrá nunca!

—¿Qué sabes tú, Her-Hor? —preguntó Nefer—. Tú no puedes escrutar el corazón de Nitokri, la hija de Pepi.

—El es un enemigo que podría arrebatar el trono a su padre.

—El amor tal vez valga más que un trono.

Her-Hor hizo un gesto de cólera, luego cambiando bruscamente de tono, dijo:

—Todo está dispuesto. Recuerda que debes impedirle llegar a Menfis y adormecerlo aquí. Riquezas y fiestas, danzas y perfumes, vinos embriagadores, caricias y tus ojos: caerá y olvidará su gran sueño.

—¿Y si te engañases, gran sacerdote? —preguntó Nefer con ironía.

—Todo depende de ti: ¿quieres volver a vivir en los esplendores de la corte y ocupar el puesto que te corresponde por derecho de cuna? Debes dominarlo y cortarle las alas. El gavilán es joven y ha vivido siempre lejos de Menfis; no ha visto otra cosa que las arenas del desierto, donde fue criado y donde ha crecido y tú eres hermosa. Mirinri te amará.

Nefer hizo con la cabeza un gesto denegando.

—El corazón del joven Hijo del Sol no palpitará nunca por Nefer —dijo después con voz triste.

Her-Hor miró fijamente a la muchacha, después le tomó la mano fuertemente. Una alegría iluminaba sus ojos y trascendía a su rostro apergaminado.

—¡Tú lo quieres! —exclamó.

Nefer no respondió.

—Quiero saberlo.

—Pues bien... sí —respondió la joven, bajando la cabeza.

—¡Ah la...!

El sacerdote impidió que sus propios labios siguientan hablando mordiéndoselos rabiosamente.

—¿Qué ibas a decir, Her.Hor? —preguntó Nefer sumamente interesada.

—Nada —respondió el sacerdote secamente, mientras un relámpago siniestro iluminaba sus ojos.

Después de haber dado lavuelta a una columna, como para tener tiempo de volver a su antigua calma, preguntó:

—¿Quién acompañaba a Mirinri?

—Un anciano que se llama Ounis y que parece ser tabién un sacerdote.

—¡Ah! ¡El!

—¿Lo conoces?

—Creo que sí.

—¿Quién es?

—Un fiel amigo de Mirinri. ¿Habeis encontrado la barca de los gatos?

—Sí, a tres jornadas de aquí; antes de la crecida del Nilo.

—¿Mirinri y Ounis han creido todo lo que les has contado?

—Eso creo.

—¿Te han visto el tatuaje?

—Ounis lo descubrio en mi espalda.

—¿Así que están convencidos de que eres una Hija del Sol?

—¿No lo soy acaso? —preguntó Nefer sobresaltada.

—Sí, yo no te he dicho nunca lo contrario —dijo el gran sacerdote.

—Ahora diem, ¿quién era mi padre? —gritó la muchacha.

—No ha llegado todavía el momento de revelártelo.

—¿Vive o está muerto?

—Podría dormir el sueño eterno dentro de una pirámide perfectamente momificado, porque era un gran príncipe, y podría darse también el caso de que no hubiese subido a la barca que conduce a través de las regiones inferiores y que no haya sido juzgado nunca por el tribunal de Osiris. Solo Pepi l sabe y hasta ahora nada me ha dicho.

—¿Tú me aseguras que por mis venas corre sangre divina de los Faraones?

—Sí.

—¿Y que el símbolo del derecho sobre la vida y la muerte no me fue tatuado para engañarme?

—Te fue hecho en el palacio real de Menfis.

—¿Entonces Mirinri puede amarme, porque soy una Faraona como Nitokri?

—Puede amarte.

—Dame un filtro a fin de que su corazón palpite por mi y caiga en mis brazos.

—El filtro lo tienes en tus ojos —dijo el sacerdote—. Ni el mismo Pepi podría resistir el fulgor de tus pupilas, si ahora te viese.

—Pero no Mirinri.

—Caerá; tú eres una hechicera.

—Dame un filtro o dáselo a la otra Faraona —dijo Nefer con los dientes apretados—. Uno que la haga dormir para siempre. La pirámide de Pepi está siempre dispuesta a recibir a los muertos y aguarda a aquella muchacha, que tiene para él la fascinación del poder y la gloria de un trono que a mí me falta, y Mirinri será mío.

—¡Yo mataré a la hija de Pepi! —exclamó el sacerdote—. ¿Y después? Soy viejo, pero tengo la vida o mejor aún, tengo algo más importante que mi vida. ¿Cuándo lo traerás aquí?

—Mañana al amanecer.

—¿También al anciano?

—No lo dejará.

—¡Si pudieses matarlo!

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te importa a ti su vida?

El sacerdote en vez de responder se puso a pasear entre las columnas, murmurando para sí:

—Sí, sería una venganza estúpida.

Después, volviendo hacia Nefer, prosiguió:

—Ten en cuenta que mis ojos y sobre todo los de Pepi están fijos en ti. O los esplendores de la corte o la muerte; el rey será implacable. Ve: todo está dispuesto para atraerle aquí y adormecerlo entre tus hermosos brazos. No debe lelgar a Menfis, recuérdalo y, puesto que le amas, te advierto que si pusiese sus pies en la capital del Bajo Egipto, no le respetaría la muerte. Ha reinado su padre, pero él no reinará nunca.

—No olvidaré tus palabras —respondió Nefer, mientras un estremecimiento de terror recorría sus huesos.

—Y ni una sola palabra, o ninguno saldrá vivo de las tumbas de los antiguos reyes nubios. ¡Vete! Ya sabes lo que tienes que hacer.

Nefer apretó contra sí los ligeros vestidos que la cubrían, como si un gran frío se hubiese apoderado de pronto de ella y salió rápidamente del templo, mientras que el sacerdote apagaba bruscamente la lámpara.

LAS MARAVILLAS DEL TEMPLO DE KANTATEK

Cuando Nefer regresó a la orilla, Mirinri se encontraba todavía allí, sentado en la base del obelisco, con la daga desnuda en la mano y la mirada fija en la linde del bosque, dispuesto a correr en ayuda de la mchacha, si algún peligro la hubiese amenazado. Al verla salir por el claro abierto entre la muralla de verdor, se levantó prestamente y se dirigió a su encuentro. Nefer lo acogió con una sonrisa y con una mirada intensa.

—La isla es tuya, mi señor —le dijo—. Los espíritus de los reyes nubios han reentrado en sus sarcófagos y ya no saldrán de ellos hasta que yo quiera.

—¿Tú los has visto? —preguntó Mirinri.

—Sí, vagaban por las copas de las palmeras.

—¿Quién eres tú que posees tal poder? Yo he oido tu invocación y luego un gran ruido que ha asustado a los etíopes e incluso a Ata y a Ounis.

—Eran los sarcófagos ue se cerraban —respondió Nefer en voz baja.

—Hasta ahora yo no creía en ti.

—¿Y ahora?

—Envidio tu oculto poder. Si lo poseyera, tal vez ahora la orgullosa Menfis sería mía y mi padre estaría vengado.

—Yo nada puedo contra los vivos —dijo Nefer.

—¿Has estado en el templo?

—Sí y he pronunciado ante las esfinges el poderoso conjuro. Esa es la razón por la que he tardado, mi señor.

—¿No has visto brillar allí dentro ninguna luz?

—Reinaba una profunda oscuridad y un silencio absoluto. Los que cegaron a mi prometido deben haber muerto o han huido.

—¿No se habrán llevado también los tesoros que segun tú dices se hallan en los subterráneos?

—Mañana nos aseguraremos —respondió Nefer—. Perder un día no retrasará demasiado la conquista del trono al que tienes derecho, mi señor.

—Y además, por ahora no podemos reemprender el camino —dijo Mirinri cuya frente se había oscurecido—. Aquellas cuatro barcas están en guardia; todos estamos convenidos que están esperando a que reemprendamos el viaje para atacarnos. Sube a bordo y vete a descansar, muchacha.

Nefer lo siguió, sin añadir nada más, pero en vez de entrar en su camarote, se sentó en la proa sobre un montón de cuerdas. Una viva ansiedad reinaba entre la tripulación e incluso Ounis y Ata se mostraban preocupados sobre manera. Todos presentían, a excepción de Mirinri, que les amenazaba un peligro. LA presencia e aquellas cuatro barcas, que no se decidían a abandonar el Nilo, habíahecho perder la calma lo mismo a los etíopes que a los dos jefes. Además estaban convencidos de hallarse frente al enemigo y no ante simples mercaderes.

—¿Están siempre allí? —preguntó Mirinri, apenas subió a bordo, dirigiéndose a Ounis y a Ata que vigilaban atentamente, echados sobre lacubierta.

—Continuamente —respondió el anciano.

—Tal vez esperen el alba para marcharse.

—O para atacarnos —replicó Ata.

—¿Se atreverán a acercarse a esta isla que todos temen?

—Eso no lo sé y es posible que no se atrevan a tanto, pero mientras estén ahí vigilándonos, no podemos reemprender nuestro viaje. Estamos aquí prisioneros.

—¿Debe haber muchos hombres a bordo?

—Son barcas grandes, mi señor —respondió Ata— y tendrán un equipo más numeroso que el nuestro. Me guardaré muy bien de exponer tu preciosa vida.

—Yo no lo permitiré —intervino Ounis, que parecía más inquieto que Ata—. Si tú, Mirinri, caen en manos de Pepi, no te perdonará y tu hermoso sueño habría terminado para siempre y tu padre quedará sin venganza.

—Aguardemos al alba —dijo el joven—. Yo haré lo que tú quieras, porque debo mi vida a ti y a tu prudencia. De la misma manera que he esperado años, puedo esperar días. Menfis sigue estando allí y no se escapará.

De pronto se sobresaltó. El pequeño velero fue sacudido bruscamente, como si hubiese recibido un fuerte golpe en sus lados.

Ata y Ounis se quedaron en pie, mirando en su torno con ansiedad, mientras que los etíopes corrían a lo largo de la cubierta, presos de pánico.

Algo debía haber ocurrido proque el velero, aunque el agua no estuviese agitada dentro de la pequeña enseada, continuaba oscilando cada vez más, amenazando con escorarse sobre un lado. Un grito escapó de Ata.

—¡Nos hundimos! Sálvate Hijo del Sol. ¡Esta era la traición que presagiaba!

Todos se precipitaron haciaproa, donde Nefer seguía sentada, tranquila e impasible. Ni siquiera se movió al oír el grito de Ata; solamente en sus labios había aparecido una leve sonrisa.

—¡Primero el Hijo del Sol! —gritó Ata, deteniendo con un gesto a los etíopes que iban a precipitarse por la pasarela que había servido a Nefer para descender a tierra.

—Primero, la muchacha —dijo a su vez Mirinri.

El rostro de Nefer se iluminó con una alegría inmensa.

—Gracias, mi señor —dijo levantándose.

—Raído, la nave se hunde —respondió Mirinri viéndola inclinarse rápidamente sobre el lado.

Nefer subió ágilmente sobre la pasarela, ligera como un pájaro, la atravesó y la siguieron a toda prisa los demás.

Apenas se habían reunido ante el inmenso obelisco, cuando el pequeño velero giró por completo, con la quilla al aire, rompiendo de golpe las amarras que la unían a la piedra que le servía de ancla. La corriente, al penetrar en su interior, originaba un remolino que pronto lo arrastro y lo llevó rápidamente, antes de que los etíopes, no repuestos todavía del pánico, hubiesen pensado en detenerlo. Durante algunos instantes reinó entretodos aquellos hombres un profundo silencio. Fue Mirinri el primero que lo rompió.

—Es mi suerte y tal vez mi trono lo que se va ahí —dijo.

—¡Maldición! —exclamó Ata—. ¡Nos tienen cogidos!

—Todavía no —dijo Ounis, que había recuperado su sangre fría—. Era evidente que no ibamos a llegar a Menfis como tranquilos pasajeros y que el usurpador nos iba a tender trampas a lo largo de nuestro camino.

—¿Debe haber un traidor entre nosotros? —preguntó Mirinri—. Tu barca era sólida Ata, y no puede hundirse por sí sola.

—Son los hombres que tripulan aquellas barcas los que lo han barrenado —respondió Ata—. No tengo ninguna duda. Han aprovechado la oscuridad de la noche para atravesar el río y abrir esas brechas en los flancos del vlero.

—Entonces saben que yo estaba en tu nave.

—Pepi ha dispuesto numerosos espías a lo largo del río seguramente —dijo Ounis—. Tal vez él sepa de nosotros más de lo que suponemos, pureba de ello es que él sabía de nuestra partida del desierto.

—¿Y ahora qué haremos? ¿Cómo podré yo llegar a Menfis? —preguntó Mirinri—. Lástima que haya terminado así todo y que mi estrella en la que tú, Ounis, tenías tanta confianza, se haya perdido para siempre.

—Mi señor —dijo Nefer— ante todo piensa en tu salvación; veo que las barcas se dirigen a la isla.

Todos se volvieron, mirando la orilla opuesta. Las cuatro barcas levaron anchas y navegaban ya lentamente através del Nilo.

—¡Ya vienene! —gritaron todos.

—Y no tenemos armas para defendernos —dijo Ata, con rabia.

—Yo os salvaré —repuso Nefer.

—¡Tú! —exclamó Mirinri.

—Sí, mi señor.

—¿Cómo?

—Conduciéndolos al templo donde reposan los antiguos reyes nubios. Ahora están aplacados los espíritus y no tenéis nada que temer. Además ninguno de aquellos que van en las barcas se atreverán a seguirnos hasta allí.

—¿Y tú nos prometes que allí no vamos a encontrar a ningún enemigo? —preguntó Ounis.

—Lo juro, por Osiris —respondió la muchacha—. Seguidme antes de que las barcas se acerquen y nos alcancen las flechas de los arqueros. Mirad, se preparan.

—Adelante, mucahcha, que si nos engañas, aunque seas una Faraona, no te respetaremos —dijo Ata, con voz amenazagodra.

—Yo no podré defenderme y estoy en vuestras manos. Seguidme, si apreciais la vida.

El temor de que Mirinri pudiese caer en manos de los guerreros de Pepi hizo decidirse a Ounis, tanto más porque no podían oponer resistencia alguna en caso de un ataque, al no haber tenido tiempo de salvar sus armas. Se ocultaron apresuradamente entre el claro abierto en la espesura y se pusieron detrás de Nefer, que les precedía con paso presuroso, avanzando detrás de los grandes árboles.

Aquel islote, fertilizado por las aguas del Nilo, que en su mayor nivel de la crecida debía casi inundarlo, estaba obstruido por plantas enormes, que se habían desarrollado sobremanera. Era un verdadero caos de plantas con hojas en forma de abanico ocn su tronco cilíndrico, nudoso solamente en la base, coronadas en lo alto por una cimera compuesta por treinta o cuarenta hojas, plantas muy apreciadas por los antiguos egipcios, los cuales se nutrían de sus frutos, de sus hóvenes hojas e incluso de na sustancia harinosa contenida en su tronco. Debajo de aquel inmenso pasadizo de verdor, encerrados en verdaderas redes de plantas trepadoras, se erguían grupos de euforbias, de las que se extrae un jugo corrosivo, que substituye en la actualidad el caucho y que es tan fuerte como para atravesar las telas y producir heridas en la carne muy dolorosas, y zarzas muy espesas que hacían el camino muy difícil. Ningún animal se presentaba ante el grupo, que proseguía su camino rapidísimamente. Solo entre el ramaje se levantaban unos pocos pájaros acu´ticos, entre ellos halcones. Parecá que aquel islote se hallaba totalmente desiertoo oyéndose más que algún rumor en dirección no determinada. El encantamiento de la hechiera había surtido efecto, o por lo menos así lo pensaban los supersticiosos etíopes. Habían recorrido ya un largo trecho, abriéndose camino fatigosamente entre aquellas masas vegetales, cuando todos se detuvieron de pronto, lanzando un grito de estupor. Se habían encontrado inesperadamente ante un maravilloso templo, que se alzaba enmedio de una explanada despejada de árboles.

—Este es el lugar donde descansan los cadáeres de los antiguos reyes nubios —dijo Nefer.

Aquel templo era de dimensiones enormes, medidas a las que por otra parte eran muy aficionados los arquitectos egipcios, que estaban habituados a hacerlo todo a lo grande; pirámides colosales, obeliscos colosales, colosales también los embalses, los diques, las estancias funerarias y los palacios. Era un dado monstruoso, pero con las fachaddas en pendiente, sobre el otro dado de dimensiones no tan grandes con una pirámide truncada en su centro, formando todo ello un bloque de enormes dimensiones de piedra calcárea, procedente sin duda alguna de la doble cadena arábiga y líbica, aquella cadena montañosa que provee a Egipto de los materiales necesarios para levantar sus gigantescas pirámides. Numerosas inscripciones e incontables figuras cubrían las paredes, representando divinidades, reyes en traje de ceremonia, montados en sus carros de guerra, en escenas de caza y animales de toda especie. En medio, en un gran cuadro en forma gigante se hallaban las tres grandes divinidades adoradas por los egipcios: Osiris, sentado sobre una especie de trono, con un altísimo sombrero y la insustituible barba cuadrada bajo el mentón; Isis, una diosa con el cuerpo semidesnudo, sentada en un trono y mostrando en su cabeza un

extraño trofeo, dotado de dos cuernos, y la vaca Hathor, entre cuyos cuernos lucía el sol rodeado por bastantes símbolos y que ponía su hocico sobre la cabeza de un hombre. A ambos lados de la puerta que facilitaba la entrada al templo, se erguían dos obeliscos macizos historiados al igual que las paredes y delante de ellos, en una doble hilera, formando una especie de avenida, se hallaban dos docenas de esfinges con las cabezas de reyes, pertenecientes, probablemente, a las primeras dinastías.

—¿Quién pudo haber construido este magnífico templo en este lugar? —se preguntó Mirinri, que no había visto ninguno antes—. ¿Tú sabes, Nefer?

—Entra, le dijo a su vez la muchacha, tomándolo por una mano y atrayéndolo casi con violencia hacia la puerta.

—Rodead al Hijo del Sol —dijo Ata, dirigiendose a los etíopes.

—No es preciso —replicó efer—. No lo amenaza ningún peligro y yo respondo de su vida. ¡Seguidme todos!

La voz de la joven, que por lo general era dulce y trite casi, se había tornado de improviso imperiosa.

Mirinri, que no era supersticioso y que por otra parte no sentía ningún temor, hizo seña a los etíopes de que se apartaran y se dejó conducir al templo. La luz que entraba libremente por la ancha puerta, les permitió descubrir un número infinito de magníicas columnas, cuyos capiteles se perdían en lo alto, todos ellos cubiertas de extrañas pinturas en rojo, en negro y en azul, los tres colores favoritos de los egipcios. Algunos representaban a los reyes del primer imperio, sentados en sus tronos, que no eran otra cosa que sencillas sillas macizas muy bajas, luciendo en la mano las insignias de la autoridad real, representada por un bastón un poco curvo hacia su extremo y por una especie de garfio, otras eran guerreros en el momento de dar muerte a los prisioneros; otras eran divinidades representadas por figutra humana con cabeza de buey, ibis, cocodrilos y gatos.

En medio de aquella inmensa sala aparecía una estatua gigante de un rey en el momenbto de amenazar a alguien, con una inmensa barba cuadrada pendida en su mentón y armado con una especie de hoz muy curvada, que fue el arma primera que usaron los guerreros y los reyes de la primera dinastía.

—¿A dónde me llevas, Nefer? —preguntó Mirinri, viendo que la muchacha no se detenia.

—A la *mastaba*, mi señor —respondió la hechicera, sin dejarle de la mano. —Es el sepulcro en el que debe hallarse el tesoro de los antiguos reyes nubios y allí nadie se atreverá a ir a buscarte.

Atravesaremos el templo en toda su longitud, seguidos por Ounis, Ata y los etíopes, hasta que llegaron ante una puerta de bronce que estaba entreabierta y sobre lo que se hallaba esculpido, dentro de un disco, un escarabajo, símbolo de los sucesivos renacimientos del sol y un hombre con la cabeza de carnero, representando al dios solar.

—La *mastaba* se halla delante de nosotros —añadió Nefer.

—¿Ya veremos ahí dentro? —preguntó Ounis—. No tenemos ninguna luz con nosotros.

—Hay un orificio en lo alto que nos proporcionará la luz suficiente.

—Adelante pues.

En vez de obedecer, Nefer había dado un paso atrás como si hubiese sido presa de un enorme terror o se hallase algo perpleja.

—¿Has oído algo? —le preguntó Mirinri.

—No, mi señor —respondió la muchacha secándose con un moviento nervioso de la mano unas gotas de frío sudor que le resbalaban por la frente.

—¿Tienes miedo de las momias que has hecho regresar a sus sarcófagos?

—Nefer no teme a los muertos porque obedecen a sus conjuros, tú lo sabes bien.

—¿Qué pasa, pues? —preguntaron al unísono Ounis y Ata.

Pareció como si la muchacha hiciese un supremo esfuerzo, luego con ambas manos empujó la puerta de bronce resueltmante, susurrando a Mirinri:

—No tienes nada que temer, Hijo del Sol.

Un soplo de aire húmedo se abatió sobre Nefer, haciéndole ajustar a su cuerpo las finas telas que la cubrían, pero aquel aire no se hallba impregnado de aquel tufo desagradable que por lo general reina en los sepulcros, mas bien parecía hallarse saturado de un sutil y misterioso perfume.

Una escalera se hallaba detrás de la puerta, Nefer descendió por ella, reteniendo a Mirinri por una mano y se encontraron en una inmensa sala subterránea, excavada en la tierra e iluminada por una abertura circular por la que penetraba un haz de rayos solares. Era la *mastaba*.

Los egipcios, tanto de las primeras dinastías como de las últimas han tenido siempre un gran cuidado en preparase sus sepulcros. Los Faraones se hicieron sepultar

dentro de las grandiosas pirámides, los personajes importantes y los ricos en *mastabas* o sea en inmensas salas subterráneas, debajo de pirámides por lo general truncadas, de base rectancular, cuyo tamaño y profundidad variaban segun el gusto del constructor, mientras que su altura no superaba por lo general los siete u ocho metros. Las cuatro fachadas de estos vastos sepulcros, que encerraban generalmente un grna número de momias eran planas, sin ornamento alguno ni abertura a excepción de una puerta que se abría siempre hacia oriente, o sea hacia el punto por donde nacía el sol, el gran astro que encerraba el alma de Osiris. Aunque aquellos sepulcros estaban orientados con gran exactitud, a veces tenían las cuatro caras de la priámide destacadas, con las vueltas hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales y su gran eje en la dirección norte sur. Era especialmente en torno a las grandes pirámides en las que dormían los reyes donde se construían las *mastabas*, más o menos grandes, según la riqueza de los difuntos, regularmente alineadas y separadas de las avenidas como los barrios de las grandes ciudades del antiguo Egipto. Las excavaciones realizadas por los egiptólogos durante el siglo pasado han puesto al descubierto un gran número de ellas y desde lo alto de la pirámide de Cheops pueden adivinarse muchas otras todavía, por su forma geométrica que ha dado a la arena formas muy pronunciadas, pero es posible que se hallen muchas más escondidas bajo el antiguo solar. Tal vez duerman olvidadas bajo las arenas millares y millares de momias, enterradas por esa misma arena que ha ido invadiendo tanto territorio en Egipto, pero que probablemente nadie conseguirá sacar poniendo a aquellas al descubierto.

El interior de aquellas tumbas se dividía en tres partes: la capilla, el corredor llamado *serdab* y la cripta, o sea la verdadera tumba subterránea destinada a guardar la momia. De estos tre departamentos, solamente la capilla era accesible a los vivos y era la camarilla donde se reunían los parientes en determinados aniversarios para recitar las plegarias de los muertos y depositar las ofrendas y las provisiones destinadas a sostener el alma del difunto en el gran viaje al otro mundo. En cierto modo era la sala de recepción del denomiando "doble", ser intermediario entre el cuerpo y el alma, en la que habitaba hasta que la momia no hubiese sido totalmente destruida por el tiempo. En aquella capilla había dos objetos importntísimos: una mesa llamada *stela*, fijada dentro del nicho con el nombre, el trabajo y la categoría del difunto y la mesa de ofrecimientos hecha de granito cuya superficie, excavada en compartimientos y acanalada, servía para recibir los alimentos destinados para la otra vida.

A veces a derecha e izquierda del sarcófago se alzaban dos minúsculos obeliscos con inscripciones que comentaban la biografía del difunto.

Nefer había descendido, tras una pequeña excitación, a la capilla, y por estar la puerta de bronce de la ripta abierta, había penetrado con cierta rapidez, mostrando con la mano a Mirinri una treintena de sarcófagos que se hallaban alineados a lo largo de las paredes, a la distancia de un metro y medio entre uno y otro.

—¿Es ahí dentro donde se hallan las momias de los reyes nubios? —preguntó el joven.

—Sí —respondió Nefer— y dentro de esos sarcóagos encontrarás los tesoros de los que te he halado.

—¿Estás segura de ello?

—Mi prometido, el que fue cegado, los vio.

—¿En qué consisten?

—En turquesas, rubíes, perlas y objetos preciosos de plata y oro. Mi señor, aquí puedes recoger las sumas fabulosas que te bastarán sobradamente para hacer la guerra a Pepi. Penetremos.

Mirinri seguido por Ounis, Ata y los etíopes, siguió adelante con cierto respeto, mirando con viva curiosidad los féretros que, al igual que los egipcios, reproducian cabezas muy negras con los ojos brillantes, que emitían resplandores extraños.

El grupo avanzaba en el inmenso subterráneo, en tanto que la muchacha iba delante lentamente haia el corredor, o sea el *serdab*. De pronto un golpe sordo, que repercutió largamente en el subterráneo, hizo detenerse a Mrinri, Ouynis y Ata, que habían llegado ya a la mitad de la *mastaba*.

—¡Nefer!

No respondió ninguna voz.

La puerta de bronce que separaba el *serdab* de la cripta había sido cerrada violentamente y la joven había desaparecido.

—¡Hemos sido traicionados! —exclamó Ata poniéndose delante del joven Faraón como si hubiese querido protegerlo de algún imprevisto peligro—. Lo sospechaba. ¿Ounis, por qué no me has dejado arrojarla al Nilo?

—¡Nefer, ha huido! —exclamó Mirinri, que no quería creer todavía semejante traición—. ¡No! Es imposible. Se habrá escondido detrás de alguna de aquellas columnas.

—Se ha cerrado la puerta de bronce —dijo Ounis con profunda angustia— y nosotros estamos prisioneros dentro de este sepulcro donde tal vez moriremos de hambre y de sed.

—¡Nefer! —gritó Mirinri, apartando impetuosamente a Ata y abalanzándose hacia la puerta de bronce, que golpeó furiosamente con sus puños.

Tampoco esta vez respondió nadie a sus gritos.

—Salvemos al Hijo del Sol —gritó Ata—. ¡A mi, etíopes! ¡Defendamosle con nuestros pechos!

Los hercúleos remeros iban a rodear al joven Faraón, cuando un grito de terror y al mismo tiempo de asombro escapó de las gargantas de los presentes.

—¡Los muertos están resucitdo!

(En *El sacerdote de Ptah* hallará la continuación de esta obra)